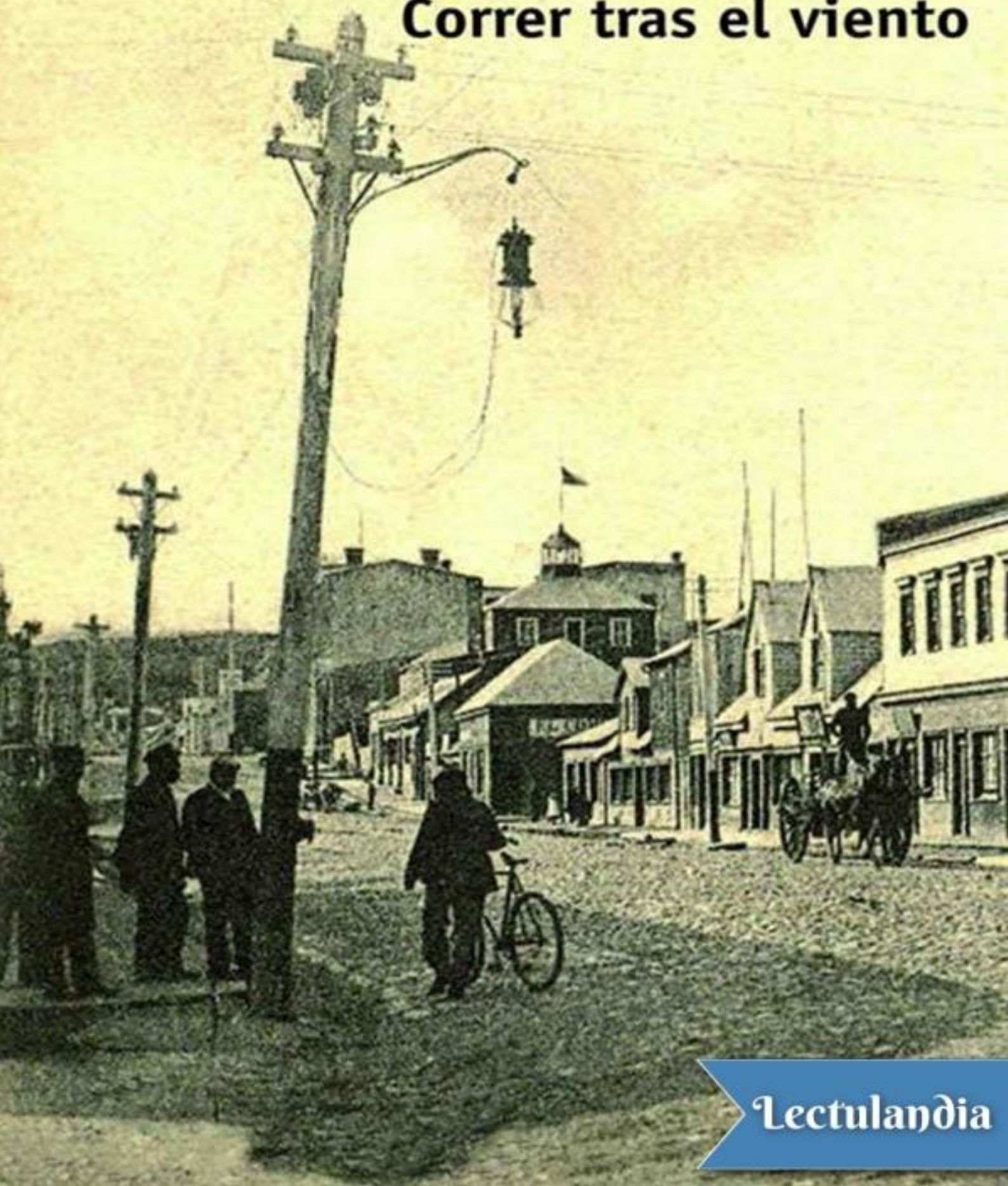


Ramón
Díaz Eterovic

Correr tras el viento



Lectulandia

A comienzos de la Primera Guerra Mundial, 1914, a la ciudad más austral del mundo, Punta Arenas, llega un croata cuya misión es espiar para los alemanes. La ciudad, que conserva parte de su carácter pionero para los que se internan a los vastos territorios de la Patagonia, es un hervidero de agentes alemanes e ingleses que se vigilan para resguardo de las flotas enemigas que se buscan en los mares australes. Rendic realiza su misión, pero comete un error imperdonable para los agentes: se enamora de Martina, la más requerida asilada del prostíbulo «La Casa Rosada».

Lectulandia

Ramón Díaz Eterovic

Correr tras el viento

ePub r1.0

Titivillus 03.01.17

Título original: *Correr tras el viento*
Ramón Díaz Eterovic, 1997
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Poli Délano, amigo y maestro
en el oficio de contar la vida.

Y el viento, sólo el viento que no le importa nada
y galopa llevando ateridas historias
de sangre y fantasmas.

ROLANDO CÁRDENAS

En el humo de los cigarrillos de tabaco negro que fumaba por las noches, Changa intuía que el peor enemigo del pasado son los recuerdos. Y por eso, o porque el amor es el único sentimiento que permite observar la vida, volvía una y otra vez a la tarde en que se descubrió a solas con Rendic en la casona donde se imponía el olor de la humedad y las flores marchitas. Las pupilas se habían marchado diciendo que era preciso orear las habitaciones y huir del fantasma de la finada. Una orden que Changa se dispuso a cumplir antes que la nostalgia lo obligara a vagar como un fantasma por la casa donde, en otra época, las mañanas habían sido lentas y las noches, largas y bulliciosas.

Aquella tarde vio salir a Rendic del cuarto que había sido de Martina y sintió un miedo similar al de la noche que ninguno de los dos olvidaba y que a veces, cuando el aguardiente hacía su juego de caracolas y ensueños, recordaba como un secreto que de tarde en tarde era necesario airear para contar con un motivo de seguir viviendo. Rendic maldijo a las mujeres que habían abandonado la casa y ordenó a Changa dejar tranquilas las ventanas, porque desde ese instante, o más bien desde la muerte de Martina, todo lo que ocurriera en la casona dependía de su voluntad. Envuelto en el silencio que lo caracterizaba, Changa se ocupó de trozar leña y lavar las sábanas impregnadas con el sudor pesado de las últimas asiladas. A la medianoche, mientras barajaba un sucio mazo de naipes españoles, escuchó los gritos que desde la calle daba un cliente y observó a Rendic abrir una ventana y exclamar a voz en cuello la verdad entristecida de esa hora. La oscuridad devolvió las protestas del extraño y Rendic, sin ánimo de iniciar una reyerta, retornó a la pieza de Martina para seguir hurgando en los roperos que contenían sus corpiños, pañuelos y medias de antaño. Las telas rojas del deseo, las negras del olvido, las amarillas de la suerte. Lo vio tomar las prendas, apreciar sus perfumes, las huellas de las antiguas fiestas y supo que en ese ejercicio fetichista reconstruía la historia que los unía.

El chilote recuperó las imágenes de una noche invernal del año 1914, cuando el porte gigantesco de Rendic irrumpió en el salón del quilombo para pedir una copa de coñac, mientras miraba a su alrededor con el recelo pintado en los ojos. Esa noche Martina adivinó que el croata ocultaba un secreto. Tal vez por eso, o por la atracción que le provocó su aspecto desamparado, se apartó de los hombres con quienes conversaba y acercándose a su lado le susurró algunas palabras al oído. Nadie supo jamás lo que le dijo, pero a pocos pasó inadvertida la sonrisa de ambos y la ira reflejada en el rostro de Ariel Camargo, el policía que vigilaba los movimientos de la mujer y sus clientes. Los otros, aquellos que como Changa conocían cada rincón del prostíbulo, entendieron que esa noche las manos del forastero descansarían en los pechos de Martina, la favorita de la casa; fuerte, esquiva y dispuesta solo para los hombres que despertaban su deseo o estaban en condiciones de pagar por el terciopelo de su piel.

Mucho antes de la muerte de Martina, Rendic recordó para Changa aquel primer día en la ciudad. Habían pasado cincuenta años. Punta Arenas no era un poblado de calles enlodadas ni en sus bares se encontraban aventureros dispuestos a cualquier sacrificio con tal de obtener pieles de lobos o una botella de oro extraído de los lavaderos de Tierra del Fuego.

El croata dejó escapar una maldición cuando al descender del vapor en el que había viajado desde Italia, una ráfaga de viento lo despojó de su boina y la arrojó en medio de las olas que golpeaban los maderos del muelle. Hizo un gesto de resignación y alisó su firme cabellera rubia antes de encaminarse a la salida del puerto. Llamaron su atención las casas pintadas, el orden en que se alineaban las calles dirigidas hacia la plaza principal, cuyos árboles penosamente resistían el viento sur que los encorvaba. En medio de la plaza existía una glorieta que le recordó el pueblo francés donde había residido a la espera de las instrucciones de Müller, luego de abandonar el pueblo de Pucisce, en la isla adriática de Brac, de donde había salido huyendo de su inminente reclutamiento en el ejército austríaco.

Mientras recorría la plaza sacó de su abrigo la carta de Müller y releyó el nombre de la pensión en la que debía establecer su primer contacto antes de empezar a recopilar información sobre las embarcaciones inglesas que cruzaban el Estrecho de Magallanes. La oferta de Müller le había permitido iniciar una nueva vida. Durante tres meses recibió las enseñanzas del alemán; aprendió a leer mapas, descifrar códigos, reconocer las características de una nave, usar armas y desarrollar su memoria. Todo fue perfecto hasta que en Marsella fracasó en la ejecución de su primer trabajo, ganándose con ello la desconfianza del alemán y una inesperada destinación a la ciudad de Punta Arenas.

La pensión se llamaba Dom y a ella llegaban algunos de los croatas que viajaban desde Brac con unos pocos objetos a cuesta y la esperanza de regresar a la brevedad a sus pueblos con los bolsillos colmados de dinero. Preguntó por la pensión a un hombre que encontró en su camino, y antes de lo esperado estuvo frente a Bonacic, el dueño del lugar.

—Tengo una pieza individual y tres para compartir —le dijo Bonacic.

—Quiero la individual.

Rendic sacó de su abrigo los billetes que Müller le había entregado en el último encuentro antes del viaje y los exhibió ante la mirada codiciosa de Bonacic.

—Se paga por adelantado.

—Solo porto moneda inglesa.

—Tan buena como la alemana o la francesa. Cuando se trata del negocio, la guerra me tiene sin cuidado.

El ventanal de la pieza permitía ver el mar y la Plaza de Armas. El viento había amainado y los barcos recalados en el puerto se mecían sobre un desgastado horizonte azul profundo. Rendic observó las casas y palacetes que rodeaban la plaza, en una suerte de cuadrado armónico que se transformaba hacia sus extremos en un

desconcierto de construcciones desaliñadas y sitios baldíos. Se tendió en la cama y después de encender un cigarrillo sacó de su chaqueta la carta de Müller. «Ubique la pensión Dom y espere la visita del uruguayo», leyó, admirando la diminuta y ordenada letra del alemán.

El uruguayo, murmuró abandonado a la desolación que provenía de las huellas de humedad dibujadas en las paredes de la pieza. Se quedó dormido y despertó horas más tarde, alertado por los gritos que llegaban desde la planta baja. La noche entraba por la ventana. El silbido prolongado del viento que se introducía por las rendijas del techo y estremecía las plantas de zinc le hizo recordar los días en que permaneció oculto en una zanja antes de abordar la lancha que lo llevaría a Italia. Un refugio compartido con cuatro hombres, al igual que las cebollas que consiguieron robar de un huerto o la hogaza que una de sus hermanas le entregó antes de ocultarse. Desde entonces sentía aversión por el olor de la tierra que debió respirar mientras observaba los rostros atemorizados de sus acompañantes. Luego de veinte días, solo uno de los hombres lo siguió en la fuga. Los otros prefirieron volver a sus casas resignados a esperar las patrullas austríacas de reclutamiento o a que la tierra entregara sus frutos con más generosidad que durante las últimas primaveras.

Bajó al primer piso y encontró a seis hombres que bebían alegremente junto al mesón de la recepción. Bonacic le presentó a sus acompañantes y mientras estrechaba sus manos, supo que celebraban el hallazgo de oro en los faldeos del río Las Minas. Vukasovic, un hombre grueso y tosco, había regresado a la ciudad con abundante oro, y como era la primera remesa de otras que esperaba obtener, celebraba con sus paisanos.

—¿A qué se dedica? —le preguntó Bonacic.

—Negocios —dijo Rendic y acalló otra respuesta con un sorbo de vino.

2

Durante varios días deambuló por las calles. Tomaba desayuno en la pensión, leía el diario que compraba cada mañana y salía a caminar sin rumbo aparente. Cuando los pensionistas se reunían a jugar al Truco o beber unos vasos de vino, comentaban sus andanzas y cada cual aportaba a la comidilla lo que la verdad o la imaginación les sugería en ese momento. Decían que lo habían visto en el emporio de los Hermanos Franulic, pasear por la Plaza de Armas, entrar al salón de patinaje Skating Dink o asistir a una de las reuniones de la Sociedad Croata de Beneficencia. De lo único que

estaban seguros era que Rendic pasaba la mayor parte de su tiempo frente al muelle, observando los barcos que entraban o salían del puerto. Por las tardes caminaba hasta la cervecería del alemán Kaussel y se quedaba ahí bebiendo hasta que en las calles se encendían las luces del alumbrado público. Volvía a la pensión al anochecer, pedía algo de comer y luego se retiraba a su cuarto.

La rutina de Rendic se repitió hasta la noche en que Bonacic le hizo entrega de un sobre pequeño y rigurosamente lacrado.

—El muchacho que lo trajo dijo que era de parte del uruguayo.

—¿Dónde queda el Hotel Kosmos? —preguntó Rendic luego de leer la carta.

—En calle Errázuriz. A tres cuadras de la plaza.

—No está lejos —dijo Rendic y salió de la pensión.

En la calle, el rigor del viento atravesó su abrigo y le hizo apurar el tranco con la energía del que tiene un destino por cumplir. El Kosmos era una construcción de dos pisos que destacaba al lado de algunas casas chatas, deslavadas, que se extendían a lo largo de la calle Errázuriz hasta acercarse al mar. A la entrada del hotel, una lámpara irradiaba sus haces a lo ancho de la fachada y sobre la puerta de dos hojas que conducía al salón donde los comensales se acomodaban alrededor de varias mesas enmanteladas.

—Busco al señor Alvar Rodríguez —dijo al mozo que llegó a atenderlo apenas entró al comedor del hotel.

El mozo, bajo, de rostro redondo y con un vistoso mostacho, evaluó con desdén la gastada vestimenta del croata y con un ademán próximo al desprecio le indicó al hombre con aspecto de tahúr que se encontraba sentado junto a una de las mesas.

—Siéntese Rendic —dijo el hombre—. No lo esperaba hasta mañana.

—¿Sabe quién soy?

—Bonacic me avisó de su llegada. He seguido sus pasos.

—No me di cuenta.

—Descuide. Se ve que tiene entusiasmo.

Rendic captó la ironía del hombre y guardó silencio. Acercó una silla y se sentó frente a Rodríguez.

—Cumpla las órdenes de Müller.

—Conozco las instrucciones y también las que le dará Weymann.

—¿Weymann?

—Ya hablaremos de él. Por ahora estoy preocupado de mi cena —agregó Rodríguez, al tiempo que llamaba a un garzón que llegó junto a la mesa y recitó una larga lista de nombres en francés.

—¿Comerá algo? Debe estar hastiado del puchero que guisa la mujer de Bonacic.

—Desconozco de comidas y platos muy elaborados. Pediré lo mismo que usted.

—Debe aprender —dijo el uruguayo después de ordenar la cena—. Desde esta noche pasará a ser el ingeniero que estudia la ampliación del muelle fiscal.

—¿Ingeniero?

—Podrá recorrer los alrededores del puerto sin despertar sospechas entre los ingleses.

Rendic hizo un gesto de asombro que provocó la risa del uruguayo.

—Están en todas partes y el telégrafo es la fachada de su oficina de información. Lástima que me vaya en dos días más. Lo habría puesto al tanto de ciertas cosas. Deberá trabajar con los datos de Weymann. No es un mal hombre, pero le falta humor. En el fondo no es más que un burócrata al que su patriotismo lo llevó a jugar al espía.

—Parece que no es fácil trabajar en la ciudad —comentó Rendic.

—El lugar es pequeño y tarde o temprano todos se enteran de lo que uno hace. El resto es mover las piezas dentro de un tablero de ajedrez que a veces se tiñe de rojo. Pero no se asuste, estamos lejos de las trincheras y de la verdadera sangre.

Rodríguez llenó la copa de Rendic. Hizo lo mismo con la suya y se la llevó a los labios sin mayor ceremonia.

—Lo mío es un negocio. Pero no se preocupe, si cambio de bando estaré muy lejos para que eso lo perjudique.

—No sé qué decir.

—Beba. Nada mejor que el vino para acercar a dos desconocidos —dijo el uruguayo, al tiempo que sacaba un sobre de su chaqueta—. Mañana comprará ropa en la Tienda Inglesa, y por la noche, buscará a Weymann en la Casa Rosada.

—¿Casa Rosada?

—Pregunte por ella a Bonacic o a cualquier otro hombre. Pero escuche un consejo: no se enamore de las mujeres que conozca en ese lugar.

3

El posadero inició su relato con una palabra que a su juicio bastaba para darse a entender: putas. La Casa Rosada era una construcción de madera levantada a un costado del río Las Minas, en medio de un paisaje de casas ruinosas y veredas frecuentemente enlodadas a causa de la lluvia o las crecidas del río. En el día parecía desierta y por las noches se convertía en un lugar bullicioso, testigo de fiestas en las que a veces los hombres se jugaban sus destinos en una mesa de naipes o entre las sábanas de las mujeres.

Con el ánimo proporcionado por varias copas de aguardiente, Bonacic agregó detalles sobre los clientes del quilombo, y cuando sus palabras caían en el lugar

común de las borracheras, dijo: cuando vaya no olvide preguntar por Martina.

Rendic recordaría esa frase la noche en que, abrazado a la cintura de Martina, confesó que desde la primera vez que escuchó su nombre tuvo la certeza de que el encuentro entre ambos era inevitable. También le habló de su temor de llamar la atención por su aspecto o modo de hablar. Pero Punta Arenas, al igual que la Casa Rosada, era un territorio donde se confundían las lenguas y los sueños; y salvo la curiosidad de sus ocasionales compañeros de pensión, había logrado pasar inadvertido, como uno más de los tantos extranjeros que diariamente desembarcaban en el puerto.

En su primera noche en la casona pidió una copa de coñac y mientras escuchaba las melodías que un chino interpretaba en el piano de contornos planos y brillantes que presidía el salón principal, dejó que la música y las sombras proyectadas sobre los muros del salón lo envolvieran fantasmagóricamente. La presencia de las mujeres hizo renacer el deseo adormecido durante el viaje. Se vio retratado en los hombres que bailaban y en el silencio pesado del licor imaginó ser uno de ellos, anónimo, sin obligación de rendir cuentas a nadie. Tenía la oportunidad de iniciar una nueva vida, aunque para eso debiera esperar que la guerra en Europa llegara a su fin y nadie recordara su destinación a esa ciudad perdida en los mapas.

—¿Rendic? —preguntó alguien a su lado.

Observó a un hombre pequeño y delgado, con abundante cabellera gris, y asintió con un movimiento de cabeza.

—Weymann. Beberé una copa con usted.

Rendic lo escuchó pedir un trago al mozo que atendía la barra y aguardó a que su acompañante reanudara la conversación.

—Rodríguez me habló del encuentro entre ustedes. Le diré lo mismo que él: trate de hacerse conocido y averigüe lo que pueda sobre las naves que pasan por el Estrecho. Tonelaje, carga, destino. Nuestra escuadra está operando por la zona y necesita abastecimiento. Sobre todo ahora que los países americanos del Pacífico se niegan a proporcionar comida y carbón. Entregue sus informes a Dyck, el dueño de la tintorería Nuevo Imperio. Nosotros, a menos que ocurra una emergencia, no nos volveremos a ver.

—Entiendo —dijo Rendic y se distrajo un instante con los chillidos de las mujeres que eran abrazadas por los clientes de la casona.

—Müller nos informó de los trabajos que usted ha realizado. No se descuide ni se deje llevar por las apariencias. Estamos en una ciudad chica, pero el enemigo tiene interés en ella. Quien domine el mar tendrá ventajas para ganar la guerra en tierra.

—Lo tendré en cuenta.

—Necesitamos gente de acción. No patanes como Rodríguez, que solo nos proporcionaba informes de alcobas.

—Trataré de hacer un buen trabajo —dijo Rendic.

—Hemos arrendado una casa, y un hombre de confianza le ayudará. Se llama

Changa. Un chileno enemigo de las preguntas y algo torpe.

—¿Changa! ¿Qué nombre es ese?

—Es un apodo. El hombre hace todo tipo de trabajos esporádicos. Lo esperará en su nueva casa —contestó Weymann y luego de probar su bebida, agregó—: Chile se ha declarado neutral en la contienda bélica, pero es evidente que sus autoridades simpatizan con los ingleses. Tenga cuidado con la policía chilena y en especial con el teniente Camargo.

—¿Camargo?

—Si se queda un rato más podrá conocerlo. Viene todas las noches porque está enamorado de una de las mujeres.

Weymann vació el contenido de su copa y se alejó sin agregar nada más. Rendic lo vio desaparecer entre los parroquianos y tuvo la sensación de haber hablado con un fantasma, hasta que la voz del mozo lo volvió a la realidad.

—¿El señor que se fue es amigo suyo? No pagó el consumo. Tendré que cargar la copa a su cuenta.

—Hágalo. Y sírvame otra.

—Si tiene deudas con la policía, cuídese —le advirtió el mozo una hora más tarde—. Acaba de llegar el teniente Camargo.

El policía era un hombre alto y grueso. Su barriga excedía los límites del cinturón que trataba de contenerlo y su rostro estaba cubierto por una barba desordenada que caía como un babero hasta el inicio de su buzada. Se detuvo junto al pianista chino y dijo algo en voz alta. El pianista interrumpió la melodía que ejecutaba y comenzó a tocar otra más alegre.

Cuando el policía se acercó a la barra, Rendic simuló prestar atención a su copa.

—¿Novedades, Juanito? —preguntó al mozo con un tono despectivo.

—Ninguna.

—A usted no lo conozco —dijo el policía dirigiéndose a Rendic.

—Ni yo a usted.

—Ariel Camargo.

—Yaco Rendic.

—¿De paso por la ciudad?

—Me quedaré algunos meses.

—¿Alemán?

—Croata.

—Otro croata más —dijo Camargo, y acentuando el tono grave de su voz, preguntó—: ¿A qué se dedica?

—Soy ingeniero —mintió Rendic y tuvo la impresión de pasar la primera prueba del policía.

Durante las primeras semanas que vivieron juntos, nunca preguntó a Changa su nombre verdadero. De su origen tuvo noticias vagas a través de los rumores correteados por los bares o que eran llevados a la Casa Rosada por algunos de los clientes. Había llegado a Punta Arenas el año 1887, el día que se inauguraba el alumbrado eléctrico de la ciudad y los vecinos corrían entusiasmados por las calles, celebrando ese milagro que hasta entonces solo se conocía en la casa de la millonaria Sara Braun. Al ver las luces encendidas, el niño lloró en las faldas de su abuela, lo mismo que tres años después, cuando al morir la anciana, fue acogido en el asilo de los curas salesianos que habían llegado a Magallanes encabezados por un religioso de apellido Fagnano. Creció entre las bromas de sus compañeros de orfandad, porque a pesar de sus ocho años, solo articulaba sonidos indescifrables y amanecía mojado todas las mañanas. A los doce años, no sabía leer ni escribir. A cambio de lecho y comida, los curas lo dejaron a cargo de limpiar las letrinas y los largos pasillos del asilo, que cada atardecer recorría arrastrando un trapero impregnado de cera. Una ocupación que dejó el día que Dyck le dio trabajo en su tintorería, con una paga mensual y el derecho a ocupar una pieza en la que fue reuniendo los objetos que recogía de la basura.

—Tu nuevo patrón —dijo Dyck enseñándole a Rendic, que había entrado a la casa con su pilchero de lona y una maleta de cuero que aún conservaba la etiqueta de la Tienda Inglesa.

El croata le extendió una mano que el chilote, receloso, no se atrevió a estrechar.

—Buen hombre —agregó Dyck—. Obediente, discreto y trabajador.

Rendic hizo un gesto de comprensión y enseguida recorrió las habitaciones de la casa: un salón, una cocina amplia, un dormitorio y otra pieza pequeña reservada para Changa. Le agradó el olor a madera y barniz que salía de las habitaciones y se detuvo satisfecho frente al ventanal del comedor. Era la primera vez que tenía un espacio propio, diferente al cuarto de su infancia y a las habitaciones en las que se había alojado durante los últimos meses.

Changa encendió el fuego en la estufa de hierro instalada en la cocina, una habitación que también tenía un amplio ventanal, a través del cual se observaban los sembradíos de la huerta y el mar. En su interior había una mesa de madera y un par de muebles con frascos de diferentes tamaños y colores. En una de las paredes colgaba un añoso cuadro con la figura de un caballo, y en la otra, el retrato de una mujer joven, morena, de grandes y atractivos ojos. Rendic esperó a que el fuego se avivara dentro de la estufa y acercando un banco al ventanal observó el patio que parecía unido al cielo cargado de nubes y presagios de lluvias.

Luego de la partida de Dyck, el chilote le sirvió café en un tazón y se quedó junto a él con la mirada extraviada más allá del ventanal.

—¿También tienes nostalgia? —preguntó Rendic.

—Los botes de mi abuelo. Los botes para la pesca —dijo Changa.

—¿Qué quieres decir?

—El mar, mi abuelo —murmuró el chilote.

Los dos hombres quedaron en silencio. Changa alimentó el fuego hasta que Rendic anunció que se iba a dormir. Sólo entonces el chilote recorrió la casa, revisó el cierre de las puertas y se recostó vestido sobre su camastro, pensando que al día siguiente debía comprar víveres en el almacén de menestras próximo a la caleta en la que por las tardes solía observar los botes y el trabajo de los pescadores.

«Drummuir a San Francisco» decía el primer mensaje que Rendic envió a través del telégrafo de la Compañía de Vapores Alemanes Kosmos. Habían transcurrido cuatro meses desde la invasión alemana a Bélgica y los vecinos de la ciudad se reunían en los bares para comentar las alternativas de los combates y el desplazamiento de las tropas en los distintos frentes europeos. Al comienzo la guerra fue seguida con entusiasmo, como si se tratara de una contienda deportiva, cuyo único efecto era dividir a los parroquianos en bandos que apoyaban a germanos o ingleses. Con el paso de los días, los hombres comprendieron que los efectos del conflicto no les serían indiferentes. El flujo de las embarcaciones provenientes de Europa disminuyó y la población padecía el desabastecimiento de los productos importados desde los países en guerra o de otros que evitaban trasladar sus mercaderías por temor a los ataques que sufrían las naves. Algunas fábricas locales, dedicadas a la exportación de lana o productos de curtiembre, dejaron de producir y era frecuente encontrar a numerosos peones cesantes que vagaban por las calles de la ciudad, ofreciendo su trabajo a cambio de comida.

El Drummuir transportaba un cargamento de carbón y carne salada. Provenía de las Islas Malvinas, lugar utilizado para el abastecimiento de las naves inglesas que cruzaban el Estrecho de Magallanes. Rendic se enteró de su ruta una noche que cenaba con un ingeniero inglés de apellido Osborn, contratado por el gobierno de Chile para estudiar la instalación de una red de alcantarillado en la ciudad.

A la mañana siguiente se dirigió a la tintorería de Dyck con el pretexto de retirar una chaqueta enviada a limpiar. Había memorizado los datos y fiel a sus instrucciones, deseaba comunicárselos al alemán para el posterior despacho telegráfico.

Dyck conversaba con otros alemanes que observaron a Rendic con desconfianza y aguardaron en silencio la reacción del tendero.

—Su lavado está listo, señor Rendic —dijo Dyck, al tiempo que hacía a sus amigos un gesto que llamaba a la cautela—: Su chaqueta es de muy buena confección.

—La compré en la tienda Drummuir, durante una estadía en San Francisco.

—Usted parece ser un hombre de muchos viajes.

—Me cuesta estar todo el tiempo en un mismo lugar. Sin ir más lejos, acabo de pasar a consultar precios en la Naviera Kosmos.

—¿Le gustan las embarcaciones alemanas? —preguntó a Rendic uno de los hombres que acompañaban al tendero.

—Son seguras y dan buen servicio.

—Y cuentan con la protección de la escuadra alemana que recorre nuestras costas —intervino Dyck.

La noticia tomó de sorpresa a Rendic. Buscó dinero en su abrigo y dejó unos

billetes al alcance de Dyck.

—Cuando revise su prenda verá que hicimos un buen trabajo —dijo Dyck.

Rendic salió de la tintorería y se encaminó hacia su casa maldiciendo al viento que recorría las calles con alocada rigurosidad. Los peones que recogían basura frente a la Plaza de Armas movían sus palas con energía y una vez que acumulaban los desperdicios, los metían dentro de barriles instalados sobre un carro tirado por dos caballos. La ciudad carecía de aseo público y las calles mostraban sus cunetas atestadas de aguas servidas o restos de animales faenados. Caminó en dirección al Café Asturias, donde acostumbraba beber una taza de café, comprar el periódico y leer otras publicaciones que su dueño, un español de apellido Suárez, tenía a disposición de sus clientes.

—La maldita guerra llena todas las páginas —dijo el español al entregarle un ejemplar del diario *El Magallanes*.

—Habrá que acostumbrarse. El conflicto va para largo.

—Que Dios no lo permita. Como sigan igual las cosas, no tendré qué vender. Sin café ni tabaco, solo me quedan los diarios. Pero en fin, y aunque sea consuelo de tontos, a otros les va peor. Hace un rato conversé con el señor Urzúa, el gerente de la Aseguradora Austral. Su representación está en crisis y la próxima semana arriban dos vapores canadienses asegurados por su compañía. Traen carne, harina y vino. Una parte debe quedar en la ciudad y el resto va al Callao. Si esos vapores son atacados por los alemanes y no llegan a destino, tendrá que cerrar la oficina.

Encendió un cigarrillo y escuchó al español, quien hacía de su vida una eterna charla junto a quien entrara en la cafetería. El lugar era cómodo, provisto de algunas sillas vienesas y atemperado por una enorme salamandra sobre la cual siempre había una tetera con agua hervida. Suárez era viudo y no había querido regresar a España después de la repentina muerte de su esposa. En el café se enteraba de lo que acontecía en Punta Arenas. Los domingos asistía a misa de diez y por la tarde concurría a las carreras de caballos que organizaba la Sociedad Rural de Magallanes.

Acompañó al español hasta avanzada la mañana y luego regresó a su casa para revisar la chaqueta que había retirado de la tintorería. Doblada en uno de los bolsillos encontró una nota en la que Dyck le informaba acerca de los próximos movimientos de la escuadra alemana y del arribo a Punta Arenas del San Lorenzo. El vapor viajaba con bandera uruguaya, pero a pesar de eso y alertadas por los espías británicos, las autoridades navales chilenas le habían prohibido cargar sus bodegas con los víveres destinados a las naves del almirante Von Spee.

La nota terminaba con instrucciones para él. Debía ubicar a un marino llamado Alberto Strecker y burlar la vigilancia de la marina chilena para proveer al San Lorenzo de mercaderías almacenadas en las afueras de la ciudad. Pensó en las opciones que tenía para cumplir la tarea encomendada y concluyó que sobornar a los obreros del puerto no era difícil, pero sí a los guardias que día y noche vigilaban el acceso al muelle. Sentado frente al comedor fumó un cigarrillo y recordó un artículo

del diario *El Magallanes* que daba cuenta del arribo de la embarcación de Alberto Strecker, quien se dedicaba al cabotaje entre Punta Arenas y los puestos mineros diseminados por las costas de la isla Tierra del Fuego. Strecker era un antiguo combatiente de la marina alemana, y aunque no tenía intenciones de volver a enrolarse en sus filas, había manifestado su voluntad de cooperar en las actividades que promovían los alemanes residentes en la ciudad. Si eso era verdad, el marino podría aceptar el plan que a Rendic le pareció ideal para solucionar el problema planteado por Dyck.

—¿Dónde puedo ubicar al capitán Strecker? —preguntó a Changa, que no perdía de vista los movimientos de su patrón.

—Tal vez en el Samoa, la cantina con billar de Mariano Bilus. En ese lugar se juntan muchos marineros —dijo Changa, luego de pensar detenidamente su respuesta.

Tomó su abrigo y se encaminó a la cantina, un barracón de troncos ensamblados, que sobrevivía desde el tiempo en que Punta Arenas era una colonia penal que albergaba a presidiarios enviados desde el norte del país. En su interior el aire estaba enrarecido por el tufo del vino y el humo de los cigarros. El sitio era tan oscuro como el origen de sus clientes, y su fama no tenía otro asidero que el bajo precio de sus bebidas y el bacalao con papas y salsa de tomates que preparaba la esposa del dueño. En lo demás, poco se diferenciaba de las otras cantinas que se agrupaban en las calles próximas al puerto y que en más de una ocasión habían merecido artículos en los diarios a causa de las riñas que se fraguaban entre sus paredes. En la cantina reconoció a un par de marinos ingleses que alzaban sus copas en honor del Rey Jorge y a otros tantos alemanes, igualmente ebrios, que procuraban acallar los brindis con cánticos estridentes y mal entonados. Los dos grupos eran observados con indiferencia por el resto de los parroquianos, que solos o en grupos, ocupaban las mesas más apartadas.

Se acercó al mesón, pidió una jarra de cerveza y preguntó al mozo por Strecker.

—No ha venido. Debe estar gastando su dinero en la Casa Rosada o donde La Nortina. Cuando regresa de un viaje, el bribón no piensa más que en mujeres.

Rendic apuró su cerveza y volvió a la calle. Saltando charcos, eludiendo el barro de las veredas, recorrió las cuadras que lo conducían al encuentro de Strecker sin saber que esa noche conocería a Martina y que a partir de ese momento el camino al prostíbulo le sería ineludible.

A corta distancia del muelle, la casona parecía un castillo construido por un arquitecto loco, sin más formas que el azar o el deseo de acabar con la construcción que sería refugio de aventureros y hombres de negocios forjados en un golpe de suerte o en el ágil silbido de las navajas. Era la casa que todo hombre se proponía conocer y que al final de una noche de juerga le dejaba el recuerdo de unas horas vividas al amparo de hembras inolvidables. Los otros prostíbulos, los innombrados, nacían al comienzo de la calle Errázuriz y trepaban hacia el Cerro de La Cruz. Pobres

y sucios, crecían de un día para otro, a pesar de las advertencias de la Sociedad Médica de Magallanes, preocupada por el avance de esas enfermedades que, con el eufemismo de sociales, acrecentaban los índices sanitarios o las crónicas de algunos periodistas que las atacaban después de pasar una noche al otro lado de sus puertas.

Entró al prostíbulo y se acercó hasta la barra. Pidió una copa de coñac y a la distancia reconoció al pianista chino que bebía una copa acompañado por dos mujeres. Los movimientos de Rendic eran observados por Changa, quien, como siempre, ocupaba un rincón apartado, sin otra compañía que una botella de vino y sus sentidos pendientes en la mesa más próxima, donde una mujer era rodeada por cuatro hombres que trataban de llamar su atención con piropos y frases ingeniosas.

El chilote pensó en acercarse a su patrón, pero en ese mismo momento la mujer reparó en el croata, hizo algunas preguntas a sus acompañantes y se dirigió a su encuentro. Al pasar frente a su mesa, creyó ver un brillo diferente en sus ojos, y por temor a ser inoportuno o intuyendo que en ese instante se manifestaba el destino, permaneció en su lugar.

Martina venía regresando de un viaje y conversaba con los clientes que seguían atentos el relato de su ausencia. Atraída por Rendic, cruzó el salón y al llegar a su lado lo observó con toda la intensidad de sus ojos claros.

—¿Quién eres? —le preguntó.

Rendic se dio tiempo para responder mientras admiraba a la mujer, su cabellera roja y la sonrisa que convertía a sus labios en un desafío. Llevaba puesto un vestido negro y el escote permitía apreciar el inicio de sus pechos cubiertos de pecas. Sobre ellos lucía un collar de perlas que hacía juego con sus aretes y el adorno de sus cabellos.

—Yaco Rendic. Soy ingeniero.

—Martina —dijo ella, y luego de tomar una de las manos de Rendic y acariciarla, agregó—: No parecen manos de ingeniero. Son grandes, ásperas, fuertes, como las de un campesino.

Rendic solo atinó a sonreír y a buscar refugio en la pausa de un trago que bebió sin dejar de observar a la mujer.

—Esta noche estamos destinados a conocernos —le dijo ella al oído.

Deseó abrazarla y recorrer su cabellera con una caricia. Recordó su trabajo. La necesidad de ubicar a Strecker. Quiso apartarse de la mujer e iniciar la búsqueda en el salón, pero su intención no pasó de ser un pensamiento y se dejó conducir hasta un rincón, lejos de las miradas de los curiosos.

—Vamos a hablar de tus manos —dijo ella.

Rendic pensó en aquella época en que jugaba a los secretos con sus amigos y hermanas, y a partir de una mentira maliciosa procuraban descubrir verdades sobre los sentimientos de uno u otro.

—¿Me equivoco con tus manos? —insistió Martina.

—No, pero sus asperezas pertenecen a un tiempo pasado.

—Del que no deseas hablar.

—Tal vez otra noche. Ahora estás ocupada —agregó él, indicando la mesa que ocupaba Martina.

—Ellos no importan. Tú pareces distinto.

—¿Distinto?

—Cargas con una pena.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Te pareces a mí.

Rendic miró a la mujer y pensó que a partir de ese momento sus palabras serían pálidos reflejos de lo que sentía. Se refugió en el silencio que a menudo lo acompañaba y que había aprendido a aceptar como parte de su oficio. Martina insistió con otras preguntas y al cabo de una hora lo condujo hacia su pieza. Espejos, retratos, adornos extraños, cristales y colgajos convertían la habitación en un sinfín de sombras que luego de unos minutos se concentraron en la sonrisa tierna de la mujer.

La madre de Martina era una polaca que llegó a Buenos Aires cuando esa ciudad era territorio fronterizo y en sus márgenes comenzaba a gestarse la música que años más tarde popularizaría un uruguayo de apellido Gardés. Conservaba un borroso daguerrotipo de su padre en el que aparecía un marino vestido de uniforme. Un retrato que a menudo pensaba no era sino un invento de su madre para aplacar sus reclamos de niña acostumbrada a recorrer las barriadas en compañía de muchachas que podían hablar de sus padres con un nombre y una ocupación reconocible.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué decidiste pasar esta noche conmigo?

—Tuve la impresión de que me buscabas.

Sorprendido por las palabras de Martina, el croata se creyó por un instante descubierto en sus mentiras. Luego pensó que la mujer no había dicho nada especial, que sus temores lo hacían preocuparse innecesariamente y que más allá de esa noche, lo más conveniente era ganar la amistad de ella, controlar sus sospechas y de paso obtener información acerca de los clientes que la frecuentaban. Miró a Martina y con la complicidad de una sonrisa olvidó por esa noche las razones de su trabajo y no le importó otra cosa que liberar su deseo en el cuerpo de la mujer.

—Es verdad —le dijo—. Había oído hablar de ti, y te buscaba.

Lo acarició bajo la camisa con sus manos menudas y suaves. Rendic se vio desnudo y explorado; y cuando estuvo tendido sobre la cama, ella se quitó el vestido y mostró, a la luz de las velas que iluminaban el cuarto, las perfectas formas de su cuerpo. Sus pechos breves, la mancha de su pubis, sus piernas delgadas, la pequeñez de sus pies y caderas. La tocó en silencio y cuando pasaron unos minutos la descubrió sonriendo, siempre a su lado, real, modelada a su antojo, hasta que ambos sintieron urgencia de confundirse en el otro. La mañana y los primeros ruidos de la casa los sorprendieron rodeados por el olor de las velas derretidas, sudorosos, envueltos en un

juego de piel y saliva. Ella le acarició los cabellos y quedó en silencio, repentinamente adolorida por el recuerdo de otras promesas; y también, como lo reconoció cuando estuvo a solas, por las sensaciones vividas junto a ese hombre pétreo y al mismo tiempo desbordante como el mar que a veces observaba desde su pieza.

Martina encendió un cigarrillo mientras el croata se vestía por el repentino recuerdo de Strecker. No hubo palabras entre los dos, pero cada cual reconoció la inutilidad de cualquier despedida.

Al salir, Rendic no advirtió la presencia de Changa en un rincón del salón. Empujado por un rencor repentino, el chilote ideó la muerte del croata y enseguida, arrepentido de su pensamiento, asumió una fidelidad irrevocable hacia ese hombre que podía amar lo que para él estaba prohibido.

6

Changa dibujó unos redondeles con sus dedos sobre los vidrios empañados de la ventana del dormitorio y luego, oscuro y triste, miró a través de ellas la calle y las nubes grises instaladas en el cielo. Repentinamente se sintió observado y sin decir nada salió del dormitorio para regresar al poco rato con una bandeja que contenía un tazón de café y dos panes. La puso sobre un velador y se alejó un par de pasos de la cama, a la espera de alguna palabra de su patrón.

—¿Dormí mucho? —preguntó Rendic.

—Usted venía cansado.

Rendic probó el café y dio un mordisco a uno de los panes.

—Strecker está en el Samoa —dijo Changa.

—¿Qué sabes de Strecker?

—Usted dijo que deseaba ubicarlo. Fui a su casa y le di el recado.

—¿Recado? —se interrogó a sí mismo Rendic.

Sin salir del asombro, terminó su desayuno y partió a la búsqueda de Strecker. Al cabo de unos minutos, y por segunda vez desde que estaba en Punta Arenas, se encontró en el Samoa preguntando por el marino.

Un gigantón calvo y poco dado a las palabras le indicó la mesa ocupada por dos marinos que bebían sin mayor preocupación por el desaliño del lugar. Uno era joven y tenía el rostro surcado por una cicatriz. El otro, más viejo y delgado, era Alberto Strecker. Llevaba una gorra de capitán de barco, un chaleco azul de cuello alto y de

sus labios colgaba una pipa de cazoleta amplia. Rendic avanzó hasta la mesa y se presentó. Strecker lo examinó e hizo una seña a su acompañante para que se pusiera de pie.

—No quiero interrumpir.

—Mi amigo Pascual ya se iba —contestó Strecker—. Zarpa esta noche y tiene que arreglar sus bártulos. La vida del marino se hace al ritmo de las olas. Ir y venir, una y otra vez, sin pausas.

Pascual asintió con la cabeza y sin mayor preámbulo se alejó de la mesa. Rendic ocupó la silla desocupada por el marino y los dos hombres se miraron un rato en silencio hasta que el croata comprendió que le correspondía iniciar la conversación.

—Quiero hablar de un asunto que espero sea de su interés —dijo.

—Eso le oí decir a Changa. También sé que anoche se enredó en las sábanas de Martina —dijo Strecker y con movimientos seguros llenó una copa de vino—. Beba y no se asombre. Es difícil ocultar algo en esta ciudad. Esta mañana, en el muelle, nadie hablaba de otro tema. Y créame, austríaco, hay muchos que le tienen envidia por ello.

—Croata, no austríaco.

—En Punta Arenas llamamos austríacos a todos los que vienen de sus tierras.

—No me hace gracia. Desde hace muchos años sufrimos la opresión austríaca.

—No se ofenda. Es el uso que le damos a la palabra.

—Prefiero que las cosas se llamen por su nombre. Además, algún día recuperaremos nuestra independencia.

—De acuerdo. Procuraré llamarlo como corresponde. Y en cuanto a esa mujer, tenga cuidado. Conozco a varios que perdieron la cabeza y algo más por ella. Pero no me diga nada ni se justifique. Ya tendremos tiempo para hablar de mujeres —dijo Strecker encendiendo de nuevo su pipa.

—Bonita pipa —comentó Rendic sin saber aún cómo abordar el tema que deseaba conversar con el marino.

—Me la regaló mi padre el día que me embarqué a la China. Estuve en la guerra de los bóxers. Conocí Pekín y navegué por el Yang Tse Kiang, el Río Azul. Al término de la guerra vine a dar con mis huesos al Estrecho de Magallanes. ¿Por qué? Después de salvar el pellejo en la guerra, cualquier lugar da lo mismo. Al llegar a Punta Arenas compré el cúter Cóndor. Con él me he ganado la vida, y al cabo de unos años de correrías, conozco al dedillo los canales de la zona. Pero supongo que usted no está interesado en mi historia. ¿Cuál es el asunto que le preocupa?

—Se trata del San Lorenzo. Tiene instrucciones de abastecer de carne y víveres a la escuadra alemana que viaja hacia el Estrecho de Magallanes. La carga existe, pero las autoridades chilenas han prohibido abastecer a las embarcaciones de la Naviera Kosmos.

—Por culpa de lo sucedido con el Memphis hace tres meses —dijo Strecker—. El vapor se abasteció en Punta Arenas y a los pocos días arribó a Puerto Montt con sus bodegas vacías. Los ingleses denunciaron el transbordo de su carga en alta mar. Se

armó una zafacoca que aún tiene con dolor de cabeza a nuestro cónsul.

—Está bien informado y eso me ahorra explicaciones. Para que el San Lorenzo cumpla su misión es necesario que usted lo abastezca. Los víveres están en un campo del cónsul, en Agua Fresca, a las afuera de la ciudad. Lo demás sería de su responsabilidad. El San Lorenzo puede desplazarse hasta el punto que usted considere más adecuado para hacer el traspaso de la carga.

—La marina chilena estará alerta —dijo Strecker, y después de aspirar con fuerza su pipa, agregó—: No será fácil, pero parece una buena aventura.

7

Rendic, pese a su deseo e insistencia, tuvo que marginarse del plan ideado con Strecker para abastecer al San Lorenzo. Durante los cinco días que el alemán, ayudado por media docena de hombres, trasladó la carga hasta el navío, frecuentó la Casa Rosada con el pretexto de conocer a los oficiales de marina y tripulantes que llegaban al prostíbulo, y amistarase con los comerciantes que, entre copa y copa, comentaban el arribo de las embarcaciones que traían mercaderías para surtir las tiendas de la ciudad. Sus visitas terminaban invariablemente en la pieza de Martina, y luego el recuerdo de la mujer lo acompañaba en sus rutinarios paseos por el puerto. Le bastaba verla aparecer en el salón para sentir ganas de abrazarse al aroma de su piel, sin importarle los comentarios de los clientes que lo veían entrar y salir de su habitación. Por las noches pedía una copa a Juanito y junto al pianista chino, esperaba a que Martina despachara al acompañante de turno. Su presencia en el quilombo se hizo familiar y a nadie le causaba sorpresa verlo aparecer a cualquier hora del día o que se quedara jugando a los naipes con Amable Mansilla, el propietario de la casa.

Durante su juventud, Mansilla había recorrido la isla Tierra del Fuego en busca de oro, burlando la vigilancia de los hombres de Popper que, armados hasta los dientes, cuidaban que nadie más que su amo se apropiara del preciado metal. Julio Popper era un ingeniero rumano avecindado en la isla Tierra del Fuego, propietario de varios lavaderos de oro que le dieron la oportunidad de alentar el sueño de construir un imperio personal en medio de las soledades patagónicas. Tras él estaba la leyenda de las monedas acuñadas con su rostro, su pequeño ejército de aventureros y la matanza indiscriminada de indígenas. La búsqueda de Mansilla terminó el día en que junto a su socio, un italiano de apellido Foschinno, encontraron suficiente oro como para retirarse de la aventura e instalar un negocio. Muchos imaginaron que instalarían un

boliche de ultramarinos, hasta que una mañana lo vieron entrar a la Casa Rosada, acompañados de una infinidad de camas, sillas, espejos y un piano adquirido al dueño de un vapor francés que había perdido gran parte de su dinero en una timba de mala muerte.

Con el tiempo la casona se convirtió en leyenda, y cuando Foschinno murió mientras compartía cama con una de las asiladas, Mansilla declaró que estaba cansado del negocio y que desde ese día en adelante esperaba una buena oferta para vender la casona, ordenar sus pertenencias y regresar a Castro, pueblo chilote del que había salido a los diez años junto a su hermano mayor y un vecino que murió mientras cruzaban el Golfo de Penas a bordo de un carguero frágil y descangallado. Pero desde la expresión de su cansancio habían pasado diez años y según confesó una noche a Rendic, estaba muy viejo para dejar de ser un cabrón de la noche a la mañana.

Changa aparecía por las noches en la casona, y luego de saludar discretamente a Rendic, se sentaba en un rincón del salón a observar la actividad del prostíbulo. El resto del día lo ocupaba en realizar las labores que le encomendaban, y sin que el croata lo supiera, vigilaba los movimientos de Strecker, presintiendo que en ellos existía un peligro que su patrón ignoraba. Cubierto con una manta de castilla observaba a los hombres que salían de la bodega del Gran Almacén Alpes, con los sacos de carne salada, harina, arroz y otros alimentos que necesitaban los marinos alemanes. Los sacos eran cargados en carretas que recorrían lentamente las calles principales de la ciudad y luego tomaban los senderos aledaños para iniciar una carrera enloquecida hasta Agua Fresca, donde la carga era subida al cúter de Strecker, quien, junto a las primeras sombras de la noche, navegaba por rutas que le permitían pasar inadvertido frente a los guardacostas de la marina chilena.

Rendic bebía unas copas en la Casa Rosada cuando supo que Strecker había terminado el trabajo. Estaba acompañado de un francés que decía haber descubierto petróleo en Leña Dura, a pocos kilómetros de la ciudad, luego de estudiar las crónicas de los antiguos viajeros del Estrecho de Magallanes que hablaban de los fuegos interminables que iluminaban el cielo austral. La fantasiosa historia del geólogo dejó de tener interés para Rendic cuando vio aparecer a Changa con una nota que le enviaba Dyck. La examinó de prisa y aduciendo un problema doméstico, se encaminó hacia la cita fijada por el alemán para darle los últimos detalles de la operación.

Frente a la plaza un centenar de hombres gritaban consignas contrarias a la guerra. Rendic se detuvo a observarlos en el momento en que un orador iniciaba un discurso a favor del socialismo y de los obreros que morían en el frente de batalla ruso. El hombre alzaba la voz al término de cada frase y quienes lo escuchaban aplaudían con entusiasmo. Un pelotón de artilleros de la gobernación vigilaba atentamente a los manifestantes desde un costado de la plaza. Los militares le recordaron a los soldados que llegaban a su pueblo en busca de jóvenes en edad de combatir contra los turcos. Un oficial lanzaba una arenga encendida y luego los

austriacos comenzaban a revisar las casas y lugares donde los jóvenes se ocultaban. Escuchó el ruido que producía el entrecuchar de unas botas y de inmediato vio cargar a los militares contra los manifestantes, que solo atinaron a resistir con sus puños. Rendic caminó en sentido contrario a la manifestación y a medida que se fue acercando a la tintorería dejó de escuchar las consignas y los gritos de la refriega.

Dyck lo invitó a pasar a una pieza ubicada en la parte posterior de la tintorería. Weymann estaba sentado a una mesa, sobre la cual había una botella de vino y algunos vasos. Los alemanes parecían contentos. Las provisiones para la flota alemana estaban en las bodegas del San Lorenzo y en los días siguientes llegaría a su destino final.

—Lo llamamos para celebrar nuestra exitosa operación de abastecimiento —dijo Dyck—. Su trabajo ha sido valioso y así se lo haremos saber a sus superiores en Berlín.

Rendic lamentó haber dejado el prostíbulo y aparentando entusiasmo tomó una copa que se encontraba sobre la mesa. Weymann comentó que el cónsul alemán había publicado un aviso en los diarios locales invitando a los jóvenes alemanes residentes en Punta Arenas a incorporarse a la lucha desatada en Europa. Rendic advirtió que el comentario no era del agrado de Dyck y que su rostro mostraba una preocupación ajena a los motivos del festejo. Luego de unas copas y nuevos brindis, preguntó a Dyck el motivo de la inquietud.

—El aviso del cónsul nos traerá problemas. Los ingleses protestarán por la publicación y las autoridades chilenas establecerán nuevas restricciones sobre las informaciones de la prensa.

—Será cosa de uno o dos días —comentó Rendic, y luego de beber un trago, agregó—: Me parece que a usted le preocupa otro asunto.

—Creía que la guerra estaba lejos. Sin embargo, ahora comprendo que mi confianza fue un error. Mi hijo mayor leyó el aviso y parte a Europa la próxima semana. Traté de evitarlo, pero él es joven y testarudo.

—Cuando su hijo llegue a Europa todo habrá terminado —dijo Rendic.

—Agradezco su optimismo, pero la guerra no ha hecho más que comenzar.

8

Un mes después del abastecimiento al San Lorenzo, los alemanes residentes en Punta Arenas conocieron las noticias del triunfo de su escuadra en la batalla librada frente a

la localidad de Coronel. Las naves alemanas, al mando del almirante Von Spee, habían hundido a los destructores Good Hope y Monmouth, y navegaban rumbo al Estrecho de Magallanes dispuestas a tomar por asalto la guarnición que los ingleses mantenían en las Islas Malvinas. El desenlace de la batalla de Coronel ocupó los titulares de los diarios y los residentes ingleses se aprestaron a hacer sus maletas, inquietos por el futuro que les aguardaba en una ciudad que de un momento a otro podía dejar de ser neutral. El pánico de los ingleses contrastaba con el entusiasmo de los alemanes que colgaron banderas en las ventanas de sus casas, a pesar de la ordenanza municipal que prohibía manifestaciones de fervor bélico. El cónsul alemán organizó una fiesta que sirvió para homenajear al capitán Strecker y desde ese momento el nombre del marino comenzó a ser mencionado con admiración en los hogares de los colonos alemanes. Rendic había mantenido su anonimato, aparentemente ajeno a las acciones bélicas que estaban en boca de todos. Por instrucciones de Weymann continuó visitando la tintorería de Dyck para transmitir sus datos mediante frases que solo él y el alemán entendían. Aparentaban estudiar la topografía del puerto mientras daba largos paseos por la playa, solo o acompañado de Changa, que lo ayudaba a transportar unos pesados e inútiles instrumentos de medición.

Las noches que no pernoctaba en la Casa Rosada, se despedía temprano de Martina y regresaba a la mañana siguiente, cuando estaba seguro de encontrarla sola y despierta. También la visitaba por las tardes, en esas horas en que la ciudad parecía dormida y nada en el prostíbulo alteraba la siesta de sus pupilas. Se quedaba a su lado y la escuchaba hablar de las cosas que habían ocurrido la noche anterior o la ayudaba a probarse los vestidos entallados y de vivos colores que confeccionaba para ella una modista del barrio. La veía pasear por el cuarto, detenerse frente a los espejos y respingar su nariz con desagrado cuando alguna de las prendas no colmaba sus deseos. Martina pedía su opinión, y él la abrazaba hasta que ella lo obligaba a expresar algún juicio. Desde el primer encuentro no habían dejado pasar un día sin verse y aunque se sabían condenados a una relación transitoria, disfrutaban de la calma que cubría sus cuerpos después de hacer el amor, o por las tardes, cuando el prostíbulo descansaba.

Al día siguiente de la celebración en el consulado alemán, Rendic encontró a Strecker en la Casa Rosada. Se hallaba rodeado de marineros a los que mostraba la gorra que le habían regalado en el homenaje. Ufano, saludó a Rendic y le contó detalles de la fiesta. Había bailado y bebido la noche entera y al final del festejo, un grupo de alemanes lo llevó en andas hasta el centro de la Plaza de Armas, cantando himnos que se acallaron con la presencia de un pelotón de policías dispuesto a partir las cabezas de los alegres teutones. Rendic escuchó en silencio y cuando lo consideró oportuno, reprochó a Strecker la imprudencia de ventilar en público los detalles de su trabajo. El marino se rió en su cara y lo dejó a solas con dos copas de coñac servidas sobre la barra del quillombo.

Más tarde, y mientras oía una de las melodías favoritas del pianista chino, vio entrar a Camargo acompañado por un hombre joven que vestía una elegante chaqueta azul.

—El señor ingeniero —saludó Camargo, irónico—. Supe que está convertido en un buen cliente de esta casa de entretenimiento.

—Las noches son largas y un poco de diversión no hace daño a nadie —contestó Rendic, procurando seguir el juego de palabras iniciado por el policía—. En cambio a usted no lo veía desde nuestro primer encuentro. Parece ser un hombre ocupado.

—El mal no da pausas, amigo. Tuve que viajar hacia el lado argentino. Llegué hasta Río Gallegos persiguiendo a un peón que asesinó al administrador de la Estancia Hudson. El viaje fue largo, pero fructífero. El desalmado no podrá seguir huyendo.

El policía contó con placer los detalles de la cacería. El miedo del peón, su confesión y su muerte al cabo de un presunto intento de fuga. Camargo sonreía, advirtiéndole con ello a Rendic de lo inconveniente que podía llegar a ser su rivalidad.

—Le presento a Demetrio Arteaga —dijo Camargo, al tiempo que indicaba al joven que lo acompañaba—. Los asuntos de la guerra necesitan mayor control y nos envían refuerzos.

Arteaga saludó a Rendic. El hombre era alto y delgado, y no tenía el aspecto ruin de los policías que trabajaban bajo las órdenes de Camargo. Rendic pensó en un funcionario acostumbrado al trabajo de oficina y estrechó la mano de Arteaga, quien sonrió brevemente mientras observaba de reojo la reacción de su jefe.

—Forasteros. Una condición que nos une —dijo Rendic.

—Cierto —retrucó Arteaga, y Rendic tuvo la impresión de que el policía limitaba sus palabras debido a la presencia de Camargo.

—¿Y su trabajo? —preguntó Camargo a Rendic—. ¿Avanza?

—No me puedo quejar. El buen tiempo ha estado a mi favor. He podido hacer gran parte de las observaciones que necesito.

—Conversé con el gobernador sobre su trabajo —dijo Camargo—: No está al tanto de lo que usted hace.

—Mi estudio es por cuenta de una empresa particular. Una vez que lo termine se entregará una propuesta al gobierno chileno. Mis observaciones servirán para dar fundamento a los cálculos que se realicen.

—Interesante.

Rendic iba a agregar algo, pero en aquel instante advirtió que Martina se acercaba a la barra. Con movimientos asombrosamente ágiles para su corpulencia, Camargo la tomó de un brazo y la obligó a integrarse al grupo. Una sonrisa se congeló en el rostro de Martina, cuando el policía le hizo sentir su aliento con un beso en una de sus mejillas.

—Vine a verla —dijo Camargo, y con un tono que no admitía réplica, agregó—: Supongo que no está comprometida.

—Esta noche invité a la señorita a una función de zarzuela —intervino Rendic. La mirada del policía lo castigó como un golpe.

—¿Zarzuela?

—Una compañía española se encuentra de visita en la ciudad.

—Eso lo sé —replicó Camargo con desprecio—. Lo que no sé es cuándo nació el interés de Martina por la zarzuela.

—Yaco tuvo la gentileza de invitarme —comenzó a decir Martina, y enseguida se calló al darse cuenta de que el policía no prestaba atención a sus palabras.

—¿Yaco? Veo que los rumores no son falsos —comentó el policía, y luego, acercando aún más a Martina a su lado, añadió—: Temo que el señor ingeniero tendrá que ir solo a la zarzuela.

—Me parece que es ella la que debe tomar la decisión —dijo Rendic.

—Sé lo que dirá. Tal vez no lo recuerde, pero entre nosotros existe un trato.

Rendic sintió el impulso de lanzarse sobre el policía. Alcanzó a dar un paso, pero entonces Martina lo calmó.

—Olvidé que las cosas no son siempre como esperamos. La zarzuela quedará para otra ocasión.

Rendic quiso alegar algo en su favor y no pudo. El policía se interpuso entre él y la mujer.

—Nuestra ciudad tiene límites que un extranjero debe conocer y respetar. Si no lo hace, puede meterse en problemas.

El croata vio que el hombre se llevaba una de sus manos al costado derecho de su cintura. Reconoció el bulto de una pistola y se contuvo. Observó a Martina, cuya mirada se extraviaba en un punto oscuro del salón.

Tal vez esa mirada, el rostro oscuro de Camargo o el gesto que presagió el arma; tal vez, como se lo reprocharía en el futuro, solo el miedo lo obligó a quedarse de pie junto a la barra del bar mientras Camargo y Martina se internaban por el pasillo que conducía a las piezas.

Desde su rincón, Changa vio a su patrón aferrarse a la barra y pedir una copa que apretó en su mano izquierda hasta convertirla en una herida cuya sangre dejó correr un instante y luego cubrió con un pañuelo. Lo vio rechazar la compañía de Arteaga y salir a la calle para emprender una rápida carrera hasta el armario de la casa donde guardaba la pistola que le había pasado Dyck.

A su modo, los dos hombres recordarían esa noche. Rendic, en la promesa que se hizo a sí mismo, cuando después de buscar la pistola regresó al prostíbulo en el mismo momento en que se apagaban las luces del cuarto de Martina. Y Changa, en su deseo de proteger al croata con el que compartía el amor hacia la misma mujer.

También la recordaría Arteaga, cuya destinación en Punta Arenas obedecía a un castigo, motivado por los amoríos con la esposa de un jefe del servicio policial, y para quien solo restaba esperar que el plazo del castigo transcurriera sin sobresaltos. Sin embargo, a pesar de sus prevenciones, la relación de Martina con Rendic le hizo

tomar partido por ellos, a despecho de la fuerza de Camargo que, según se había enterado, guardaba en su escritorio la carta que le habían hecho llegar desde Santiago con un informe acerca de su conducta.

Camargo llevaba tres años en la ciudad. Formaba parte de la dotación policial que el gobierno había enviado para dar seguridad a esa zona del país que comenzaba a destacarse como un centro comercial de importancia, debido al creciente comercio de carne y lana desarrollado por los dueños de las estancias magallánicas. Los estancieros habían conseguido el apoyo de algunos parlamentarios para dotar de normalidad cívica a la ciudad, y los métodos rudos de Camargo habían sido bien recibidos por quienes deseaban tranquilidad para sus negocios, sin tener que preocuparse por las protestas de los indígenas ni por los reclamos de las agrupaciones de obreros que demandaban mejores salarios. La leyenda negra de Camargo había dado frutos. A los pocos meses de llegar a la ciudad tenía el control de las fuerzas policiales, ya que Mayorga, el oficial a cargo del destacamento policial, estaba más interesado en los progresos de sus negocios que en los delitos que se cometían a diario en Punta Arenas.

De todos los relatos sombríos que involucraban a Camargo, el que más conmovió a Arteaga era el de la india Mercedes. Al instalarse en la región, la Congregación Salesiana había obtenido autorización del gobierno chileno para crear un asentamiento indígena en Isla Dawson con el nombre de Misión San Rafael. En galpones contruidos sin consideración de los rigores climáticos de la zona, los curas hacinaban, con más buena fe que resultados positivos, a los onas que huían de los cazadores contratados por los estancieros. Mercedes había sido recogida en compañía de su hija de diez años vagando por los alrededores de Bahía Catalina. Fue llevada al muelle junto a otros indígenas y cuando estaba por embarcar en la lancha que los llevaría a la misión, apareció Camargo diciendo que necesitaba una india joven para las labores domésticas de un matrimonio de comerciantes holandeses.

El policía revisó al grupo de indígenas y escogió a la hija de Mercedes. La india resistió la separación y solo a empujones consiguieron subirla a la lancha y arrojarla a un costado de la cubierta donde fue atada para que no causara más alboroto. Al anoecer, cuando la embarcación inició su viaje, Mercedes fue liberada de sus ataduras, y aprovechando un descuido de los curas, saltó por la borda.

Un peón del muelle aseguró verla nadar hacia la costa. Otro, hundirse en medio de las olas que rodeaban la embarcación. Después nadie se preocupó de ella, hasta que a la noche siguiente la vieron frente a la casa de los holandeses pidiendo a gritos la devolución de su hija. Camargo apareció en el lugar con dos de sus hombres. Rodearon a la india y le dieron de palos hasta matarla. El suceso apenas ocupó unas líneas en el diario *El Trabajador* y un cura que habló del hecho en su prédica dominical fue censurado por las miradas de las autoridades ubicadas en los asientos principales de la iglesia. Camargo informó a su manera lo sucedido y salió rumbo a Barranco Amarillo con el pretexto de capturar a un gañán acusado de abigeato.

Rendic conoció la historia cuando, al día siguiente de la discusión en el prostíbulo, Arteaga llegó a su casa a preguntar por la herida de su mano; esa misma herida que había adormecido con unas copas de aguardiente mientras reunía valor para matar a Camargo.

Una muerte que no concretó, porque cuando estuvo dispuesto a ella, lo retuvo el brazo firme de Changa, aparecido de la nada, seguro como nunca en sus palabras. Quiso ignorar al chilote, pero intimidado por su mirada, se dejó llevar hacia la casa donde Changa le sirvió una taza de café y le curó la herida.

—Tengo que volver —dijo entonces Rendic.

—Una muerte requiere paciencia —sentenció Changa, reteniéndolo.

A la mañana siguiente de la disputa con Camargo, Rendic pasó a ver a Martina y la encontró en su cuarto con una sombra de dolor reflejada en sus ojos. Observó la habitación detenidamente y no encontró indicio alguno de la presencia nocturna de su rival.

—Camargo no significa nada —dijo ella, al cabo de unos minutos.

—Lo sé —murmuró Rendic, al tiempo que su mano izquierda palpaba el bulto de la pistola acomodada en el cinturón.

—Nada —insistió Martina, abrazándose al croata—. A él solo me une la desgracia y una historia que jamás podré olvidar.

Martina no había llegado a Punta Arenas directamente desde Buenos Aires. Antes había vivido una temporada en Santiago, asilada en una casona al norte del río Mapocho, en La Chimba, un barrio de mercados, posadas y prostíbulos al que fue a dar en compañía de otras muchachas argentinas. Sus primeros contactos fueron con militares. Hombres que venían de prestar servicios en la frontera del sur, donde aún los mapuches defendían sus tierras y algunos soldados rebeldes se dedicaban a saquear fundos. Los conocía por sus nombres, al igual que a los policías que aparecían por las noches a la búsqueda de diversión y de las coimas que les entregaba la cabrona a cambio de hacer la vista gorda frente a los excesos de los clientes. En ese ambiente conoció a un capitán de apellido Monardes que le hizo imaginar un destino similar al de las mujeres elegantes que paseaban los domingos por el Parque Cousiño. Martina creyó las promesas del soldado y una noche, cuando éste se rió de su ingenuidad, lo atacó con un cuchillo. Camargo, que ese día estaba de ronda, se hizo cargo del finado y no la denunció como ella esperaba. Pero tampoco olvidó lo sucedido. Con amenazas, se hizo dueño de su libertad y recogió buena parte de las ganancias de Martina, hasta que meses más tarde, un argentino ofreció llevarla al sur, a un quilombo recientemente instalado en Punta Arenas. Huyó de Camargo y solo la mala fortuna los volvió a unir cuando el policía fue destinado a esa ciudad donde ella era la favorita de los hombres con pasados tan turbios como el suyo.

—Lo demás, tú lo adivinas. Cobra su deuda cada vez que lo desea. He tratado de llegar a un acuerdo, entregarle parte de mis ahorros, pero no lo acepta. Dice que me ama y que alejará a todos los que se acerquen a mí con otra intención que no sea el amor de una noche.

—No me podrá apartar de tu lado, Martina.

—Otros intentaron derrotar a Camargo y no tuvieron éxito —agregó Martina, acariciando los cabellos de Rendic—. Además, Camargo cree que ocultas algo. Anoche me dio a entender que te ha hecho seguir.

—¿Me vigila?

—Me gustaría conocer la razón —dijo Martina—. No quiero sorpresas desagradables.

Changa ya sabía que vigilaban a Rendic cuando éste apareció en la casa alterado por la información que le había entregado Martina. En sus recorridos por el mercado había escuchado a un muchacho que voceaba la inauguración de una escuela para adultos, y sin decir nada a Rendic, concurrió una tarde a la escuela, donde diez a doce hombres se agrupaban alrededor de una pizarra y un pequeño calentador que no conseguía atemperar la habitación.

En la primera clase, el maestro, un sujeto de aspecto severo que vestía ropas tan raídas como las de sus alumnos, le regaló un cuaderno para que copiara las letras escritas en la pizarra. De regreso a la casa, repitió la lección, vio que sus garabatos se asemejaban a las letras del profesor y durante varios días volvió a escribirlas en el cuaderno y en el vaho que se formaba sobre los cristales de las ventanas. A la semana se atrevió a escribir su verdadero nombre: Juan Díaz.

Ignorante de los estudios del chilote, Rendic lo veía revisar los diarios que compraba en la tienda del español Suárez, descifrando las noticias de la ciudad, como aquella del primer vuelo en Punta Arenas, realizado por Omar Page en un frágil aeroplano que unió de un extremo a otro la pista de carreras de la Sociedad Rural de Magallanes.

Una noche, cuando Changa salía de la escuela junto a sus compañeros, escuchó decir a uno de ellos que le habían encomendado seguir a un extranjero al que su jefe creía contrabandista de licores. El hombre se llamaba Abelardo Marín y trabajaba para Camargo. Changa apuntó la referencia en su memoria y cuando tres días más tarde vio al croata mirar con inquietud a través de las ventanas, supo que el compañero de estudios realizaba su trabajo.

—Se llama Marín y está a las órdenes de Camargo —dijo antes de explicar cómo había conocido al hombre. Rendic escuchó el relato y cuando el chilote mencionó el contrabando, prorrumpió en una carcajada nerviosa.

—Mejor que crea eso —comentó y luego, mientras se ponía su abrigo, agregó—: Necesito tu ayuda. Vas a salir a la calle y enfrentar a Marín. Dile cualquier cosa, pero consigue que se olvide de mí por unos minutos. Saldré por la puerta de atrás.

El chilote obedeció y pronto Rendic estuvo en el patio, saltando la zanja que marcaba los límites con una quinta vecina. Caminó entre siembras de papas y apuró el tranco hasta llegar a la huella que unía la quinta con un callejón pedregoso y de poco uso.

Llevaba dos días sin ver a Martina y durante todo ese tiempo había buscado en vano una respuesta a las amenazas de Camargo. Conocía de sobra el destino de los espías que eran sorprendidos y no quería terminar enterrado en Punta Arenas como un desconocido más de los tantos que iban a dar al cementerio sin que nadie se acordara de ellos al cabo de unos días.

La complicidad de Changa le permitió llegar al lugar que empleaba Weymann para sus operaciones clandestinas. Lejos de la quinta, avanzó en dirección al Cerro de La Cruz y una vez en la cima, descendió en dirección al punto de encuentro con

Weymann. El lugar olía a cerote y alcohol. Estaba iluminado por unas velas colgadas del techo y el mostrador que había en su interior le hizo pensar en un expendio clandestino de licores. Una mujer salió a su encuentro. De acuerdo a lo convenido, preguntó por el doctor Kelly. La mujer lo hizo pasar a otro cuarto maloliente, donde solo había una mesa, dos sillas de paja y un velón que emitía una luz rojiza.

La mujer lo dejó solo y luego de unos minutos volvió con una jarra y dos vasos, que depositó con brusquedad sobre la mesa. Su aspecto era tan ruinoso como el de la casa. Una cabellera negra y grasosa caía sobre sus hombros y su vestido apenas conservaba las huellas de un remoto estampado.

—Tendrá que esperar —dijo—. Mandé a un muchacho en busca del doctor.

Rendic aguardó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Bebió del contenido de la jarra y sintió que su garganta se desgarraba al paso de un aguardiente de mala calidad. El tiempo se anuló en su memoria y una vez más recordó la fosa que había escogido para esconderse de los soldados austríacos y el miedo de ver aparecer los uniformes que odiaba desde que se llevaran a su tío Antonio de la casa familiar, golpeado, arrastrado a la guerra con los turcos.

Durante años su familia guardó para él su lugar en la mesa de los domingos y la Nona Vicenta lo encomendó a Dios todas las noches, rezando junto a una estampa de Cristo y un cirio que desfiguraba el rostro arrugado de la anciana. El tío Antonio regresó irreconocible dentro de sus harapos. Traía la pierna derecha amputada y la mirada perdida de los que han visto muchas muertes. La Nona le acarició las mejillas, igual como lo hacía cuando el tío era un niño que jugaba a la orilla del mar, mientras esperaba que su padre regresara de la pesca. Lo acomodaron en una mecedora junto a la ventana principal de la casa, y ahí, mirando pasar a la gente, se consumió, quieto como las sombras de los olivares que crecían al interior de la quinta hogareña.

En la llama de la vela adivinó su rostro endurecido y al observar sus manos las encontró diferentes a las que recorrían con entusiasmo los libros que le entregaban en el colegio. Había sido un muchacho que soñaba con vivir de un modo distinto a como lo hacían sus familiares. Quería conocer otros lugares, trabajar en asuntos comerciales y no pasar las mismas penurias de su padre y de sus tíos. Pero algo dentro de sí no funcionaba. Un descontento que lo llevaba a hacer cosas de las cuales renegaba al poco tiempo. Y allí estaba de nuevo, solo en un cuarto miserable, a la espera de un hombre del que no tenía mayores referencias. Deseó estar en otro sitio o ser como sus paisanos que llegaban a Punta Arenas dispuestos a formar una vida, sin nada tras de sí que no fuera la nostalgia por el mar que rodeaba sus pueblos o el nombre de una muchacha a la que no tardaban en comprar un pasaje en barco. Vidas simples, forjadas en oficios cotidianos de carpinteros o albañiles contratados para empedrar las calles a golpes de martillo y paciencia.

La puerta se abrió. Weymann entró saludándolo con parquedad y se acomodó en la única silla disponible.

—Un hombre de Camargo me vigila —dijo Rendic—. El policía piensa que soy

contrabandista.

—De un modo u otro, todos somos vigilados —dijo Weymann, mientras encendía con parsimonia un cigarrillo—. Tiene que adoptar precauciones, porque está por producirse un gran acontecimiento.

—¿A qué se refiere?

—Después de la victoria en Coronel, nuestra escuadra se dirige a las Islas Malvinas para tomar ese reducto que sirve para el abastecimiento de las naves inglesas que operan en el Atlántico Sur. Si nuestra marina consigue su objetivo tendremos más oportunidades de ganar la guerra.

—Las islas están custodiadas —comentó Rendic—. Incluso en el diario inglés se habla de las naves que permanecen en la zona.

—Los ingleses aún no se reponen de lo sucedido en Coronel. Pasará mucho tiempo antes de que envíen otras naves.

—Tengo mis dudas al respecto.

—Debería saber que los alemanes no dejamos nada al azar. Nos interesa que usted se vincule con Strecker y le pida que navegue hasta Bahía Norfort. Allí se encuentra el carguero Sierra de Córdoba con el carbón que necesita nuestra flota. Strecker debe guiar al carguero hasta las coordenadas en que deberá encontrar a los cruceros Gneisenau y Schornhorst.

Weymann hizo una pausa que aprovechó para apachurrar el cigarrillo sobre la mesa y sacar de su chaqueta una libreta a la que le arrancó dos hojas.

—Buen tabaco —comentó Rendic.

—Cigarrillos egipcios. El señor Klein los importa desde El Cairo. En su tienda puede adquirirlos.

—A un buen precio, supongo.

—Siempre hay un buen precio para los amigos —agregó Weymann, y luego de entregar la hoja a Rendic, añadió—: Esos son los datos que debe transmitir Strecker. Dígale que es urgente y que no puede correr riesgos.

—¿Y lo de mi seguimiento?

—El contrabando es más inofensivo que el espionaje. Aproveche sus visitas al prostíbulo. Haga un comentario sobre el tema y a los pocos días la gente que concurre a ese lugar le sonreirá de modo distinto.

—Camargo no es tonto.

—Desde luego que no. Controla el contrabando de licores desde Argentina.

—¿Camargo?

—¿A qué va a la Casa Rosada? —preguntó Weymann mientras se ponía de pie con intenciones de marcharse—. Sus ojos y oídos deben estar abiertos para algo más que la puta a la que visita con tanto entusiasmo.

El rostro de Rendic se encendió por la rabia. Buscó en su chaqueta sus cigarrillos y al no encontrarlos, bebió deprisa otro trago de aguardiente.

—Nunca olvide que espía para nosotros y que nosotros lo espiamos a usted. Se lo

comenté hace un momento, los alemanes no dejamos nada al azar. Fume uno de éstos mientras piensa —dijo Weymann, arrojando los cigarrillos sobre la mesa—. Camargo es su problema y no deje que interfiera en nuestros asuntos.

10

Despertó con la resaca de la noche anterior. Había bebido con Strecker después de entregarle las instrucciones de Weymann, y a esa hora el marino iba al encuentro del Sierra de Córdoba. Pensó en pasar a la tintorería de Dyck y se distrajo unos minutos observando la luz blanca que entraba al dormitorio. Se estiró dentro de la cama y escuchó los ruidos que provocaba Changa mientras hacía el desayuno que no tardaría en traerle, junto al diario que cada mañana leía, anotando en un cuadernillo las noticias que le parecían interesantes para comentar con los alemanes. Un análisis de prensa que sustituía la información sobre los movimientos de naves que cada noche le era más difícil obtener en sus visitas a la Casa Rosada. El pirateo obligaba a las embarcaciones a cambiar sus rutas, y salvo aquellas que abastecían los puertos chilenos o peruanos, el resto prefería surcar derroteros más seguros.

Pensó con impaciencia en llegar al cuarto de Martina. Junto a ella no existía su pasado ni las preocupaciones por las órdenes de Weymann. Recordó a Milka, una muchacha de trenzas rubias con la que había crecido compartiendo juegos y largos paseos por la playa, buscando piedras para su honda o conchas secas de mejillones. Una noche se habían besado y prometido un amor que no perduró más allá de un otoño. El padre de Milka recibió una oferta de trabajo en Pescara, ordenó sus pertenencias y embarcó a su familia en una lancha. Nunca más supo de la muchacha y su imagen se convirtió en un recuerdo que durante muchos años comparó con las de las mujeres que le tocó en suerte conocer.

Cerró los ojos y dormitó hasta que Changa entró a la pieza con el desayuno. Lo saludó sin obtener respuesta y se dedicó a hojear las páginas del *Magalleán Times*. Las noticias de la guerra eran similares a la de los últimos días. Cables fechados en San Petersburgo daban cuenta de las bajas rusas y reiteraban el avance de las tropas francesas en el Marne, después de cinco días de un combate que había provocado más de cien mil muertos en el ejército alemán. Un recuadro pequeño llamó su atención. Era una nota que anunciaba la salida de Valparaíso del carguero Sierra de Córdoba. La noticia vinculaba la nave a la intervención de las navieras comerciales alemanas en la guerra, y era preocupante porque asimilaba al Sierra de Córdoba a la flota

alemana y eso, hasta donde él había aprendido a interpretar los comunicados de los ingleses, podía justificar el ataque al carguero. Bebió café y salió de la casa hacia la tintorería de Dyck. En su recorrido se detuvo a observar unas botas que ofrecían en la zapatería La Bola de Oro y a leer un cartel pegado en los muros del Teatro Municipal donde se anunciaba el estreno de la ópera *La Dama de las Camelias*, a cargo de la compañía italiana Della Guardia. Pensó en asistir con Martina a una de las funciones que daban los artistas que, de regreso o en viaje hacia Buenos Aires, se detenían a mostrar esas obras líricas que sacaban de la rutina a los vecinos más adinerados o con pretensiones de figurar en los recuentos de la vida social. Hasta entonces nunca se había preocupado de su entretención. Le bastaba con gastar sus horas en los bares, y en ocasiones iba a ver las regatas en el muelle o los partidos de fútbol que se organizaban al arribo de alguna embarcación de la marina inglesa. De lo demás poco sabía, a pesar de que en las conversaciones en la Casa Rosada se hacía mención de las competencias hípicas, los combates de boxeo y de las sesiones de patinaje en hielo a las que asistían los jóvenes, no tanto por interés en el ejercicio, sino porque en esas reuniones participaban las hijas casaderas de los comerciantes.

Dyck lo saludó sin mucho entusiasmo, acodado en el mesón que usaba para recibir los trabajos de sus clientes.

—Anoche hablé con Strecker. Va navegando al encuentro del Sierra de Córdoba.

—Dios quiera que lo ubique a tiempo —contestó Dyck, con un tono de voz que a Rendic le sonó excesivamente dramático.

—¿Por qué tanta inquietud? Strecker conoce su trabajo.

—¿No está informado?

—¿De qué? —preguntó Rendic.

—La gobernación marítima, alertada por los ingleses de la cercanía del Sierra de Córdoba y de las historias que se cuentan de nuestro amigo, dio orden de evitar su zarpe. No habían pasado veinte minutos de la salida de Strecker cuando llegó al muelle un piquete de guardiamarinas. Se embarcaron en una lancha y van tras él.

—Pasará un mal rato si lo atrapan.

—Y la flota quedará detenida en medio del océano, sin carbón ni posibilidades de llegar a un puerto seguro.

Rendic iba a decir algo más cuando vio entrar a Marín, su vigilante. Hizo una seña a Dyck y el alemán se puso a escribir una boleta de recepción. Marín miró el interior del negocio y se acercó al mesón.

—¿Desea algo, señor? —preguntó Dyck.

—Conocer los precios de sus servicios —contestó Marín, al tiempo que miraba de reojo a Rendic.

—Enseguida le doy esa información —respondió Dyck.

Rendic dio la espalda a Marín, caminó lentamente hasta la puerta y salió de la tintorería, mientras Dyck distraía al espía mostrándole una lista de precios. Cuando Marín se dio cuenta de la huida del croata, éste ya se dirigía hacia el muelle de

pasajeros, dispuesto a conocer otros antecedentes de la abrupta partida de Strecker. Recorrió los alrededores del muelle y en un par de cantinas escuchó comentarios sobre la persecución iniciada por los marinos chilenos. La lancha había regresado sin alcanzar al cúter y en la imaginación de los bebedores, Strecker navegaba como una sombra entre los recovecos inexplorados de los canales magallánicos. Strecker suplía la falta de potencia de la nave con su audacia para transitar por rutas arriesgadas que conocía por sus conversaciones con los onas que a menudo se acercaban a su cúter para vender pieles de lobos o pedir un poco de comida. El marino era el centro de las charlas y cuando los hechos de la mañana comenzaron a repetirse, afloraron las historias inventadas, los recuerdos de los hombres que veían en Strecker a uno de ellos, sin importarles mayormente a qué bando de la guerra pertenecía. Rendic escuchó los relatos con atención y pensó que a su regreso el marino tendría problemas con las autoridades.

Al atardecer volvió a pasar por la tintorería. Dyck aprovechó de presentarle a un coterráneo de apellido Schumann, que tenía la excentricidad de enviar a lavar sus camisas a Hamburgo. En cada vapor que recalaba en la ciudad enviaba una docena de camisas y recibía otra cantidad igual. Un proceso que se había prolongado durante siete años y que en esos días, por la disminución del cabotaje, lo obligaba a recurrir a los servicios de Dyck.

—Trato de convencer a nuestro amigo Schumann de la buena calidad de mi tintorería —dijo Dyck, risueño.

—No gaste su tiempo, Dyck —respondió Schumann acompañando sus palabras con una carcajada que hizo estremecer su prominente barriga—. Pronto ganaremos la guerra y nuestros vapores volverán a navegar libremente. Ayer leí en un diario acerca de la bulliciosa recepción que brindaron en Valparaíso a la flota del almirante Von Spee. Nuestros héroes de Coronel desfilaron por las calles y fueron aplaudidos por la gente.

—Y Strecker logró burlar a la marina chilena —comentó Dyck, introduciendo el tema por si Rendic tenía algo que comunicar sobre las aventuras corridas por el marino en su última navegación.

—No se habla de otra cosa en la ciudad —dijo Rendic—. Ya veremos qué le ocurre cuando vuelva.

Rendic se despidió cinco minutos más tarde. Le molestaba tanta complacencia por una victoria que, a la luz de otras noticias que llegaban de los frentes de batallas, estaba lejos de ser definitiva. Los diarios ingleses le aconsejaban ser cauteloso en sus juicios y esperaba que los acontecimientos de la guerra siguieran distantes, lejos de la ciudad a la que había aceptado viajar por dinero y para escapar del destino miserable que le aguardaba en su pueblo por culpa de los mismos a los que él prestaba sus servicios de espía.

Llegó a la Casa Rosada a una hora en que el salón estaba sin clientes. Un par de mujeres se paseaban somnolientas, comentando los incidentes de la noche pasada.

Una se llamaba Flora y era italiana. La otra, Rosa, era de Concepción, y se contaba que tenía bajo su cama una maleta repleta con las cartas de un marino español que había pasado por la ciudad cinco años antes. Miró a las mujeres sin las pinturas que por las noches delineaban sus labios y le parecieron feas y marchitas. Preguntó por Martina, y las mujeres le respondieron que se encontraba en su pieza.

Martina estaba dentro de una tina, rodeada de espuma y agua caliente. La besó y cuando ella le pidió que le alcanzara una bata que colgaba del respaldo de una silla, contempló su desnudez.

—Tienes que cuidarte —dijo Martina—. Anoche, en medio de su borrachera, Camargo comentó que te preparaba una sorpresa.

—¿Sorpresa?

—Nunca me has dicho si tienen fundamento las sospechas de Camargo. Tampoco te he preguntado por tu trabajo.

—El contrabando lo hace él. Todo el mundo lo sabe. Licores que vienen de Argentina y animales que roba desde las estancias ubicadas cerca de la frontera.

—¿Y tú, a qué te dedicas?

—¿No te lo he dicho?

—Eso del estudio del nuevo puerto no lo creo —dijo Martina, y después de una pausa, agregó—: A un cliente le escuché decir que te relacionas con muchos alemanes.

—No debes creer en todo lo que escuchas.

—¿No confías en mí?

—Más que en nadie. Pero, cuanto menos sepas, menos problemas tendrás.

Rendic trató de abrazarla pero ella se apartó de su lado. Reconoció la decisión que había en el gesto de Martina y pensó que en esa conversación estaba en juego una verdad que comprometía el futuro de ambos.

—Es una historia larga y difícil de contar —dijo Rendic al inicio de su confesión.

11

Las primeras sombras entraban a la pieza cuando la pareja escuchó que golpeaban a la puerta. Martina se levantó de la cama y se acercó a abrir.

—Buscan al señor —dijo tímidamente la mujer encargada del aseo de la casa.

—Di que bajará más tarde.

—Es un policía —balbuceó la empleada—. Se llama Arteaga.

—¡Voy! —gritó Rendic desde la cama.

Martina cerró la puerta y enfrentó al croata.

—Si corres peligro, puedo entretenerlo mientras huyes.

—No es necesario. Ese hombre me da confianza.

Cuando Rendic llegó al salón, Arteaga hablaba con Juanito, el cantinero. El policía se acercó y lo condujo hasta un rincón apartado.

—Camargo se dispone a registrar su casa —dijo en voz baja—. Busca algún contrabando y creo que si no encuentra nada, usará sus mercaderías como falsas evidencias en su contra. Está empeñado en hacerle pasar un mal rato, Rendic.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Rendic, desconfiado.

—Llegué a la guardia y Camargo acaba de salir con una patrulla. Hice un par de preguntas y escuché su nombre.

—¿Por qué vino a decírmelo?

—Camargo es un estorbo y usted me ayudará a sacarlo de mi camino.

Un golpe provocado por el viento recibió a los dos hombres cuando salieron del prostíbulo. Caminaron deprisa las tres cuadras que los separaban de la casa. El viento les daba de frente y por momentos les impedía avanzar con la rapidez que deseaban. Encontraron abierta la puerta de la casa. En el interior, unas velas proyectaban sus sombras sobre los objetos desparramados en el suelo. Revisaron las piezas y en la cocina encontraron a Changa. Parecía dormido, pero al aproximarse, Arteaga vio la huella de un golpe que cruzaba el pómulos derecho del chilote. Rendic se acercó y entre ambos reanimaron al herido.

—Policías —murmuró Changa.

Rendic le hizo un gesto para que se mantuviera en silencio y con la ayuda de Arteaga trasladó al chilote hasta su pieza. Lo acostaron sobre la cama y aguardaron a que terminara de reponerse para hacerle algunas preguntas.

—Registraron la casa. Preguntaron por cajas de licores. Traté de impedir que entraran y me golpearon. Eran seis o siete hombres.

—¿Camargo? —preguntó Rendic.

—A ése no lo vi —contestó el chilote.

—¿Qué se llevaron?

—Nada —dijo Changa, al tiempo que cerraba sus ojos.

—Camargo inventará alguna excusa para justificar el allanamiento —comentó Arteaga.

—Tal vez —dijo Rendic y salió del dormitorio a revisar el estado en que se encontraba el resto de la casa. Había desorden en todas las piezas, muebles abiertos, papeles en el suelo. Buscó en el aparador que estaba en la cocina y en uno de sus cajones encontró su cuaderno de anotaciones.

—¿Falta algo? —escuchó preguntar a sus espaldas.

—No —respondió después de reconocer la voz de Arteaga.

—Debe contener información muy importante —señaló el policía, al tiempo que

indicaba el cuaderno.

Rendic intuyó la sospecha de Arteaga y volvió a colocar el cuaderno en su sitio.

—No olvide que somos socios —añadió Arteaga—. Me interesa su ayuda para eliminar a Camargo. Todo lo demás que usted haga, me tiene sin cuidado.

Los dos hombres trabajaron hasta el amanecer en ordenar la casa. Cuando el policía se marchó, Rendic pensó en lo que tendría que hacer en los días siguientes. La proximidad de la flota alemana y su intención de atacar las Islas Malvinas auguraban cambios en la rutina. Además, la acción de Camargo lo obligaba a tomar una decisión. Había planteado a Martina salir de Punta Arenas, pero ella dudaba de su proyecto, aferrándose al mundo que hasta ese momento había logrado construir en la casona.

Se acercó a la cama donde Changa descansaba. El chilote tenía una expresión tranquila, como si hubiese estado viviendo uno de esos sueños felices en los que el mar estaba presente, alumbrado por la tenue luz de las alboradas australes. Al ver al croata, Changa tocó su pómulo izquierdo y dejó vagar su mirada por los rincones del cuarto.

—No es grave, pero será mejor que descanses. Te traeré algo de beber.

Al atardecer salió de la casa y encontró a Strecker comiendo en un bar de pescadores. El marino le contó que el Sierra de Córdoba había establecido contacto con las naves alemanas y entre ambos idearon las respuestas que daría Strecker en caso de que la policía lo interrogara.

—Una mentira sólida y sostenida a la larga se convierte en verdad —agregó Rendic.

—Me tocó un mar bravío y mala visibilidad —dijo Strecker—. Manejar la lancha es cada vez más duro. El motor pide con urgencia una reparación y los maderos se resienten con el oleaje.

—Debería ir a su casa y descansar.

—Iré a mi casa, pero no creo que pueda descansar. Mi esposa está por parir y necesitará ayuda. Pero no se preocupe, mientras el viejo Strecker pueda seguir navegando, todo andrà bien. En la tierra y en la mar.

—Si tanto le gusta el mar, ¿por qué no quiso quedarse en la marina alemana? Habría pasado menos pellejerías.

—La mar es una cosa y las armas, otra. Deseaba estar tranquilo después de la guerra en China. Sin órdenes, sin fregados de cubiertas, sin destinos predeterminados por superiores. Me gusta la mar, pero aprecio más mi libertad.

—Sin embargo, coopera cada vez que se lo piden.

—Tengo familia en Alemania y la guerra los perjudica. Si lo que hago sirve para acortarla, todo está bien. Son cálculos muy simples, amigo —dijo Strecker, mientras cargaba con tabaco la cazoleta de su pipa.

Rendic le sonrió. Tomó el vaso de cerveza que tenía a su alcance y al beber reconoció en un rincón del boliche a Marín. En su rostro se reflejó el disgusto y el

marino lo captó de inmediato.

—¿Sucedes algo malo?

—Me siguen. Creí haberlo engañado, pero ahí está ese hombre. Es un quiltro con olfato.

—¿Es por lo nuestro?

—Un lío de polleras que tiene celoso a Camargo.

—¿Martina?

Rendic no respondió. Tomó su cerveza y bebió un trago.

—Vivir con una mujer adentro, quema —agregó Strecker, al tiempo que se tocaba un punto impreciso del pecho—. Podría contarle un par de cosas.

12

—Por esta vez tuvo suerte. Aún no tengo nada en su contra, pero no tardará en cometer un error. Y si piensa denunciarme, pierde el tiempo. Es fácil justificar un allanamiento. Mal que mal, se dice que con la llegada de nuevos extranjeros aumentan los delitos en la ciudad.

Rendic no era violento y ni siquiera conseguía estallar cuando el rencor lo justificaba. No temía al dolor y pensaba que la vida, al menos la suya, se regía por cierto azar, por leyes que no podía definir ni cambiar. Todo parecía estar predeterminado. El éxito o el fracaso le parecían las dos caras de un mismo destino: la soledad. Por eso, observó con indiferencia a Camargo y a los tres hombres que le acompañaban. Podrían golpearlo y nada iba a cambiar en su interior. Bebió un trago y dio unos pasos hasta sentir el aliento del policía. Los dos se miraron a los ojos y Camargo hizo un gesto a sus hombres para que no intervinieran.

—Voy de inspección a Puerto Natales y estaré en ese puesto una semana —escuchó decir al policía a sus espaldas—. A mi regreso desearía no verlo más en esta casa. Y en lo posible, tampoco en la ciudad.

Rendic siguió su camino sin dar importancia a las palabras del policía. Se internó por un pasillo y al mirar por última vez hacia el salón vio a una bailarina, completamente desnuda, que era sacada a empujones de la pista de baile por Mansilla, mientras los clientes alzaban sus copas festejando la osadía de la mujer.

Martina estaba junto al peinador. Sobre las piernas sostenía un atado de postales que examinaba, murmurando algo que Rendic no logró entender. La observó un instante y enseguida la besó en los labios. Ella correspondió con una sonrisa y lo

apartó de su lado, suavemente.

—¿Qué haces? —preguntó Rendic.

—Sueño, recuerdo, imagino cosas.

—¿De dónde sacaste esas postales?

—Es lo único que conservo de mi madre. Postales que le enviaban sus amantes.

—Se ve que tuvo muchos amigos.

—Siempre estuvo sola, y cuando conoció a alguien que le ofreció algo más que imágenes, fue tras él sin pensarlo dos veces.

—Como lo harías tú si yo me fuera de Punta Arenas.

—Todo lo que tengo está entre estas paredes. Tú eres el que me seguiría a cualquier parte.

—¿Qué te hace pensar en eso?

—Tus palabras, tus caricias, el afán de estar conmigo. Además, de otro modo no te enfrentarías a Camargo.

—¿Estuviste con él?

—Vino a decirme que esta noche soy libre.

—Me dio una semana para dejarte —dijo Rendic, sin hacer caso de las palabras de Martina.

—¿Lo harás? —preguntó ella con indiferencia—. Es poco tiempo para olvidar.

—Pero suficiente para pensar en una solución.

—Una semana puede ser mucho tiempo para dos que se aman —agregó Martina.

Contempló a Martina en su tarea de revisar las postales y luego de unos minutos, mencionó a Changa y prometiendo volver, se despidió de la mujer. Camino a su casa pasó a la tienda de Suárez y comentó con el español los arreglos que se hacían en la plaza para la futura instalación de un monumento en homenaje a Hernando de Magallanes, el navegante portugués que había descubierto el estrecho que llevaba su nombre. Le gustaba charlar con Suárez de las pequeñas preocupaciones de la gente que pasaba a su alrededor, ajena a ese mundo secreto que construía con mensajes cifrados, citas clandestinas y odios ajenos.

De regreso en su casa, encontró a Changa apilando los leños de la chimenea. Las huellas de la golpiza aún eran evidentes en su rostro, pero el ánimo del chilote parecía recuperado.

—Deberías estar en cama —lo reprendió.

El chilote dejó los leños y se sentó a su lado.

—¿Viene de ver a Martina?

—La vi. Y también a Camargo.

—¿Camargo?

—Dudo que podamos hacer algo contra él.

—No es la primera vez que recibo golpes y tengo que callar —dijo Changa. Luego de una pausa, preguntó—: ¿Martina está al tanto de lo que ocurrió?

—Se lo conté.

El chilote lo miró fijo y durante unos segundos no dijo nada.

—Una noche lo odié a usted, patrón —dijo finalmente—. Pero ya no.

Rendic entendió el significado de aquellas palabras e intuyó que las había pensado largamente, oculto en su silencio, en esa forma de mirar las cosas desde un rincón, temeroso de mostrar sus sentimientos.

—Es la única que no se rió de mí —agregó Changa—. La única que no lo hizo aquella noche en que unos hombres me desafiaron a besar a alguna de las mujeres. Ninguna quería aceptarme. Ninguna quiso mis besos. Ni en juego ni por dinero. Se burlaron hasta que ella, la más bonita de todas, se acercó y me besó. No son muchas las personas que me han dado afecto. Aprendí a esconderme para que no se burlaran de mí. A usted puedo decírselo, porque en eso nos parecemos patrón.

Una semana después del regreso de Strecker, Rendic recibió la orden de asistir a una reunión organizada en la casa del cónsul Klein, y encontró a éste reunido con Weymann y un hombre al que presentaron como Zur Helle, oficial de inteligencia destacado en el crucero Bremen. Los tres alemanes estaban sentados alrededor de una mesa iluminada por una lámpara a kerosene y sus rostros se notaban apesadumbrados.

—Helle ha traído malas noticias —dijo el cónsul—. Nuestra escuadra fue derrotada en un combate acontecido en los alrededores de las Islas Malvinas.

—Un desastre —apuntó Weymann—. Helle nos acaba de contar los detalles.

—Hasta ayer me encontraba a bordo del Bremen —dijo Helle—. Me ordenaron bajar a tierra y recurrir a ustedes. Anteayer, el almirante Von Spee decidió tomar las Islas Malvinas, destruir su estación telegráfica y apoderarse de los pertrechos. Una operación aparentemente sencilla que sería realizada por la marinería del acorazado Gneisenau.

—Acción de la que tenía conocimiento —acotó Klein.

—Y que algunos oficiales consideramos inoportuna —agregó Zur Helle—. Era un día claro que permitía observar nuestro objetivo a la distancia. Cuando el Gneisenau se acercaba a la costa se produjo la alarma. En el horizonte se veía el humo de varias naves que deberían haber estado navegando en el Atlántico Norte. Von Spee canceló la operación y dio instrucciones de replegarse. Pero ya era tarde. Los cruceros Gneisenau y Scharnhorst fueron rodeados por tres de los mejores acorazados ingleses. El combate fue en inferioridad de condiciones y al cabo de unas horas nuestras naves se hundieron con sus tripulaciones a bordo, incluidos Von Spee y uno de sus hijos. Mientras eso ocurría, el Bremen y dos cruceros más fueron atacados por los ingleses. Dieron instrucciones de rehuir el combate para salvar las embarcaciones, pero de las tres, solo el Bremen logró huir amparado por la lluvia fina que comenzó a caer junto con la noche. Al amanecer rescatamos a unos sobrevivientes y tuvimos un panorama completo de lo sucedido. Lüdecke, el capitán del Bremen, decidió internarse en el Mar de Drake y llegar a Puerto Sholl, que es donde ahora se encuentra el crucero.

—Con heridos y enfermos —acotó Klein.

—Y con necesidad de reparar las maquinarias —añadió Helle.

—¿Qué esperan de nosotros? —preguntó Rendic.

—Dos cruceros van tras el Bremen en estos momentos —dijo Helle—. Solo contamos con algunas horas de ventaja.

—Hemos decidido realizar dos acciones —dijo Weymann—. Klein, en su calidad de cónsul, hablará con las autoridades para que se respete la neutralidad de las aguas chilenas y se permita recalar al Bremen en Punta Arenas. Lo otro correrá por su cuenta, Rendic. Deberá reunirse con Strecker y ver el modo de llegar al Estrella

Polar, carguero de la empresa Kosmos que está cerca de la entrada norte del Estrecho de Magallanes.

—Probablemente el permiso del Bremen será por unas horas —comentó Klein—. Usted viajará con Strecker llevando información sobre el punto donde el Estrella Polar debe encontrarse con el Bremen. Apenas recale el Bremen se determinará el lugar del encuentro.

—Para Strecker será difícil zafarse de la vigilancia.

—Usted lo acompañará —dijo Weymann—. No importa que se descubra la amistad que nos une.

Rendic buscó a Strecker por los bares que frecuentaba el marino y no tuvo éxito. Al final, después de algunas horas perdidas, decidió ir a la casa del alemán. Lo encontró afiebrado y en cama. Su esposa, aún con el hijo en el vientre, lo atendía con infusiones y cáscaras de papas que ponía en su frente acalorada.

—Hubo una batalla y nos fue mal —dijo Rendic al comenzar su relato.

—¿Solo el Bremen pudo escapar? —preguntó Strecker una vez que Rendic terminó de dar su informe.

—Sí, pero no por mucho tiempo. Sus máquinas están averiadas y no tiene carbón.

—Debe refugiarse en algún lugar desconocido para los ingleses.

—Su misión es reunirse con el Estrella Polar y lograr que el carguero llegue a un lugar donde lo esperará el Bremen después que deje Punta Arenas. Y ese lugar tendrá que definirlo usted, Strecker.

—Mire cómo estoy. Además, con mi pequeña Elsa a punto de parir.

—Mañana lo esperan en el consulado.

—Vuelvo a integrar la gloriosa marina alemana, ¿o me equivoco?

—Eso es mejor que ser espía.

—¡Carajo! Y seguro que no tengo otra alternativa.

—La guerra nos obliga a hacer cosas que no deseamos. En otras circunstancias...

—No se disculpe, Rendic. Sé en lo que estoy metido y por qué lo hago.

—En eso me lleva ventaja.

—Juegue las cartas que le tocaron y no se preocupe —dijo Strecker y enseguida, con un tono más festivo, preguntó—: ¿Conoce algún remedio para la gripe?

—Un poco de mar y mucho riesgo le harán bien —respondió Rendic, sonriendo por primera vez desde que saliera de la reunión con los alemanes.

La ciudad despertó con la noticia de la batalla naval ocurrida en las Islas Malvinas. A mediodía el muelle se encontraba repleto de curiosos que esperaban el arribo del Bremen. La policía había cercado algunas zonas del puerto, y en las partes altas de la ciudad la gente observaba hacia el mar y comentaba los resultados del enfrentamiento. Los ingleses habían adornado sus casas con banderas y las tiendas de los alemanes permanecían a medio cerrar, reflejando el duelo que afectaba a sus propietarios.

Rendic recorrió los alrededores de la Plaza de Armas y entró en la tienda de Suárez para leer los diarios. «¿Dónde está el Bremen?», preguntaba *El Magallanes* al inicio de una larga crónica con pormenores de la batalla y una reseña sobre el almirante Sturdee, jefe de la flota británica. Los cables provenientes de Europa alababan la labor del espionaje británico en Buenos Aires y Punta Arenas, que había logrado convencer a los alemanes de que las Islas Malvinas estaban desprotegidas.

Rendic dejó a un lado el diario y pidió al español una taza de café que alcanzó a leer antes de que Strecker entrara a la tienda. Los pasos del marino eran inseguros y su rostro lucía afiebrado.

—Si logro llegar al cúter, todo irá bien —dijo a modo de saludo.

—Tal vez debemos esperar —acotó Rendic al ver el estado en que venía el marino.

—Debemos sacarnos de encima a los ingleses que me siguen —agregó Strecker, mirando de reojo a los dos hombres de abrigo y sombrero que estaban parados frente a la entrada de la cafetería.

—Cuando llegue el Bremen nos preocuparemos de ellos.

Una hora después, Rendic se despidió de Strecker y se dirigió al muelle. En el camino encontró a Changa, que al igual que otros vecinos curiosos, trataba de encontrar una ubicación para ver el arribo de la nave alemana. Klein estaba en un rincón del puerto, hablando con un grupo de mujeres alemanas que ordenaban las cestas con alimentos y bebidas que se habían recolectado para socorrer a los marinos del Bremen.

A las cuatro de la tarde el muelle fue recorrido por un murmullo. En el horizonte se divisó una estela de humo y minutos después el crucero entró a la bahía recostado a estribor. Su cubierta mostraba los destrozos ocasionados por las granadas enemigas y en lo alto de un mástil, la bandera alemana lucía hecha jirones. Una lancha, en la que iba Klein, acompañado de Zur Helle y un oficial de la marina chilena, se apartó del muelle y navegó hasta llegar junto al Bremen. Los hombres subieron a la cubierta del crucero, y cuando más tarde la lancha hizo su camino de regreso, el marino chileno venía junto a Klein y dos oficiales alemanes. Se encaminaron de inmediato a la gobernación y salieron de ella a los pocos minutos, apresurados.

El Bremen fue autorizado para recalar en Punta Arenas durante veinticuatro horas; tiempo insuficiente para reparar las maquinarias y abastecerse de comida. Algunos de sus marinos bajaron al puerto, y entre vítores de una decena de alemanes

residentes en Punta Arenas, fueron conducidos a la improvisada enfermería del consulado.

Horas después, y para distraer a los ingleses, Rendic y Strecker entraron a una cantina donde pidieron de beber. Con la ayuda de unos marinos amigos de Strecker, simularon una revuelta. Sin ninguna justificación, el alemán golpeó a un hombre que estaba a su lado en la barra y éste respondió empujándolo sobre una mesa. Al rato, y mientras los ingleses se confundían en la reyerta, Strecker y Rendic escaparon por la puerta trasera del bar.

Las escasas luces de la ciudad fueron apagándose en el horizonte, como diminutas estrellas que no tardarían en confundirse con la negra y pesada manta del mar. Puntos, luego una línea, y al final, solo la intuición o el recuerdo de aquellas formas dejadas atrás de prisa, agitados por una misión que se proponían cumplir a despecho de la fragilidad del cúter. Strecker se mantenía erguido a duras penas junto al timón, embriagado por el viento y el olor salino que recorría las olas. El cúter avanzaba mecido en la cadencia del mar; sin esfuerzo, seguro de la resistencia de sus maderos y de su remendada vela.

El cúter se había hecho a la mar sin llamar la atención de la guardia costera ni de los ingleses. Rendic y Strecker, ocultos en el bote conducido por un amigo del alemán, pasaron inadvertidos frente a los vigilantes, y al anochecer, lentamente dejaron atrás el muelle iluminado por las antorchas que encendían los vecinos para observar los últimos ajetreos en el puerto. El telégrafo había anunciado el arribo de dos cruceros ingleses y la gente, ubicada en los alrededores del muelle, hacía apuesta con relación al destino del Bremen. Los alicaídos vecinos alemanes ponían sus esperanzas en que el averiado crucero lograría burlar a sus perseguidores y con ello reduciría el doloroso impacto de la derrota.

Rendic y Strecker hicieron el viaje junto a Schindling, un alemán rubio, bajo y regordete que vestía un cuarteado chaquetón de cuero y un gorro de lana que comprimía los rizos de su cabellera crespa y sucia. El marino se limitaba a seguir las instrucciones de Strecker y a comentar en voz baja el curso de la navegación.

—Baja a revisar el motor —le ordenó Strecker, y enseguida, dirigiéndose a Rendic—. Tome el timón y manténgalo firme. Derecho por el mismo rumbo, cuatro o cinco horas. Voy a descansar antes que la fiebre me consuma.

Schindling desapareció bajo la cubierta del cúter y Rendic se aferró al timón. Strecker, agotado, se recostó sobre un costal, sacó una botella de licor desde su gastado morral y bebió con avidez. Luego le pasó la botella a Rendic, y éste lo imitó, bebiendo hasta sentir que un fuego quemaba sus entrañas.

—¿Verdad que sienta bien? —preguntó Strecker—. Mi Elsa llenó el morral con licor, carne asada y un buen trozo de pan negro.

Rendic miró hacia el horizonte y aspiró el aire fresco que azotaba su rostro.

—Derecho y firme —gritó Strecker mientras se ponía de pie y comenzaba a bajar a la bodega con pasos inseguros.

Más tarde, una lluvia fina y tupida se dejó caer sobre el mar y limitó la visual de Rendic que veía hundirse una y otra vez la quilla del cúter entre las crecientes olas. El agua parecía alcanzar el cielo y enseguida arrasaba la cubierta. Llamó a gritos a Strecker, pero no obtuvo respuesta. Insistió y al cabo de unos minutos lo vio subir desde la bodega. Parecía recuperado de la fiebre, y tenerlo junto al timón tranquilizó al croata.

—¿Cansado? —preguntó el marino.

—La lluvia —balbuceó Rendic en el límite de sus fuerzas.

—Durará media hora. Para entonces habremos pasado la Isla Fallons y será necesario cambiar de rumbo para ir al encuentro del Estrella Polar.

—¿Cómo lo sabe? Con la maldita lluvia no distingo ni la punta de mi nariz.

—Lo sé, simplemente. Es preferible que descanse. Abajo hay un camastro y un resto de licor.

—¿Y su amigo?

—Estará achicando el agua de la bodega o se habrá quedado dormido. Es capaz de dormir arriba de una foca.

Rendic quiso sonreír, pero su rostro estaba rígido por el frío. Dejó su lugar a Strecker y descendió a la bodega. Le dolían los brazos y sus huesos estaban entumecidos. La bodega era una especie de cuarto pequeño, apenas iluminado por una lámpara a parafina y cuya única comunicación con el exterior era una reducida y sucia claraboya. Miró a través de ella y solo vio la masa oscura que se acercaba al casco del cúter. Se recostó en el camastro. Sobre un cajón que alguna vez había contenido botellas de ginebra encontró un ajado ejemplar de la Biblia. Leyó algunos párrafos subrayados con tinta negra. Era un fragmento de los Evangelios que se refería a Jesús y la pesca milagrosa junto a sus apóstoles. Un texto frecuente en las prédicas y que muchos pescadores de su pueblo reproducían al interior de sus embarcaciones. La lectura lo fatigó y volvió a dejar la Biblia en su lugar. Estaba escrita en alemán y si bien podía hablar en ese idioma, leer le demandaba una concentración para la que no se sentía dispuesto en ese momento. Cerró los ojos y mientras se adormecía con el vaivén de las olas, recordó la lluvia que en ocasiones golpeaba las ventanas de la pieza de Martina.

Despertó con los gritos que daba Strecker en la cubierta. Una luz pálida entraba por la claraboya y el cúter se movía lentamente, reponiéndose de los embates de las olas. Creyó escuchar el aleteo de unas gaviotas y durante varios minutos se dejó adormecer por la tranquilidad aprisionada en la bodega. Luego, al subir a la cubierta, reconoció los contornos del cúter que navegaba entre islotes poblados de árboles que apuntaban las caprichosas formas de sus copas hacia un cielo celeste y despejado.

—En buena hora aparece —gruñó Strecker que maniobraba el timón para hacer girar la nave a babor—. El motor se inunda. Acercaré el cúter a una de las islas y sacaremos el agua. Mientras tanto ayude a Karl con el balde.

Rendic entró al estrecho compartimento de máquinas donde Schindling sacaba el

agua depositada junto al motor. Durante una hora estuvo arrojando por la borda los baldes de agua que el marinero le pasaba, y en una pausa del trabajo, distinguió con mayor claridad las formas de una isla, y a los costados del cúter vio emerger a una docena de toninas que saltaban sobre la estela abierta por la embarcación.

—Mire esas toninas —gritó Strecker—. En unos cuantos años más los cazadores habrán terminado con ellas. Sus pieles estarán convertidas en las botas o cinturones de una ricachona inglesa.

El motor se silenció y el cúter comenzó a mecerse al arbitrio de las olas, hasta que arribó a una playa de arena negra. A lo lejos se divisaban bandurrias y gaviotas que picoteaban las algas que el mar arrastraba hasta la orilla. Strecker hizo una seña a Rendic y ambos bajaron al cuartucho del motor. Karl seguía sacando agua. Entre los tres hicieron una cadena de brazos y después de una hora de trabajo lograron reconocer el fondo del casco.

Strecker dio instrucciones a su ayudante, y éste fue a la bodega a buscar unas bolsas de arpillera y un par de combos. Luego, los dos marinos fueron ubicando las juntas agrietadas de la nave y con precisos golpes las rellenaron con la tela impregnada en alquitrán.

—El Estrella Polar nos espera —dijo Strecker al finalizar el trabajo—. Si todo anda bien, en un par de horas estaremos junto al carguero.

—Descontando el problema del agua, el viaje ha sido más prolongado de lo que me imaginé —comentó Rendic.

—Escogí el camino más largo para asegurarme de que nadie nos siguiera.

El cúter retomó su ruta y en el plazo señalado por Strecker, llegó al seno de Keats, donde encontraron al Estrella Polar. Aprovechando la niebla matinal el carguero se había internado por los canales y burlado la vigilancia inglesa en Bahía Posesión, a la entrada norte del Estrecho de Magallanes.

Strecker izó una bandera alemana en el mástil y se acercó al carguero. Con sus rostros manchados de lodo y aceite, los tres pasajeros del cúter fueron recibidos por una decena de marinos y un hombre de rostro colorado que se presentó como el capitán del Estrella Polar. El diálogo entre los capitanes fue breve. El cúter fue atado a la popa del carguero y sus tripulantes atendidos en el comedor de la oficialidad.

Strecker explicó su misión con detalles y relató los sucesos del arribo del Bremen a Punta Arenas.

Al amanecer, el carguero levó anclas y se dispuso a dejar el resguardo que le proporcionaba el seno Keats. Era una mañana nublada y fría. Los marineros ejecutaban sus maniobras con agilidad y en el puente de mando, Strecker señalaba la ruta a seguir. Sereno, con su pipa entre los labios, parecía recuperado del cansancio y dispuesto a terminar el trabajo.

El radioperador del carguero dio una voz de alerta. Había detectado la presencia de un crucero inglés. El capitán ordenó apagar las luces e hizo detener las máquinas. Esperaron media hora y cuando el operador confirmó que ya no se escuchaban las

comunicaciones inglesas, el Estrella Polar se puso de nuevo en marcha, y no se detuvo hasta tres días más tarde, cuando divisaron al Bremen que, después de abandonar Punta Arenas, dormitaba en las tranquilas aguas de Bahía *Christmas*.

15

Durante los días que permanecieron en la bahía, Strecker y Lüdecke, el capitán del Bremen, hablaron acerca de los repuestos que necesitaban las maquinarias del crucero y de los alimentos que requerían los tripulantes para sobrellevar otra larga jornada de navegación. Strecker aconsejó al oficial permanecer en la bahía hasta recibir el auxilio de otra nave mejor pertrechada, pero Lüdecke estaba empeñado en cumplir sus órdenes y abandonar cuanto antes la zona. Y mientras ellos definían el derrotero de la próxima travesía, los marineros del crucero recorrían las islas para abastecer el barco de leña, agua y pescados, maravillados por los bosques espesos y las vertientes de aguas cristalinas que descendían hasta el mar.

Al atardecer, la tripulación se reunía alrededor de una fogata encendida al abrigo de las rocas y cantaban canciones que recordaban los parajes de sus pueblos natales o el nombre de las mujeres a quienes escribían cartas cargadas de nostalgia. Strecker les relataba historias protagonizadas por los alacalufes que en otras épocas recorrían los canales a la caza de lobos marinos. Locuaz e imaginativo, era feliz cuando veía una expresión de asombro en los rostros de los marinos, o éstos miraban de reojo hacia el interior del bosque, temerosos de ver aparecer a un patagón gigantesco o al milodón, espécimen prehistórico que había existido en la región y que en las palabras de Strecker revivía con la ferocidad que nunca tuvo el remoto pariente de los armadillos. Les hablaba de las mujeres que vivían en Punta Arenas y de las fiestas que se organizaban en las casas de los estancieros millonarios, las que por algún motivo que solo estaba en la imaginación de Strecker, eran animadas por odaliscas traídas desde Persia o chinas de aterciopelados rostros. Los marineros parecían felices; pero cuando el toque de diana imponía silencio, se escuchaban las preguntas que sobre el regreso hacían los más jóvenes, y algún sargento los hacía callar con una orden que ocultaba su incertidumbre por la jornada del día siguiente.

A la hora de la despedida, Strecker anotó en una libreta los encargos de los marineros, y guardó en su morral las cartas que despacharía desde Punta Arenas, cuidando que en la oficina postal no sospecharan del origen de las misivas. Schindling quedó a bordo del crucero para ayudar en las maniobras que le permitirían

salir de los canales y tomar la ruta hacia el norte de Chile.

—En la China yo era como ellos —dijo Strecker mientras agitaba sus brazos despidiéndose de la marinería—. La muerte parecía un asunto lejano y creía ciegamente en volver a mi patria. La guerra era un paréntesis. Algo para contar al regreso en el hogar o fantasear con los amigos. Luego del primer combate los sentimientos ya no eran los mismos. Vi estallar granadas a mi alrededor, disparé a rostros desconocidos y murieron muchos de mis compañeros. Me propuse sobrevivir y escapar del horror a la primera oportunidad. Seguramente esos muchachos deben pensar lo mismo.

—Y nosotros descansaremos en Punta Arenas —comentó Rendic, al tiempo que sentía el crujir de los maderos del cúter mientras ganaba velocidad sobre las olas.

El viaje transcurrió entre las anécdotas de Strecker y los turnos junto al timón que los dos hombres compartieron, siempre con el viento empujando la popa del cúter. Llegaron a Punta Arenas cansados y con deseo de comer algo caliente en la primera taberna que encontraran en el camino. Pero en el muelle los esperaba una patrulla de la marina chilena y algunos policías, entre los que se encontraba Arteaga. Apenas la embarcación ajustó sus amarras, los uniformados subieron a bordo para revisar la bodega y encarar a sus dos tripulantes.

—Ni una palabra sobre el Bremen —susurró Rendic.

—Deberán acompañarnos al cuartel —dijo el oficial a cargo de la patrulla—. Estamos supervisando las rutas seguidas por las embarcaciones que arriban al puerto.

El Bremen seguía siendo el centro de las conversaciones familiares o de los grupos que se reunían en las cafeterías a especular sobre el destino del crucero. Para unos, estaba de regreso en su país, mientras otros apostaban que se había hundido en los canales. Los diarios reproducían cables que lo situaban rumbo a Montevideo o cerca de Valdivia. Solo en la oficina del consulado estaban seguros de que seguía en aguas chilenas y estudiaban el modo de prestar ayuda a los sobrevivientes. En medio de esa confusión, la salida de Strecker despertó el interés de los ingleses, quienes con la ayuda encubierta de la policía chilena, esperaban informarse acerca del escondite del crucero.

Strecker descendió del cúter y caminó junto al oficial hasta la salida del muelle. Escuchó unas palabras en alemán que valoraban su presencia y respondió con un saludo dirigido a los curiosos que permanecían cerca del puerto. Rendic avanzó detrás del marino y reconoció a Changa confundido entre la gente.

—¿Dónde está el Bremen? —preguntó el oficial después de hacerles entrar a un despacho húmedo y amplio en el que destacaba una bandera chilena colgada de un pequeño mástil. Junto al marino entraron Arteaga y un par de policías que se apostaron frente a la puerta.

—La última vez que lo vi estaba en el muelle —respondió Strecker.

—Miente, Strecker. Usted ha servido de correo entre el crucero y sus compatriotas en la ciudad. No tengo pruebas, pero apostaría mi pellejo a que es así.

—Sin pruebas, no tiene más opción que confiar en mi palabra.

—¿Y usted, qué nos puede decir? —preguntó el oficial a Rendic, quien miró de reojo a Arteaga, reconociendo una mueca cómplice en el rostro del policía.

El oficial tomó asiento junto a un escritorio, y sin mucho convencimiento en lo que hacía, escribió algunas líneas en un abultado cuaderno.

—Deseaba conocer más a fondo la región —respondió Rendic—. Estando en Punta Arenas, es un crimen no visitar los bellos parajes de la región.

—Usted y sus paseos despiertan muchas sospechas —retrucó el oficial.

—El señor Rendic ha dado la respuesta correcta. Recorrimos los canales, vimos lobos marinos en sus refugios y regresamos con ganas de beber una cerveza.

—Esto va en serio, Strecker. No puedo permitir que la guerra interfiera en las actividades de la ciudad.

—El cúter apenas da para mover un poco de carga a través de la costa —dijo Strecker, mientras escarbaba con un cortaplumas la cazoleta de su pipa—. No puedo internarme en alta mar ni emprender largas travesías.

—Mi deber es evitar acciones de guerra en la región. Por esa razón y atendido que el asunto del Bremen no durará mucho tiempo más, le prohíbo usar su embarcación durante los próximos quince días. Si desobedece mi orden será juzgado como espía.

—¿Eso es todo? —preguntó Strecker, irónico.

—Puede ir por su cerveza.

Strecker se puso su gorra y caminó hasta la puerta. Rendic hizo lo mismo, pero al acercarse a la salida, la voz del oficial lo retuvo.

—No he terminado con usted. Hay otras cosas de las que necesito que usted me dé información.

—Un mero trámite —intervino Arteaga—. Nadie piensa que usted sea espía.

Salió del cuartel cuando las calles recuperaban sus formas a través de la luz indecisa que descendía desde los cerros próximos a la ciudad. Frente al recinto militar lo esperaba Changa, que había seguido sus pasos luego del desembarco. Le pidió un cigarrillo y durante un par de cuadras caminaron en silencio, compartiendo el olor salino del mar.

—¿Todo bien? —preguntó el chilote, finalmente.

—Todo bien.

—Hablé con Strecker a la salida del interrogatorio. Quiere hablar con usted y lo espera en el Samoa. Dijo que era urgente.

Rendic se encaminó en dirección al bar. Changa lo siguió en silencio y a pocos metros de su destino, Rendic le ordenó regresar a la casa.

—Tengo que contarle algo —dijo Changa en voz baja.

—Después —respondió el croata sin advertir la ansiedad del chilote, que lo miró resignado y se alejó de mala gana.

Strecker estaba sentado junto a un mesón. Su mirada parecía detenida en el

interior de la copa que sostenía entre las manos. Se notaba cansado y la lejanía del mar lo había reducido a una caricatura de sí mismo, huérfana de la energía derrochada junto al timón.

Tomó su pipa y por unos instantes se entretuvo en cargarla.

—¿Para qué lo retuvieron? —preguntó.

—Querían saber de Camargo.

—¿Qué tiene que ver ese bicho en nuestro cuento?

—Nada. Tenía previsto viajar a Puerto Natales y desde allá enviaron un telegrama comunicando que no había llegado. Pensaron que yo podía conocer su paradero.

—¿Qué relación hay entre usted y Camargo?

—Camargo quiere que deje a Martina. Inventó una historia de contrabando y me dio una semana para dejar Punta Arenas.

—¿Cómo es eso? —preguntó Strecker, sorprendido—. ¿Desde cuándo esa mujer acepta las órdenes de un hombre?

—Existe una deuda que mantiene a Martina ligada al policía.

Rendic pensó en la actitud de Arteaga durante el interrogatorio. Parecía al tanto de su última conversación con Camargo o de algo más que no se atrevió a revelar frente al oficial de la marina.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el alemán.

—Esperar. Nunca he sabido hacer otra cosa. Esperar a que las cosas ocurran y aceptar sus consecuencias —respondió Rendic, mientras pensaba en lo que había querido decirle Changa unos minutos antes.

—Para enfrentar a Camargo debe tomar la iniciativa.

—No soy yo solo —dijo Rendic, abatido.

—¿Está enamorado de esa mujer?

Rendic dejó vagar su mirada por los rincones del bar.

—Las mujeres con pasado son un juego difícil —agregó Strecker.

—Hasta ahora nunca me he jugado por nada.

—Soy marino pero no creo en sirenas. Ámela hasta donde pueda y después, olvide.

—No es fácil.

—Tampoco imposible —dijo Strecker y luego de una pausa, agregó—: Usted sabrá lo que hace, amigo. Solo quería hablar de los próximos viajes. Debemos contactarnos con Weymann a la brevedad. Es posible que quiera encargarnos otra misión.

—No quisiera estar en su pellejo.

—Ni yo en el suyo, amigo.

Al llegar a la Casa Rosada le sorprendió no encontrar al hombrón que oficiaba de guachimán y siempre estaba pendiente de la conducta de los clientes ebrios o camorreros. No era común que la puerta estuviera abierta a una hora en que la casa descansaba de la jarana nocturna y nadie se atrevía a molestar a sus moradoras, a no ser que fuera un cobrador despistado o algunos de los niños del vecindario que solían tirar piedras sobre el techo de la casona.

Reconoció su incertidumbre y al recordar a Martina, pensó que el amor entre ellos era irreal y que solo el deseo los unía entre las paredes del prostíbulo. Ella no sabía hablar de otros temas que no se relacionaran con su trabajo. Pero aun así, había en Martina algo atrayente que lo obligaba a esperar los encuentros con la ansiedad de los primeros días, y su misma simpleza se ajustaba a lo que él deseaba escuchar después de hacer el amor o cuando entraba a su pieza con ganas de olvidar lo que acontecía fuera del prostíbulo.

Su asombro fue mayor al llegar al salón. Mesas y sillas estaban despatarradas, y un sinfín de copas sucias, colillas, botellas y restos de comida cubrían el suelo, como si alguien se hubiera puesto de acuerdo para ensuciar con esmero. En un rincón, dos clientes dormían abrazados a una mujer que parecía contener la ternura del mundo entre los pliegues gordos de su cuerpo. Los observó un instante y cuando se encaminaba a la pieza de Martina, descubrió al pianista chino que hacía esfuerzos por incorporarse del suelo.

—¿Se fueron? —preguntó el chino, mientras Rendic lo ayudaba a ponerse en pie.

—¿Quiénes?

—Los ingleses y su estúpido amor al rey no sé cuánto tercero.

Durante dos días la casona había sido ocupada por los tripulantes del crucero Carnavon y algunos de los ingleses residentes en la ciudad. Desplegaron la bandera de su país sobre una de las paredes del salón e iniciaron un brindis infinito que los embriagó tanto o más que las caricias de las pupilas, luego de lo cual se retiraron de mala gana para desfilas en la Plaza de Armas. Los demás, aquellos ingleses que no debían actuar en el festejo militar, permanecieron en la casona, adormecidos entre las piernas de las mujeres que no entendían nada de la guerra, pero estaban felices de que uno de los bandos celebrara de modo tan generoso.

Acompañó al chino hasta su cuarto y le ayudó a tenderse sobre la cama. El pianista deshizo el nudo de su corbata, balbuceó unas palabras de gratitud y enseguida cerró los ojos. De regreso al salón, Rendic encontró a Mansilla evaluando los destrozos. Arrastraba los pies y en su rostro sin afeitar resaltaba el cansancio de sus pupilas vidriosas.

—Gran fiesta. Lástima que se la perdiera —dijo Mansilla—. Los ingleses bebieron hasta el agua de las cantoras y la casa, con tanta remolienda, casi se desarma.

Martina estaba metida en la bañera, entre burbujas blancas que cubrían su cuerpo y trepaban por su cabellera. Se besaron y ella lo invitó a compartir el baño. Rendic, desnudo, entró a la bañera y una vez que estuvo acostumbrado a la temperatura del agua, acogió a Martina entre sus brazos.

—Estaba preocupada —dijo ella, mientras le acariciaba el pecho—. Camargo vino a verme antes de partir a Puerto Natales. Habló de tu amistad con Strecker y dijo que al regreso de su viaje te haría pasar un mal rato.

—Dicen que no llegó a Puerto Natales. La policía me interrogó. Al parecer, piensa que algo le sucedió a Camargo.

—¿Y es así? ¿Hiciste algo contra él?

—Nada. No le he visto desde la última vez que conversamos.

—¿Y los alemanes? ¿Qué pasa con el asunto de los alemanes?

Después del viaje, la afinidad de Rendic con los alemanes había quedado al descubierto y si eso no le ocasionaba problemas, sería el primer paso para buscar nuevos rumbos. Pero él estaba preocupado por lo que pudiera hacer Camargo. Había subestimado al policía y tras él estaban los ingleses, generosos en el reparto de libras esterlinas a la hora de conseguir colaboración.

—Es el momento de hablar de nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó Martina.

—Debe haber un lugar donde podamos vivir tranquilos.

—Ninguno que no sea esta casa.

Las palabras de Martina confirmaron la primera intuición de Rendic. No era mujer dispuesta a seguir a alguien. Solo podía tenerla aceptando sus planes y caprichos, sujeto a sus sonrisas, a esa fuerza extraña que la hacía atractiva a los hombres. Esa es la clave, se dijo observándose en el espejo que Martina tenía frente a la cama. Lo demás era la imposibilidad de imaginarse sin ella. El deseo de aferrarse a su cuerpo cada vez que la veía o la pensaba a la distancia, celoso de las sombras que entraban a su cuarto por las noches.

Se vistió, bebió el café que Martina había preparado y después se despidió. Recorrió a trancos las tres cuadras que lo separaban de su casa y al llegar a ella, encontró a Changa acompañado de un hombre bajo, de rostro fino y manos de oficinista. Lucía una perilla rala y sus ojos se movían vivaces detrás de unos anteojos redondos y gruesos. Rendic lo observó con atención, intuyendo que detrás de su sonrisa ocultaba algo tenebroso.

—Weir Scott —se presentó el hombrecillo, poniéndose de pie—. Vine ayer y le dije a su criado que volvería.

—Es lo que quise decirle anoche, patrón —dijo Changa.

—¿Weir Scott?

—Jefe de la Oficina Telegráfica —agregó Scott, adivinando los pensamientos de Rendic—. Iré derecho al asunto, señor. Sabemos que usted y Strecker tuvieron contacto con el Bremen. Esta mañana hablé con él y lo negó. Estaba dentro de lo

presupuestado y a pesar de la respuesta, le ofrecí una generosa cantidad de libras por revelar la ubicación del crucero.

—¿A qué desea llegar? —interrumpió Rendic.

—Por cierto, él no aceptó la propuesta.

—Ni siquiera sé de qué me está hablando.

—Tres mil libras esterlinas, Rendic. Tres mil libras a cambio de su colaboración.

—Es mucho dinero —dijo Rendic, aparentando entusiasmo.

—¿Le interesa?

—Mucho, pero no tengo nada con que retribuírselo, Scott.

—Me desilusiona —agregó el inglés—. Creí que usted era un hombre de negocios.

—No tengo nada que vender.

—Punta Arenas es una ciudad pequeña. Todo se sabe, Rendic.

—La guerra y sus asuntos me tienen sin cuidado.

—Una ciudad pequeña —repitió Scott—. Quizá sea bueno que piense en su futuro. La victoria se inclina hacia nuestro lado y a uno como usted le conviene estar con los triunfadores.

La oscuridad caía sobre el vecindario cuando Changa salió a la calle enfundado en el grueso abrigo de Rendic. Metió las manos en los bolsillos para ocultar las mangas que delataban el reducido tamaño de su cuerpo y avanzó en sentido contrario al pitillo que relucía en lo oscuro, junto al bigote y los labios de Marín. Sin prisa, calculó el tiempo que Rendic necesitaba para cruzar el patio y caminó hacia un almacén que vendía sus menestras más allá de la hora permitida por la autoridad. Marín lo seguía como un sabueso ciego y torpe, incapaz de reconocer el engaño en la sombra fantasmal del chilote. Entró al boliche y se detuvo frente al sucio mostrador. Un anciano legañoso lo observó un instante y quedó a la espera de su pedido. El chilote sacó unas monedas de sus pantalones, las contó con parsimonia y pidió dos atados de cigarrillos que guardó lentamente en el abrigo, hasta ver detenerse a Marín frente a la puerta del almacén.

—Marín —lo llamó Changa, acercándose al policía.

—¡Díaz! —exclamó el vigilante, sorprendido.

—¿Qué hace por aquí? —preguntó Changa.

—¿Y usted? —retrucó Marín, sin salir del asombro.

—El patrón me mandó a comprar tabaco.

—¿Tabaco?

—El vicio no tiene hora —sentenció el chilote rehaciendo su camino.

En ese mismo instante, Rendic caminaba por las calles del barrio, mirando de tanto en tanto hacia atrás, sin distinguir otra cosa que el sonido de sus pasos y el murmullo de las conversaciones que salía de las casas frente a las cuales pasaba.

La mediagua donde se encontraba con Weymann estaba cerca del Río de La Mano, un riachuelo que debía su nombre a una historia ocurrida a la llegada de los primeros españoles a la región, el año 1584. Un soldado perteneciente a las tropas de Pedro Sarmiento de Gamboa robó un cáliz consagrado y al ser descubierto en su fechoría, el capitán español ordenó cortarle una mano y luego arrojarla al río sin nombre, a cuya orilla descansaba la expedición.

Llegó a la mediagua y salió a recibirlo la misma mujerona sebosa de otras veces. Encontró a Weymann y Strecker en el cuarto de reunión. El primero leía una revista y el marino fumaba observando las figuras de humo que se dibujaban a la altura de su rostro.

—Tuve que distraer a Marín —dijo Rendic a modo de saludo.

—No es el único con ese problema. Tengo un policía frente a mi casa y otro en el muelle, vigilando el cúter.

—El Bremen los tiene nerviosos —comentó Weymann—. Es cosa de leer en la prensa las especulaciones que hacen sobre su paradero.

Rendic acomodó una silla junto a la mesa.

—Me visitó Weir Scott, el jefe del telégrafo.

—También conversó conmigo —intervino el marino—. Me ofreció tres mil libras a cambio de revelar el paradero del Bremen. Además, residencia en las Islas Malvinas y una carta de ciudadanía inglesa. Dígale a su rey, le dije, que Inglaterra no tiene tanto dinero como para comprar a Strecker.

—Significa que aún ignoran dónde está nuestro crucero —comentó Weymann.

Los tres hombres se miraron en silencio. Weymann llamó a la mujer y le pidió café. Mientras aguardaban, Strecker creyó escuchar ruidos en el patio posterior de la casa y miró a través de la ventana.

—Gatos —dijo en el instante en que la mujer regresaba con una cafetera y tres jarros enlozados.

Media hora más tarde tenían un plan trazado. Strecker saldría hacia el sector de Agua Fresca y navegaría en su cúter tantas veces como fuera posible. Weymann conversaría con el cónsul Klein para que éste a su vez lo hiciera con el comandante de la gobernación marítima. Se necesitaba garantizar la neutralidad de las aguas chilenas en caso que los cruceros ingleses dieran con el paradero del Bremen. Por su parte, Rendic debería recorrer los almacenes de la ciudad y adquirir los repuestos que necesitaban las maltrechas máquinas del crucero.

—El resto es cosa de tiempo y de la suerte —dijo Strecker encendiendo por tercera vez su pipa—. Mañana espero estar de nuevo junto al Bremen.

En ese momento se escuchó un ruido a la entrada de la casa. Strecker se acercó a la ventana de la pieza y con dos golpes de puño consiguió abrirla. Una brisa helada entró en la habitación y con ella unas voces de mando, nítidas y amenazadoras. Weymann sacó una pistola de su abrigo y se dispuso a salir del cuarto.

—Ustedes escapen por la ventana —ordenó, mientras abría la puerta.

Se escucharon pasos y luego unos disparos. Strecker saltó por la ventana e hizo una señal a Rendic para que lo imitara. El croata vaciló un segundo. Junto a la puerta, Weymann disparaba contra las sombras que se movían a lo largo del pasillo. Sonaron otros disparos y enseguida Weymann retrocedió hasta lograr apoyarse en la mesa. Jadeaba y tenía una herida en el pecho. Rendic quiso ayudarlo, pero el alemán lo alejó con un grito y arrojándose al suelo, consiguió quedar de nuevo junto a la puerta. Rendic se acercó a la ventana y miró por última vez a Weymann. Luego de saltar por la ventana divisó a Strecker que se disponía a pasar una cerca.

Iba a seguirlo pero se arrepintió. Eligió otro punto del patio por donde corrió aplastando varias melgas de papas. Escaló un cerco de piquetes retorcidos y se dejó caer del otro lado. A sus oídos llegaron los ladridos de unos perros. Se acurrucó junto al cerco y al mirar hacia la casa vio a los hombres que comenzaban a recorrer la quinta. Las antorchas se acercaron. Agazapado, se arrastró hasta el final de la quinta siguiendo la huella de una cuneta de regadío. Apartó unos piquetes y atravesó otro cerco. Estaba en la calle. Los hombres se aproximaban a sus espaldas. Se puso de pie y afrontó una carrera breve, interrumpida por el rumor de los perros que olfateaban su rastro. Se dejó caer sobre un pastizal. La humedad refrescó su rostro y tuvo el fugaz

recuerdo de la tarde que había pasado sumergido en la bañera de Martina. Pensó en Strecker y en la mala estrella de Weymann. Luego, mucho antes de lo previsto, un aliento tibio cargó sobre su rostro y al reabrir los ojos vio las fauces del perro. Escuchó otros gritos, vio acercarse unas antorchas y reconoció la voz que brotaba desde lo más profundo de la noche. «Camargo», se dijo, en el mismo instante que una dentellada desgarraba su pierna izquierda.

18

Al escuchar que las voces se alejaban del lugar donde él se encontraba, Strecker comprendió que los extraños concentraban sus esfuerzos en seguir los pasos de Rendic. Miró a su alrededor, y el reflejo de la luna le mostró el refugio que lo albergaba. Una fosa que contenía piedras, lodo y los restos de un carancho muerto. Esperó una hora y luego abandonó el escondite, alejándose lo más rápido que pudo desde el lugar de la emboscada. Poco tiempo y mucho por hacer, se dijo mientras sacudía sus ropas y descartaba la idea de alertar a Changa y después regresar a su casa.

Decidió ir al consulado y reportar lo sucedido a Klein. El consulado ocupaba una casona ubicada frente a la plaza Esmeralda y lucía en su frontis una bandera izada a media asta, como homenaje a los muertos en la batalla de las islas Malvinas. Llegó cuando las oficinas iniciaban su trabajo. Explicó su situación a un secretario y en pocos minutos estuvo frente a Klein.

—Usted se refugiará en la tienda de Dyck —dijo el cónsul luego de escuchar el relato de Strecker—. Al anochecer viajará hasta Agua Fresca, donde lo espera la goleta con los víveres para el Bremen.

—Me preocupan Weymann y Rendic —dijo Strecker—. Dudo que hayan tenido una idéntica suerte a la mía.

—Iré a la policía y haré la denuncia correspondiente —contestó Klein—. Y si los que allanaron la casa son de la policía, tendrán que darme una razonable explicación por lo sucedido.

Strecker salió del consulado y antes de dirigirse a la tienda de Dyck, pasó a una cantina en la que pidió una cerveza y dos hojas de papel donde escribió algunas líneas a su mujer. Pagó la cuenta y encargó al mozo que dispusiera el envío de la carta.

Encontró a Dyck traduciendo un telegrama que comunicaba el zarpe desde Montevideo de un carguero con mercaderías y carbón para el Bremen. Strecker contó

lo sucedido al tendero, y éste le hizo pasar a una habitación interior. Mientras esperaba la llegada de la noche leyó algunos ejemplares de los diarios que Dyck recibía desde Alemania. Después de la derrota alemana en Marne la guerra parecía estancada en una lucha de trincheras que abarcaban muchos kilómetros del territorio francés. Los soldados permanecían semienterrados en hoyos cubiertos de lodo, atentos a las incursiones nocturnas del enemigo. Un diario hablaba del heroísmo de los combatientes alemanes y anunciaba el pronto uso de un arma secreta que arrasaría con la defensa de los franceses. Strecker asoció la crónica a un desarrollo negativo de la guerra, el cual se ocultaba con frases inflamadas de una esperanza que solo estaba en la mente del periodista que había redactado el artículo.

Klein, agitado y sudoroso, llegó a la tintorería al anochecer. Su rostro denotaba el esfuerzo que hacía por contener la ira. Pidió una cerveza y luego de encender un puro, se acomodó en una silla, frente a Strecker y su anfitrión.

—La policía no se hace responsable del ataque —comenzó a decir—. Weymann está muerto. Encontraron su cadáver en una calle vecina al puerto y asumieron que su muerte se debía a un asalto común y corriente. Uno más de los muchos que afectan a los vecinos de la ciudad. En cuanto al croata, nadie tiene noticias de su paradero. Incluso, me hice acompañar por la policía hasta su casa y la encontramos cerrada.

—¿Fue a la Casa Rosada? —preguntó Strecker—. Tiene una amiga en ese lugar. Aunque pensándolo bien, es el último sitio al que iría Rendic.

—No lo consideré oportuno —se dijo a sí mismo Klein—. Los policías parecían decir la verdad.

—¿Qué piensan hacer? —preguntó Strecker.

—Investigar —contestó el cónsul.

—Debemos seguir con nuestro plan —agregó Strecker—. Cuanto antes saquemos al Bremen de su escondite, mejor será para nuestra tranquilidad.

—Así se hará —afirmó Klein, y enseguida, dirigiéndose a Dyck, agregó—: Vaya al prostíbulo y pregunte por Rendic. Espero su informe antes del amanecer.

Strecker vio salir al tendero de la habitación y un rato después escuchó el ruido que hacía la cortina de la tienda al cerrarse. Bebió una cerveza con el cónsul y se dispuso a salir de la casa.

—¡Cuídese! —dijo Klein—. De usted depende que el Bremen se salve.

El dolor parecía atravesar su pierna izquierda. Quiso mover las manos pero no pudo. Intentó hacer lo mismo con sus pies y la aspereza de una soga se lo impidió. Estaba solo, en una bodega o cuarto deshabitado. El aire que respiraba tenía la consistencia de una masa viscosa. Escuchó ruidos subterráneos y los asoció al correr de las ratas o al murmullo de un río próximo. Tenía la sensación de que alguien lo observaba. Recordó haber sido arrastrado por un camino de tierra y luego arrojado violentamente sobre un carro tirado por dos caballos negros. A su lado, con los ojos abiertos, estaban los restos de Weymann. Los caballos trotaron por un sendero lleno de baches y al llegar a un punto que supuso cerca del mar, sus captores arrojaron fuera del carro el cuerpo de Weymann, provocando un ruido seco que alteró la respiración de las bestias y por unos segundos, silenció la charla de los hombres.

Estoy vivo, pensó mientras acostumbraba sus ojos a la oscuridad y podía ver las cuatro estacas de madera a las que lo habían atado. Recordó a Strecker. Si el marino había conseguido huir, era probable que los alemanes e incluso Martina estuvieran informados de su captura. De ser así existía la posibilidad de sobrevivir. Pero era solo una esperanza; las instrucciones de Müller habían sido claras al respecto: si llegaba a caer en manos enemigas o desaparecer en una misión, nadie se preocuparía de él. Y si tenía éxito, no podía esperar honras especiales.

Se abrió la puerta y entró un hombre que arrastraba los pies al caminar y portaba un balde en su mano derecha. Sintió el agua que mojaba su rostro y distinguió al cancerbero. Era bajo y fornido; llevaba puestas unas botas de goma que le llegaban más arriba de las rodillas y una campera gastada. Lo seguía Camargo. El policía apretaba un cigarrillo entre los labios y en su mirada había un brillo insano. Hizo un gesto a su ayudante y éste abandonó la bodega. Luego se detuvo frente a Rendic y le dejó caer la ceniza del cigarrillo en el rostro.

—Volvemos a encontrarnos —dijo con desprecio—. Desde un comienzo sus paseos por la playa merecieron mis dudas. Algo me decía que estaba metido en asuntos turbios. Ha cometido demasiado errores como para sobrevivir en un pueblo tan chico.

El policía dio una calada a su cigarrillo y escupió sobre la tierra.

—Muchos errores —reiteró.

—Uno se da cuenta de ello cuando es demasiado tarde —dijo Rendic.

El policía pensó un instante las palabras del croata y enseguida le propinó un leve puntapié cerca del vientre. Rendic sintió la presión de las sogas sobre sus muñecas, apretó los dientes y aguardó el siguiente castigo.

—¡Hábleme del Bremen!

—Bremen —murmuró Rendic—. No sé nada de ese maldito barco.

—No trate de ganar tiempo. Su detención es un asunto del cual mis hombres no tienen antecedentes. Ni siquiera saben quién es usted. Para ellos es un cuerpo más, como el del alemán que dejamos en el camino. Sus amigos no pueden dar con este lugar y en lo que a mí respecta, voy camino a Puerto Natales.

—Sus amigos policías no piensan lo mismo.

—¿Se refiere al telegrama? No tiene importancia. Debo llegar a Puerto Natales y si demoro un día o diez es problema mío. En estos momentos, lo más importante son los negocios. La oferta que los ingleses hicieron a Strecker, también me la hicieron a mí.

—No tengo nada que decir —contestó Rendic.

Camargo llamó a dos de sus hombres. Rendic reaccionó lentamente, como si algo en su interior lo obligara a permanecer quieto, con los pensamientos lejos del lugar en que se encontraba.

—¡Ablándenlo! —ordenó Camargo—. De aquí al amanecer espero que tenga ganas de conversar.

Horas más tarde, Rendic abrió los ojos alertado por la antorcha que portaba el hombre que acababa de entrar a la celda. El aire se impregnó del olor a resina quemada y en las sombras reflejadas sobre los muros, distinguió una figura conocida. No podía resistir otra golpiza y por un momento, mientras crecía el fuego de la antorcha dentro de la celda, imaginó su nombre grabado en una piedra gris. Temía desaparecer sin dejar una huella que lo recordara en esa tierra del azar, en medio de una guerra que no le pertenecía. El extraño sacó una navaja y cuando cortó las cuerdas que le ataban a las estacas, Rendic reconoció el rostro de Arteaga y presagió un cambio de suerte.

—¿Puede levantarse? —preguntó el policía.

Se tomó las muñecas heridas y al intentar incorporarse, un dolor en el pecho lo obligó a permanecer inmóvil.

—Haga un esfuerzo —insistió Arteaga—. Tenemos poco tiempo.

Se puso de pie con la ayuda del policía, y apoyándose en uno de sus hombros avanzó hasta la puerta. A la salida de la celda, un hombre despatarrado en el suelo lucía la huella de un golpe sobre la frente.

—Le di un trancazo —dijo Arteaga—. Dormiré durante un largo rato.

—¿Y los otros? Había más hombres junto a Camargo.

—Algunos se fueron con él, y un par duerme, borrachos. Ahora camine. Después, cuando esté a buen resguardo, podrá hacerme todas las preguntas que quiera.

Llegaron hasta el final de un pasillo y al abrir una puerta quedaron frente al patio en el que se acumulaban los restos carcomidos de tres lanchas. Arteaga lo ayudó a sortear los maderos dispersos en el suelo y salieron de la casa. En la vereda, atado a un árbol había un caballo. Arteaga unió sus manos a modo de pisadera y apoyando un pie en ella, Rendic logró tenderse sobre el lomo del animal.

Durante la media hora siguiente no escucharon otra cosa que el ruido que hacían los cascos del caballo. Nadie los seguía ni tampoco se cruzaron con extraño alguno. Al final del viaje llegaron frente a una casa que tenía las ventanas clausuradas con postigos. Golpearon a la puerta y salió a recibirlos un vejete calvo y de ojos opacos, que saludó al policía y los hizo entrar a la vivienda.

—Seferino lo cuidará —dijo Arteaga, indicando al viejo que les mostraba una de las habitaciones de la casa—. Tiene buenas razones para hacerlo.

Rendic miró al viejo y trató de sonreír. Había tristeza en los ojos del hombre y eso le inspiró confianza.

—Camargo le robó sus animales y un pedazo de tierra que tenía en las afueras de la ciudad —agregó Arteaga una vez que Rendic se hubo acostado en una estrecha cama cubierta con frazadas de lana—. Y también conoció las celdas del teniente.

—Tres noches —dijo el viejo, y enseguida, como si el recuerdo le hubiera reavivado un dolor antiguo, añadió—: Sé lo que es caer en las manos de Camargo.

El viejo alisó las frazadas y luego dijo que iría en busca de alguna bebida para el croata.

—Ahora puede responder mi pregunta —insistió Rendic.

—Yo estaba en la oficina cuando el cónsul Klein llegó a denunciar su desaparición y la de Weymann. Mencionó a Strecker y de inmediato relacioné la historia del cónsul con Camargo y su extraño viaje a Puerto Natales. Pensé que necesitaba más información. Fui a su casa y aunque Changa no quería decir nada, lo convencí de mis buenas intenciones. Me habló de su reunión con los alemanes. Después, cuando volví al cuartel, me informé del hallazgo de Weymann. Eso me hizo pensar que podría encontrarlo con vida. Ubiqué a Marín y lo seguí hasta que se reunió con Camargo. Esperé a que éste se marchara junto con algunos de sus hombres y entré al escondrijo donde a usted lo tenían prisionero.

—Parece una historia convincente.

—Por ahora no tiene más alternativa que creerla.

—No me quedan claras sus razones. ¿Acaso no sabe lo del espionaje?

—Es mi oportunidad de sacar a Camargo del camino —dijo Arteaga y luego de extraer de su chaqueta un paquete de cigarrillos, agregó—: Además, hice un trato con Klein.

—¿Trato?

—Usted no es el único que se vende. Y en lo que a mí respecta, el oro, sea inglés o alemán, brilla igual.

—¿Desde cuándo?

—Más o menos desde la misma época en que usted llegó a la ciudad —contestó Arteaga, mientras hacía una pausa para encender el cigarrillo—. Es simple. Mientras ingleses y alemanes juegan a la guerra, algunos aprovechamos de llenar nuestros bolsillos.

—No sé si deba creer su historia.

—Estoy de su lado. Se lo dije una noche en la Casa Rosada y ahora se lo repito.

—¿Y qué se propone hacer?

—Esperar a que las cosas se calmen y que Camargo coloque tierra sobre el asunto.

—Camargo no se quedará tranquilo hasta que vuelva a detenerme.

—Por el momento no hay otra solución.

—¿Puede decir a Martina dónde me encuentro?

—Por ningún motivo. Es la primera persona a la que el teniente visitará una vez que se entere de su fuga. La Casa Rosada no es un lugar seguro. Olvídense de Martina por algún tiempo.

—¿Y Changa?

—Cuanto menos sepa, mejor.

—¿Cómo hará para no despertar las sospechas de Camargo? Marín irá a contarle todo lo que sabe.

—Marín no está en condiciones de contar nada —dijo Arteaga—. Nadie lo va a extrañar ni le llevará flores.

Rendic contuvo la respiración por un instante. Lo sucedido durante las últimas horas le parecía el movimiento definitivo de un círculo que se cerraba a su alrededor para privarlo de su esquiva libertad. Movi6 las piernas dentro de la cama para cerciorarse que su dolor era real y en un ademán de cansancio dejó caer sus brazos a ambos costados de la cama.

Arteaga lo cubrió con las frazadas y luego salió de la habitación. Fue al encuentro de Seferino que miraba por una de las ventanas de la casa. Fumó otro cigarrillo al lado del viejo y pensó en Rendic. De algún modo se parecían. Eran dos extraños tratando de salir con vida desde los laberintos de una ciudad sin pasado. Solo que él saldría al camino de Camargo y le haría conocer la derrota. Apachurró el cigarrillo contra el suelo y se despidió del viejo. Una vez en la calle, aspiró con fuerza el aire helado de la noche y se detuvo un instante a revisar la carga de su pistola.

20

Una luz amarillenta penetraba a través del sucio visillo de la ventana. Desde la cama podía ver las ramas de un manzano y tres zorzales que picoteaban con entusiasmo sus primeras hojas. Desde el fondo de la casa escuchó el ruido de un hacha y luego, el de unos pasos acercándose hasta la pieza.

Seferino entró con una bandeja que a duras penas lograba equilibrar entre sus manos.

—No es mucho —dijo en voz baja, avergonzado—. Café y pan con mermelada de ruibarbo.

Rendic masticó un bocado de pan y le agradó el sabor agri dulce de la mermelada.

Recordó las compotas de ruibarbo que le servían en la pensión donde se había alojado durante un breve viaje a Berlín, acompañado de Müller y un italiano que también recibía su instrucción como espía. Era una casona vieja que estaba frente a un lago en el que por las tardes nadaban algunos patos y se podía ver a uno que otro cazador recorriendo sus orillas.

—Quédese —dijo Rendic—. Necesito conversar con alguien.

—Después. Si no les doy alimento, las gallinas y los perros se privan.

Seferino regresó media hora después. Se acomodó en una punta de la cama y sacó de su camisa un paquete de cigarrillos tan arrugado como sus manos.

—Puede que le gusten —dijo, al tiempo que dejaba el tabaco sobre la cama.

Rendic sacó del envoltorio un cigarrillo reseco y lo puso entre sus labios.

—Hábleme de las tierras que perdió —le dijo al viejo.

Seferino había llegado a Punta Arenas atraído por la fiebre del oro que tanto se comentaba en el norte de Chile. Durante un año recorrió inútilmente la isla Tierra del Fuego; y al final, cansado de sus reiterados fracasos, se enroló en el pequeño ejército de Sam Hisphoh, un polaco que vendía sus servicios y el de sus hombres a los estancieros que deseaban exterminar a los onas.

—Hisphoh no tenía límites —dijo Seferino—. Organizó a sus hombres en patrullas que recorrían la pampa buscando los reductos indígenas y provocó encerronas que terminaron con la muerte de familias enteras. Envenenó con estricnina una ballena varada en Bahía San Gregorio para que se la comieran los indígenas hambrientos. Le teníamos miedo y nos sentimos aliviados cuando los indios lo mataron en una emboscada cerca del Cerro Dorotea.

—¿Y eso qué tiene que ver con sus tierras?

—Gané muchas libras trabajando a las órdenes de Hisphoh —dijo Seferino—. Maté tantos indios como pude, compré tierras, y trabajé varios años en la siembra de papas. Pero años después, Camargo adquirió el terreno colindante y cuando su negocio ovino creció, empezó a mirar para el lado. Con la ayuda de un abogado inventó un lío de escrituras y títulos de dominio. Obtuvo certificados en Santiago y consiguió apoderarse de mis tierras. Traté de resistir y en el intento murió un peón que me ayudaba.

—He oído de otros hechos similares —dijo Rendic y, como si pensara en sí mismo, añadió—: Historias que nos persiguen.

—Para venir a estas tierras se necesita un pasado que olvidar —sentenció el viejo, y como si de improviso se hubiese cansado de recordar, se puso de pie y dijo—: El pasado son solo palabras. Hay otras cosas de qué preocuparse.

Rendic lo vio salir de la pieza, encendió el cigarrillo y dejó escapar una bocanada de humo que caracoleó por la habitación hasta convertirse en una nubecilla que poco a poco se diluyó en la luz que entraba por la ventana. Asqueado del sabor, apagó el cigarrillo y cerró los ojos buscando un sueño que no demoró en llegar, confundido con los nombres de Changa y Martina.

Al despertar, Arteaga estaba de pie junto a la ventana. Su mirada parecía perdida en algún punto lejano, más allá de la calle y de los cerros vecinos. Improvisó una suerte de estornudo y el policía se dio vuelta.

—¿Cómo se siente? —le preguntó el policía.

—Me sentó bien dormir algunas horas.

—Cuanto antes se recupere, más posibilidades tendrá de huir.

—¿Huir? —preguntó Rendic, preocupado.

—Usted tenía razón. Camargo no está interesado en olvidar. En unas pocas horas echó a correr un cuento que le ha permitido obtener carta blanca para actuar. Según eso, Weymann era un alborotador relacionado con los grupos de obreros anarquistas que se han organizado en la Patagonia. Los ganaderos están inquietos con ese asunto de los bolcheviques en Europa y, con la ayuda de la milicia, están atentos a cualquier brote de protesta social en la región. Camargo aprovecha esas cosas. Detuvo a tres dirigentes de la Unión Obrera Internacional de Magallanes y los acusa de asesinar a Weymann.

—Usted sabe que todo eso es mentira.

—Y usted también es parte de esa historia —agregó Arteaga sin hacer caso del comentario—. Camargo lo sindicó como cómplice de Weymann.

—Una buena justificación para atraparme.

—Y para preocuparse de los viajes de Strecker.

—¿Qué sabe de él?

—Lo que todo el mundo. Dicen que sacó su cúter del muelle y que nadie sabe dónde está. Si usted quiere beber gratis, entre a un bar, diga que vio a Strecker y de inmediato tendrá un grupo de personas a su alrededor. El asunto se complica y debemos actuar con alguna prisa. De otro modo no apostaré ni un peso a favor de su pellejo.

—¿Y Changa?

—Ha tenido algunos problemas después de la visita que le hizo Camargo —dijo Arteaga, y Rendic tuvo la impresión de que el policía se arrepentía de sus palabras.

—¿Qué le pasó a Changa?

—El chilote es un pillo o de verdad tiene los hilos flojos. Se aburrirón de hacerle preguntas y lo soltaron después de machucarlo a golpes de cachiporra.

—¿Está herido?

—Se recuperará. Tiene el cuero duro.

—¿Sabe si también interrogaron a Martina?

Arteaga dio unos pasos, volvió a pararse frente a la ventana y cuando Rendic esperaba que dijera algo, se dispuso a salir de la habitación.

—Ya hemos conversado bastante —dijo, y abandonó la habitación antes que Rendic pudiera insistir con la pregunta.

A sus gritos, el viejo Seferino apareció minutos más tarde con una bolsa de arpillera entre las manos.

—¿Qué quiere? —preguntó molesto—. Estaba en la quinta sacando papas. Si no lo hago, vendrá la helada y el sembrado se irá al carajo.

—Ayúdeme a salir de la cama.

Las piernas no lo sostenían y ni la ayuda de Seferino fue suficiente para calzarse las botas. Se dejó caer sobre la cama y más tarde, cuando hacía un segundo intento de ponerse de pie, vio entrar a Changa en la pieza. El chilote lucía unos moretones en el rostro y cojeaba visiblemente al caminar.

—¿A dónde cree que va, patrón?

—¿Qué haces aquí? Arteaga me contó que te habían golpeado.

—Nada que no se olvide con el paso de los días. Me preocupa que usted se ponga a salvo y no vuelva a caer en las manos de Camargo.

—Tengo que salir de esta casa. Tengo que ver a Martina.

—¡Porfiado el hombre! —comentó Seferino.

Changa lo ayudó a sentarse sobre la cama. Hizo una señal al viejo para que los dejara solos, se sentó junto a Rendic, y como si viniera de vuelta de un largo viaje, empezó a relatar los sucesos de los últimos días. Comenzó con detalles domésticos, como las dificultades para adquirir víveres y el precio de la leña. Luego contó que había seguido a Arteaga, y casi como si se tratara de un hecho sin importancia, mencionó a Camargo.

—¿Te golpeó?

—El hombre estaba enfurecido. Pero no le dije nada, patrón.

—¿Martina?

Changa, sin decir nada, miró hacia un rincón de la pieza.

—¿Martina? —insistió Rendic.

—Camargo la tiene encerrada —respondió Changa—. Igual que en los viejos tiempos.

—¿Qué viejos tiempos?

—Cuando llegó a la ciudad se encaprichó con Martina. Le prohibió ver a otros hombres. Conversó con Mansilla y la encerró. En esa época, conocía a un paisano que trabajaba en la casona y me contaba lo que pasaba en su interior. Una vez le ayudé a subir un baúl a la pieza, y ahí la vi. Hay muchas cosas que no sabe, patrón. Después de ese encierro vinieron otros. Una vez, cuando un marino inglés quiso llevársela, Camargo envió unos hombres a golpear al gringo y nunca más se le vio por la casa ni por el pueblo.

—¿Martina está bien?

—Por ahora, sí. Los que no están bien son los alemanes. La tintorería de Dyck fue incendiada. Todos saben que fueron los ingleses, pero nadie lo dice.

—Debo irme, Changa.

—Recupere sus fuerzas y espere a que las cosas se calmen. Lo del Bremen tendrá que terminar. Y mientras eso ocurre es mejor que permanezca oculto o abandone la ciudad.

—El crucero me tiene sin cuidado. Me interesa lo que suceda con Martina. Tengo que enfrentar a Camargo y luego irme de Punta Arenas.

Changa no insistió. Conocía los sentimientos del croata. También él, en otra época, había querido irse de Punta Arenas. Recordó a un cura salesiano que le ofreció regresar a Chiloé, y luego la posibilidad que había tenido de enrolarse en un contingente de peones que iban al mineral de Río Turbio, al otro lado de la frontera. Esas y otras oportunidades, desechadas a causa de un sentimiento que solo era correspondido por las fantasías que dejaba correr al recostarse cada noche en su camastro.

—Lo entiendo, patrón —dijo en voz alta, como si de pronto una parte de sus pensamientos se hubiese resistido a permanecer en silencio—. Yo tampoco me iría.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Todo lo que tenemos y amamos está en Punta Arenas.

Asintió mientras se imaginaba lejos, a solas con Martina. Una situación que podría ser realidad apenas dejara de ser útil para los alemanes o los ecos de la guerra se hicieran difusos y cada cual volviera a sus labores habituales. En ese momento tendría que elegir entre irse de la ciudad o buscar un oficio, como lo hacían a diario otros emigrantes que se empleaban de obreros o iniciaban un negocio. Los había visto recorrer las calles, atentos a las ofertas de trabajo colgadas en las vitrinas de las tiendas, o reunidos los fines de semana en las campiñas aledañas al puerto. Entonces, mientras los niños jugaban a las correrías y uno que otro nostálgico entonaba las canciones del terruño lejano, nacían historias cada vez más fantasiosas. El pueblo lejano adquiriría connotaciones irreales. Su viento y su agua eran mejores. El pan más fresco y el vino más sabroso. La tierra era fértil y los peces fáciles de capturar. Todo un mundo fantasmagórico, porque al salir de las tertulias caminaban deprisa hasta sus casas, pensando en el trabajo del día siguiente, en cada una de las cosas que los iban aferrando a esa ciudad de la que habían dejado de renegar, aceptando la fuerza del viento y sus oscuras e interminables tardes invernales. En sus casas, después que el vino se iba de sus ánimos, se quedaban largo rato apreciando el olor a pan que salía de los hornos y algo en su interior cambiaba. El hogar lejano se convertía en un recuerdo que solo afloraba cuando de tarde en tarde miraban hacia el mar y veían aparecer en el horizonte aquellos barcos que en algún futuro lejano podrían devolverlos a unas tierras que, cada día más, solo existían en sus imaginaciones.

Changa se fue al anochecer. Rendic lo vio alejarse con paso balanceado y las manos metidas en los bolsillos del pantalón. El chilote vestía un terno negro y sobre su cabeza llevaba una boina inclinada hacia un costado.

—Su amigo me recordó al Rey del Monte —dijo Seferino acercándose a la ventana por la que miraba Rendic—. ¿Nunca ha oído hablar de él? Hasta un año atrás se le podía ver en las calles. Recorría los montes para cazar pumas y cortar la leña que después vendía en las casas del pueblo. Era petiso y moreno. De piernas cortas y encogidas como las de su amigo. Caminaba encorvado, como si nunca hubiese dejado

de andar agazapado entre los matorrales del monte. Creo que se llamaba Mayorga o Mancilla. Usaba una barba descuidada y su aspecto asustaba a los niños. Una vez apareció con un cachorro de puma que exhibió en la Plaza de Armas hasta que la policía lo obligó a encerrarlo en un aserradero. Se le recuerda a causa del primer automóvil que llegó a la ciudad, un Ford de latas brillantes que causó asombro en los vecinos. Un domingo en que el dueño del auto se pavoneaba por las calles del centro, el Rey del Monte lo vio, tomó su escopeta y disparó contra el vehículo creyendo que se trataba de alguna bestia peligrosa.

—¿Y qué pasó con él? —preguntó Rendic, desganado.

—Nunca más se le vio por la ciudad. Meses después encontraron un cadáver en las afueras de Leña Dura. Alguien dijo que se trataba del Rey del Monte, aunque nadie pudo asegurarlo —agregó Seferino—. Si algo sobra en esta región, son las historias. Magallanes siempre ha sido tierra de locos y rebeldes.

Rendic consultó su reloj con punteros de marfil y cubierta de plata que había ganado en un juego de naipes durante el viaje hasta Punta Arenas. Era más de la medianoche y no conseguía dormir, a pesar de la infusión de menta y achicoria que le diera a beber Seferino, antes de apagar la vela que iluminaba la pieza y darle las buenas noches. Los párpados le pesaban como dos monedas ardientes. Trataba de alejar las imágenes recurrentes de su estadía en Punta Arenas, pero éstas cruzaban una y otra vez por su mente, confundidas con la historia de Seferino y sus tierras.

En el transcurso del adiestramiento, Müller le había enseñado a reconocer toda clase de sonidos. Durante tres fines de semana permaneció encerrado algunas horas en una pieza oscura. No veía nada y cada cierto rato escuchaba un sonido diferente. Aprendió así a diferenciar los pasos de un hombre flaco de los de un obeso. Los de una mujer o un niño. Podía reconocer los movimientos de un perro o un gato, el canto de varias aves y el ruido que alguien hacía al hojear un libro, dar cuerda al reloj o percutar un revólver. Poseía buen oído y así se lo había reconocido Müller al término del ejercicio. Y por eso, poco después de mirar el reloj, atrajo su atención el ruido que hacía la puerta de calle al cerrarse e incorporándose a duras penas de la cama, miró a través de la ventana y vio a Seferino que se alejaba entre las sombras de la calle, como si tuviera miedo de llegar tarde a una cita o de que alguien lo sorprendiera en medio de la soledad del barrio.

Se vistió soportando el dolor que aún castigaba algunas partes de su cuerpo. Calzó sus botas, dio algunos pasos por la habitación para acomodar sus pies al cuero reseco del calzado y salió de la casa, lentamente, como midiendo la distancia de cada uno de sus pasos. A lo lejos escuchó el bramido de las olas rompiéndose contra los roqueríos de la costa. Consideró la posibilidad de dirigirse hacia el mar, pero un ruido medianamente próximo lo hizo cambiar de idea y entró a un galpón que había frente a la casa de Seferino. A la luz de la luna vio un montículo de forraje que crecía hacia lo alto hasta casi tocar el techo. Se dejó caer sobre la hierba seca, provocando la agitada huida de unas ratas.

Desde la calle llegó el ruido de otros pasos. Se incorporó a medias y logró ascender hasta una ventana ubicada en la parte más alta del galpón. Varios hombres rodeaban la casa de Seferino. Uno de ellos abrió la puerta y casi al instante se encendieron unas teas que proyectaron sus luces rojizas hacia el exterior. Un grito de alarma rompió el mutismo de los extraños y en medio del alboroto que siguió a continuación, escuchó decir su nombre. Esperó un instante antes de volver a mirar por la ventana. Seferino estaba frente a la puerta de la casa y dos hombres lo sujetaban de los brazos. El viento trajo a su lado un par de palabras de reproche y comprendió que la salida nocturna del viejo había sido motivada por la traición. Alguien impartió unas órdenes y uno de los extraños se dirigió al galpón. El rojo intenso de un cigarrillo resplandeció junto a la puerta. Rendic contuvo la respiración

hasta que el desconocido terminó de revisar la entrada del escondite.

Arrastró su cuerpo hasta la ventana y alcanzó a ver a los hombres que abandonaban el lugar. En el bolsillo superior de su chaqueta encontró un cigarrillo que mantuvo junto a su nariz y mientras olfateaba a pausas el aroma del tabaco, cerró los ojos sin ganas de pensar en nada más por esa noche.

Despertó con un rayo de luz sobre su rostro. A su alrededor el pasto adquiría tonalidades amarillentas y cerca de la puerta del galpón vio los restos de una carreta y cuatro toneles deteriorados. Desde la ventana por la que espiara la noche anterior lo miraba con curiosidad un gato blanco. Extendió sus manos para alcanzarlo y el animal huyó hacia otro punto más distante.

—Al menos tú no me quieres atrapar —le dijo, al tiempo que se ponía de pie y miraba a través de la ventana.

La casa de Seferino parecía desierta, pero luego de observar un rato reconoció a un hombre apoyado en uno de los árboles del patio. No sabía bien qué hacer ni a quién recurrir. Comenzó a descender y a medio camino se sentó sobre el forraje y trató inútilmente de atraer al gato que, a la distancia, seguía observándolo.

22

Pasó toda la mañana en el galpón. Por la tarde, apenas vio alejarse al hombre que vigilaba la casa, dejó su escondite y caminó en dirección contraria al camino seguido por Seferino la noche anterior. Llegó hasta la playa y contempló el ir y venir de las olas que avanzaban lentamente y crecían de pronto reafirmando la fragilidad de todo lo que se enfrentaba a ellas. Recogió varias piedras y las arrojó contra el mar hasta formar una confusa serie de círculos.

Tres niños construían en la arena unas torres y túneles, a través de los cuales distribuían una colección de soldados de plomo. Lo miraron con desconfianza y él que parecía capitanear el grupo, hizo un gesto a los otros y el trío se alejó de prisa hacia unas casas rodeadas de botes y redes extendidas. Rendic deshizo un par de torres con sus botas y entre la arena descubrió un soldado. Lo guardó en su chaqueta y se recostó a descansar sobre la arena hasta que el sol comenzó a declinar. Entonces rumbeó hacia la tienda de Dyck.

El alemán lo miró asombrado a través del espacio de luz que dejaba la puerta entreabierta de la tintorería. Rendic bajó las solapas de su abrigo, miró a sus espaldas como había hecho varias veces antes y esperó a que el alemán lo dejara entrar.

—No debería estar aquí. La otra noche incendiaron parte de la tintorería y Camargo tiene atemorizada a la ciudad con sus búsquedas. Allanó todos los prostíbulos y bares existentes en la zona del puerto.

—No tenía dónde ir —dijo Rendic.

—Y no es el único que ha tenido la misma mala idea —agregó Dyck.

Un olor a carne asada proveniente del interior de la tienda recordó a Rendic que no había comido en varias horas. Entró a otra de las habitaciones de la tintorería, y junto a una mesa cubierta con hule floreado, reconoció a Strecker. El marino lo saludó con una sonrisa y siguió afanado en su trabajo de cortar un trozo de carne.

—Lo creía en los canales —dijo a Strecker.

—Descubrí una ruta más corta a la que utilizamos en el primer viaje, y eso me permite ir y volver en menos tiempo. Además, he tenido la fortuna de no cruzarme con ninguna de las patrullas de la Armada. Y usted, ¿cómo logró librarse de Camargo?

—Es otra historia larga.

—El interés de Camargo por usted me permitió moverme sin tanta inquietud. Desde que nos separamos he realizado cuatro viajes. Ahora descanso mientras cargan el cúter con más alimentos. Y mientras eso ocurre hacemos noticia en Alemania —dijo Strecker y comenzó a leer un diario que estaba sobre la mesa—. «Buscan a nuestro Bremen y mientras el servicio de espionaje inglés hace esfuerzos por descubrirlo, esparce rumores y trata de confundir a los ciudadanos alemanes. Toda la región magallánica, sus islas, fiordos y canales, están involucrados en el suspenso de la guerra».

—En el papel parece algo simple y hasta divertido —comentó el croata.

Rendic cortó una porción de carne y la mordió con entusiasmo. Strecker le alcanzó una copa de vino y al beber experimentó un ardor profundo en sus entrañas. Los hombres se quedaron en silencio y durante un rato no se escuchó otra cosa que el ruido que hacían los cubiertos al entrechocar sobre los platos.

Pensó en los alemanes que había conocido desde su llegada a Punta Arenas. Weymann había sido un profesional, capaz de cualquier sacrificio, según lo había demostrado en el asalto de la policía. Strecker era un aventurero dispuesto al riesgo. Se podía confiar en él, pero no así en Dyck, que parecía parte de la organización más por razones del azar o de un patriotismo que no alcanzaba para atenuar sus temores por la suerte de su negocio.

Strecker se limpió la boca con una servilleta.

—El capitán Lüdecke quiere volver a navegar en alta mar. Le dije que era arriesgado pero no quiere escuchar razones. Recibió instrucciones desde Berlín para recorrer las costas del Pacífico dedicado a la piratería. En las condiciones en que se encuentra no pasará mucho tiempo antes que los ingleses le den caza. Debido a los controles ha sido imposible obtener repuestos para las máquinas y los arreglos hechos al Bremen son provisionales. Solo he podido llevar víveres y algo de carbón. Los

pertrechos que les dejó el Estrella Polar tampoco fueron muchos.

—Cada día es más difícil conseguir víveres —dijo Dyck—. El último cargamento se compró a precio de oro. La turquería y los españoles se aprovechan. Saben el destino de sus mercaderías y las tasan alto.

—¿A quién importa eso? —preguntó Strecker, molesto—. Si viera a los muchachos del crucero pensaría distinto. Sí, eso es lo malo. Los comerciantes siempre ven las guerras desde la perspectiva de sus pequeños intereses.

Dyck tomó los platos que estaban en la mesa y salió de la habitación. Strecker comenzó a llenar su pipa de tabaco y Rendic lo observó trabajar hasta que la primera bocanada de humo se mezcló con el olor de la comida.

—Dyck quiere salvar su negocio, y yo a los marinos que están en los canales. Desde la muerte de Weymann todo se ha vuelto confuso, como si ya nadie quisiera invertir esfuerzos en cambiar el curso de la guerra. Tan confuso como los infundios que divulgan los ingleses a través de los diarios chilenos. Hoy leí en la prensa sobre los rumores de un combate cerca de Valparaíso entre cruceros ingleses y el Bremen.

—Pensé que Dyck podría orientarme en mis próximos pasos —dijo Rendic, desilusionado—. Como están las cosas, solo puedo pensar en huir.

—Venga conmigo, Rendic. Mientras los ingleses no localicen al crucero tendremos diversión. Además, en el consulado se recibió un telegrama anunciando la salida desde Callao del vapor Turpin. Navega con bandera uruguaya y trae ayuda.

—Dudo que sea la solución para mis problemas.

—¿Y qué gana con huir? Cuando termine la guerra nadie se acordará que usted estuvo del lado de los alemanes. No se complique más de la cuenta. En Punta Arenas puede hacer su vida. Enamore a una buena muchacha, tenga hijos, trabaje en cualquier cosa que le permita parar la olla.

No supo responder. Volvía a estar acorralado por la actitud de esperar a que las cosas ocurrieran o que alguien le ayudara a encontrar las respuestas. Se preguntó si volver a ver a Martina le ayudaría a encontrar una solución.

—Venga conmigo —insistió Strecker—. El mar ayuda a pensar y por unos días dejará de andar escondido dentro de la ciudad.

El regreso de Dyck liberó a Rendic de dar una respuesta. El tendero se sentó junto a la mesa y comenzó a ordenar unos papeles.

—Hablé con el cónsul —dijo dirigiéndose a Rendic—. Me ordenó darle dinero para que viaje a Río Gallegos. De ahí puede seguir a Buenos Aires y contactarse con las personas que le indicaré. Es todo lo que podemos hacer. Usted ya no nos sirve en Punta Arenas y su presencia solo acarreará más preocupaciones.

Sacó de su chaqueta un sobre, anotó un par de direcciones y lo dejó frente a Rendic. Este revisó su contenido. Eran billetes y un documento que acreditaba su nacionalidad alemana. No era la forma que había imaginado salir de Punta Arenas, y menos aún después de conocer a Martina.

—Vaya a la pensión y converse con Bonacic. Le ayudará a llegar hasta la frontera

—agregó Dyck.

—No mire en menos mis consejos —dijo Strecker—. Recuerde que no se puede huir toda la vida.

Las últimas palabras de Strecker lo acompañaron en su camino hacia la pensión de Bonacic. Tenía la sensación de regresar a los primeros días de la ciudad, antes de su contacto con Alvar Rodríguez y de conocer a Martina.

Había dejado la tintorería con la intención de seguir las instrucciones de Dyck. El dinero del alemán parecía latir dentro de su chaqueta y sabía que unido a los pesos que conservaba en la casa era suficiente para vivir varios meses en cualquier lugar. Pero cambió de idea apenas se alejó un par de cuadras. No era el soldado disciplinado que saltaba sobre la trinchera enemiga a la primera orden, ciego, aferrado al fusil. Tampoco podía irse de Punta Arenas sin ver a Martina y despedirse de Changa. Se detuvo en la Plaza de Armas y por un instante observó los edificios que la rodeaban. A la entrada de la gobernación un par de guardias parecía dormitar al amparo de sus mantas de castilla. Pasó frente a ellos y se detuvo en otra esquina de la plaza, junto al gran almacén de José Menéndez, el lusitano que había llegado a la región con lo puesto y que a los pocos años era dueño de muchas tierras y de una flota mercante que unía a Magallanes con el resto del país. En una de las vitrinas del almacén observó un auto Studebaker que ofrecían a un precio que le costó imaginar convertido en monedas. Buscó un cigarrillo dentro del abrigo y cuando se disponía a encenderlo, escuchó unos pasos que se acercaban lentamente, como queriendo pasar inadvertidos en medio de la calma de la noche. Era un hombre corpulento que llevaba la cabeza cubierta con un sombrero de alas anchas.

—¿Busca algo? —escuchó que le preguntaba con voz ronca y poco amistosa.

El hombrón portaba un garrote. Rendic prefirió seguir frente a la vitrina y terminar de encender el cigarrillo.

—No es hora de andar por las calles —insistió el guachimán. Tenía un aliento vinoso y bajo su sombrero brillaban dos ojos recelosos.

—Vengo llegando a la ciudad. Salí a estirar las piernas y encontré esa maravilla en exhibición —dijo Rendic, indicando al auto.

Ofreció un cigarrillo al guachimán y éste lo tomó con entusiasmo. La rojiza luz de un fósforo iluminó sus rostros por algunos segundos.

—¿Dónde para?

—En lo de Bonacic.

—¡Cerca de aquí! —exclamó el hombrón y luego, agregó—: Váyase por las calles del centro. A esta hora son más seguras. En los últimos meses han desplumado a varios viajeros desprevenidos.

Murmuró unas palabras de agradecimiento y se alejó de la vitrina dispuesto a dar un rodeo antes de encaminarse hacia su casa. Al tomar la calle Bories pasó frente a la tienda de Suárez. En la vitrina había unas publicaciones y ayudado por la luz de un farol, consiguió leer algunos párrafos: «Todo el frente de guerra es una trinchera

interminable —decía una nota del *Magalleen Times*—. En una larga extensión de kilómetros las fuerzas aliadas y sus enemigos han construido trincheras en las que se refugian las tropas. Las escaramuzas se suceden cada noche sin que uno u otro bando consiga ventajas. Los germanos recurren a elementos de combate censurados por las convenciones internacionales y en uno de sus últimos ataques a las trincheras aliadas emplearon gases asfixiantes que destruyen las vías respiratorias de los soldados. Después de la derrota en el Marne los alemanes inmovilizaron sus acciones, ocupando la totalidad de Bélgica y una mínima parte de Francia. La guerra, según los entendidos, se prolongará hasta la primavera de 1915».

Todo estaba muy lejos. Europa, su familia y la guerra. Recordó sus análisis de las noticias bélicas. Sus notas, el mapa que mantenía oculto en su pieza y en el cual apuntaba los avances de uno u otro ejército. Un juego que de pronto se transformó en algo peligroso y que para enfrentarlo ni siquiera tenía la convicción de estar del lado correcto.

Llegó al parque de la avenida Colón y caminó por entre sus árboles, débiles e indecisos frente al paso del viento que transformaba sus ramas en nudos que a la luz de la luna parecían las sombras de seres grotescos.

¿Podía abandonar a Martina? ¿Traicionar su confianza? Traición. Era la palabra precisa. Formaba parte de su trabajo y estaba unida a las personas que había conocido para ganarse su amistad y conseguir los datos que, al cabo de unos días, se transformaban en telegramas que, en alguna parte, otro como él convertía en información. Así fue en Italia y Francia; confundido entre los obreros portuarios, trabajando como uno más de ellos, bebiendo en las tabernas de Marsella o Palermo había obtenido un dato de interés sobre los movimientos de las naves o las tropas. Y también en Pescara, donde se hizo amigo de Camila, la mesonera de una fonda a la que acostumbraba llegar con sus compañeros. Camila tenía un novio movilizado a uno de los frentes de batalla abiertos por el ejército italiano. Rendic entabló con ella una amistad que, luego de algunos paseos dominicales, le permitió compartir las cartas del novio. En medio de palabras dulzonas y relatos de la vida militar, Mario, el soldado ausente, señalaba los lugares en que estaba su regimiento. Una referencia al pasar que retenía en su memoria para transmitir con su vínculo clandestino y que en alguna oficina de Berlín servía para adivinar el movimiento de las tropas italianas. Una tarde, al llegar a la fonda le contaron que Camila no había concurrido al trabajo. Dejó a sus amigos y fue a la casa de la muchacha. La noche anterior, ella había recibido una nota en la que le comunicaban la muerte de su novio. No fue capaz de decirle nada. Habló con Müller, pidió el traslado a Messina y nunca más volvió a ver a la italiana.

La idea de abandonar a Martina le hizo revivir la historia de Pescara. En uno y otro caso significaba dejar de lado a una mujer que no volvería a recuperar y sumar una traición más a su pasado.

Llegó a la calle donde estaba su casa y desde la esquina observó los alrededores.

La vivienda tenía sus luces encendidas y frente a ella, dos hombres esperaban en actitud de vigilancia. Vestían abrigos y sombreros que impedían distinguir los rasgos de sus rostros. Volvió sobre sus pasos, tomó el callejón que daba al patio de la casa y saltó la cerca que lo rodeaba. Caminó por una huella de tierra apisonada y desde ahí avanzó hasta la casa. Por la ventana de la cocina salía una luz mortecina y al aproximarse, vio a Changa sentado junto a la estufa. Golpeó con los nudillos uno de los vidrios de la ventana y esperó a que el chilote lo reconociera. A sus espaldas escuchó el ladrido de unos perros y por un instante temió caer de nuevo en las manos de Camargo.

—Patrón —susurró Changa apoyado en la puerta, mientras ensayaba una sonrisa en la que se confundían la alegría y el asombro. Luego lo dejó entrar a la cocina, impregnada con el olor de la leña que ardía dentro de la estufa.

Rendic sonrió por primera vez en muchos días y como un extraño observó la habitación. Su aspecto era simple, con paredes cubiertas de tablas que dejaban ver sus nudos caprichosos y toscos. Paredes sin adornos, salvo el calendario de una tienda de artículos de caza y el retrato de una artista que Changa había encontrado en la calle. Una mujer morena, de cabellera ensortijada y ojos grandes que había estado de paso en Punta Arenas como integrante de una compañía de teatro. En ocasiones lo había sorprendido hablándole al retrato acerca del valor de las compras o de las medidas exactas de aliños que incluía en las comidas. El retrato conservaba intacta la sonrisa de la morena, pero sus bordes amarillentos acusaban el paso del tiempo y los vapores de frituras que se adherían a los objetos guardados en la cocina.

23

Durante la ausencia de Rendic, el chilote cumplió fielmente su rutina diaria. Atendía los asuntos de la casa y por las noches, puntual y silencioso, llegaba al prostíbulo, pedía vino y se mantenía alerta a la aparición de Martina.

A la noche siguiente de la aparición del croata, Changa volvió a la Casa Rosada. Preguntó por Martina a una pupila que apodaban La China, a causa de su romance con el pianista de la casa. La mujer le contó que Martina había recibido por la tarde la visita de Camargo y que esa noche no saldría de la habitación. Changa fue hasta la pieza de Martina y cuando escuchó que ella lo invitaba a pasar, abrió la puerta.

Estaba sentada de espaldas a la ventana y una oscura mantilla de seda cubría parte de su rostro. Changa observó por un instante la habitación, esperando que se

revelaran los secretos que su imaginación alimentaba desde hacía tanto tiempo.

—Traigo noticias del patrón —dijo finalmente.

—Changa —murmuró ella, reacomodándose en su silla.

El chilote enmudeció. Dio unos pasos torpes y tropezó con una banqueta ubicada frente al peinador. Martina pareció volver de un sueño y al levantar la cabeza dejó ver las huellas de unos golpes en sus mejillas. Changa quiso acercarse pero la mujer lo retuvo.

—No mires. No quiero que me mires.

—¿Camargo? —preguntó Changa, reconociendo los moretones en el rostro de la mujer.

—Está loco por encontrar a Yaco. Yo no sé nada de él. Lo juré cien veces y no creyó.

—Mejor me voy, señorita. Por mi culpa la pueden castigar de nuevo.

—Quédate. No quiero estar sola.

Changa estuvo en la habitación hasta la medianoche. Habló de Arteaga y de la fuga del croata. Después escuchó a Martina recordar sus primeros días en la casa y a los hombres que habían dispuesto sus ganancias de un mes para estar una noche con ella. Historias que Changa oía a menudo mientras bebía a la sombra de los demás clientes y que en las palabras de Martina parecían menos grotescas y duras. Al comienzo, el chilote no entendió el motivo de esos recuerdos, pero cuando ya la noche estaba avanzada, ella le dijo que ese pasado no tenía importancia si lo comparaba con sus días junto a Rendic.

—Él me acepta como soy, sin preguntas ni necesidad de reinventar el pasado. Y eso es algo que nunca tuve. Lo supe mientras Camargo me golpeaba.

Changa no se atrevió a interrumpir la confesión de Martina. Después de tantos años, podía escuchar sus secretos y comprenderla, aunque no fuera más que con su silencio.

Al despedirse, ella escribió una nota y se la entregó envuelta en un pañuelo. Changa la guardó y siguiendo las instrucciones de Martina, salió de la casa a través del pasillo que conducía a un patio interior.

—¿Novedades? —preguntó Rendic, mientras entre sus dedos moldeaba un trompo con las migas desperdigadas sobre la mesa.

—Nada, salvo la carta —dijo Changa desviando la mirada hacia un rincón en el suelo.

Rendic hizo girar el trompo de migas y cuando éste se detuvo junto a un vaso, lo apachurró entre sus dedos. Luego leyó la carta y se mantuvo pensativo un largo rato.

—Usted no debería estar aquí. Es arriesgado —agregó Changa al ver que el croata tardaba en reaccionar.

—En estos últimos días, todos dicen que estoy en el lugar equivocado. Arteaga, Dyck, Martina y ahora tú. Lo peor es que tienen razón. Es tiempo que piense en irme de la ciudad.

La idea de abandonar Punta Arenas inquietó a Changa. ¿Debía acompañar a Rendic? ¿Abandonar Punta Arenas? No tenía otro lugar a donde ir. Desde niño, los rincones de la ciudad habían sido su único hogar. Pasaba horas enteras viendo los carros o atento a las actividades de los vecinos. Y cuando había estado en el asilo de los salesianos, esperaba ansioso el recorrido que cada mañana hacía el panadero italiano. El hombre iba de puerta en puerta con un canasto repleto de colisas y chocosos bajo el brazo. Tenía un carro tirado por un caballo blanco al que llamaba con un chiflido. El caballo se acercaba mansamente y el italiano volvía a cargar su canasto, en una labor que repetía por todas las calles del barrio. También le entretenía el voceo de los pescadores o del vendedor de menudencias. Y en ocasiones, miraba absorto el paso ceremonioso de la carroza del cementerio municipal, arrastrada por cuatro caballos negros que llevaban cubiertas sus cabezas con penachos rojos.

—Voy con usted —se apresuró a decir.

—Es más difícil huir de a dos. Además, si sigues a mi lado vas a terminar con un balazo en la espalda.

—¿Dos? ¿Y la señorita Martina?

—Dudo que ella quiera acompañarme. En su carta me dice que deje la ciudad.

—No la puede abandonar, patrón.

—¿Por qué no?

Changa llenó un tazón con café y ocupó una silla frente a Rendic.

—¿Piensas que sería una traición?

La respuesta de Changa fue interrumpida por los golpes que alguien daba en la puerta principal de la casa. Los dos hombres aguardaron a que los golpes se repitieran y recién entonces Changa salió de la cocina y corrió a mirar a través de la ventana que daba a la calle.

—Es Arteaga. Y viene solo —dijo.

—Abre —ordenó Rendic, al tiempo que buscaba en el dormitorio la pistola que le había dado Weymann. Guardó el arma en su cinturón y entreabriendo la puerta de la habitación quedó a la expectativa de lo que ocurría en la entrada de la casa. Al rato escuchó unos pasos y reconoció la voz del policía.

—Nadie sabe dónde se encuentra —oyó decir a Arteaga—. Desapareció de la casa de Seferino justo cuando los hombres de Camargo iban en su búsqueda. Tuvo

suerte o alguien lo ayudó. ¿Tú no lo habrás ayudado? ¿O se encuentra en esta casa?

Rendic escuchó las palabras de Arteaga y vio a Changa caminar por la habitación sin saber muy bien qué hacer. Decidió salir de su escondite.

—No necesitas mentir, Changa —dijo Rendic apuntando al policía—. Y a usted, Arteaga, más le vale no intentar nada extraño.

—Vine a ayudarlo —dijo Arteaga.

—¿Igual que Seferino?

—No consideré que Camargo ofreciera una recompensa por usted. Al viejo lo ganó la ambición.

—¿Por qué tendría que creerle de nuevo?

—¿Tiene otra alternativa? Voy a sacarlo de Punta Arenas. Se lo prometí a los alemanes y ellos serán generosos si lo hago. Después de la batalla en las islas Malvinas la información que necesitan desde Punta Arenas es mínima. Tampoco requieren una red de espionaje. La que existía se mantenía por insistencia de Weymann, pero muerto él, ya no existe el mismo interés. Y eso no es todo, Klein y Dyck sacan sus propias cuentas. La guerra pasará y probablemente ellos sean derrotados. Pero sus negocios están en Punta Arenas y desean protegerlos. Mal que mal, a la larga tendrán tratos con los ingleses y necesitarán el servicio de sus barcos.

—¿Y el Bremen?

—Saldrá pronto de los canales y pasará a ser un recuerdo. El resto, lo que realmente importa a los alemanes que viven en Punta Arenas es volver a la tranquilidad que existía antes de la guerra. Y para eso, en estos momentos necesitan entregar a un responsable que sea aceptado por las autoridades chilenas y los ingleses. No quieren arriesgar la permanencia del consulado ni la de sus negocios. Y usted es el personaje ideal para cargar con las culpas. Un extraño al que apenas conocen y al que nadie importa si desaparece o no.

Rendic acomodó la pistola en el cinturón, dio unos pasos y con un gesto resignado pidió algo de beber a Changa.

—¿Qué propone? —preguntó.

—Tengo un día para ayudarlo a cumplir las instrucciones de Dyck. Los alemanes lo entregaran al enemigo si usted no acepta mi ayuda.

—Es difícil salir de la ciudad. No sé navegar y por tierra la única alternativa es cruzar la frontera. Y en ese caso, seguro que Camargo me atrapa antes de llegar a Puerto Natales.

—Tengo un plan que ofrecerle, Rendic. Diré que usted escapó a la Argentina. Es el camino más a la mano que tienen los fugitivos. Camargo enviará una patrulla en su búsqueda y mientras eso ocurra, se esconderá unos días y luego embarcará en un vapor.

—¿Y si no acepto?

—Ya se lo dije. Sus amigos alemanes no están dispuestos a dejar ningún hilo suelto.

Arteaga no esperó la respuesta de Rendic. Observó un instante a través de una ventana y salió a la calle al encuentro de Ugarte y Zenón, los dos policías que esa noche vigilaban la casa. Rendic vio que los saludaba familiarmente y les ofrecía cigarrillos. Desde su llegada a Punta Arenas y después de aceptar que su regreso a Santiago demandaría más tiempo de lo esperado, Arteaga se empeñaba en ganar la confianza de los subalternos, que seguían las órdenes de Camargo con más miedo que respeto. Sabía que en algún momento ello jugaría a favor de su plan para arrebatarse el mando de la unidad policial. Por eso los invitaba a recorrer las cantinas del puerto, donde después de varias copas los hombres daban paso a confidencias que le permitían conocer sus rencores y algunos antecedentes relacionados con los negocios de Camargo.

En el recorrido de un par de cuadras compartió un cigarrillo con los policías y cuando estuvo seguro que ellos no volverían a montar guardia frente a la casa de Rendic, se despidió pretextando tener que asistir a una recepción que ofrecían a la tripulación del crucero Carnavon. La nave había llegado al puerto dos días atrás y estaba en desarrollo el habitual programa de festejos, competencias deportivas y retretas que el consulado inglés organizaba cada vez que uno de sus barcos arribaba al puerto.

La excusa era creíble, ya que Camargo había delegado en Arteaga las actividades de representación a las que debía asistir. Tosco y de ademanes bruscos, Camargo desentonaba en las fiestas sociales. Los invitados lo hacían a un lado y terminaba bebiendo más de la cuenta, mientras miraba con lascivia a las empingorotadas mujeres de los comerciantes. Su mundo eran las tabernas o los prostíbulos, a los que entraba con la seguridad que le daban sus modales rudos y la manera de pedir las copas golpeando sobre los mesones para imponer su ley entre los parroquianos.

Arteaga esperó a que los policías se alejaran y rehízo el camino hacia la casa. Deseaba ayudar a Rendic para que Camargo fracasara. La fuga del espía y los reiterados viajes de Strecker habían hecho quejarse a los ingleses del trabajo policial y en la gobernación comenzaban a dudar de la eficiencia de Camargo.

Rendic y Changa lo esperaban en la casa. Lo habían visto conversar con los policías, especulando con la posibilidad de otra traición. Si eso ocurría, Changa, armado con la pistola de Rendic, estaba dispuesto a cubrir la entrada de la casa mientras el croata huía por el patio trasero.

—El camino está libre —dijo Arteaga apenas entró a la casa—. Nadie vigilará hasta el amanecer y podremos seguir adelante con el plan. Mientras arriba un vapor que le sirva, esperará en la casa de un paisano suyo. Le dije que usted está por salir hacia la isla Tierra del Fuego y necesita alojamiento durante unos días.

—¿Podemos confiar en él?

—Franulic es hombre de trabajo y no tiene ninguna posibilidad de conocer a Camargo o a sus hombres. Hace poco lo ayudé a enfrentar a un polaco que quiso engañarlo con la venta de unos animales robados. Atrapé al polaco gastando el dinero

en un bar de la calle Errázuriz. Después de una noche en el calabozo hizo memoria y reconoció la falta. Franulic quedó agradecido.

—Voy con usted —dijo Changa, dirigiéndose a Rendic.

—Hay lugar para una sola persona. Además, mañana volverán los vigilantes y no es conveniente que vean la casa deshabitada —intervino Arteaga.

—Tiene razón —comentó Rendic.

—Usted ordena, patrón —concedió Changa, de mala gana.

—Anda a la casa de Martina y cuéntale lo que sucede.

Llegaron a la casa de Franulic cuando éste y su familia cenaban alrededor de una tosca mesa de madera. Arteaga presentó a Rendic, pidió un vaso de agua y se despidió luego de hacer algunos comentarios sin importancia acerca del clima y la faena de esquila en la que pensaba trabajar el dueño de casa durante el verano. Rendic tomó una silla y se acomodó en ella, junto a una esquina de la mesa. La mujer de Franulic lo miró con desconfianza, y Rendic pensó que debía ganarse su amistad o de lo contrario podía correr riesgos similares a los vividos en la casa del viejo Seferino. Dos niños, rubios y flacos, cuchareaban en silencio el contenido de sus hondos platos de sopa y se daban de codazos cada vez que uno de ellos distraía su atención de la comida.

Franulic observó a su esposa y luego a Rendic. Parecía querer decir algo y estudiaba la forma de hacerlo sin violar la disciplina que imponía la mujer. Cogió una botella de vidrio azulino, llenó dos copas de vino y dejó vagar su mirada por la habitación, como si estuviera interesado en ubicar algún objeto perdido.

Rendic tomó una de las copas y la retuvo entre sus manos unos segundos antes de probar el vino.

—¿Llevan mucho tiempo en Punta Arenas? —preguntó.

—Tres años. Somos de Päg. No podemos quejamos. Hay trabajo, tenemos pan y los niños crecen fuertes y sanos.

—El pan cuesta más de lo que dicen tus palabras —comentó la mujer.

—Quiero traer a la esposa que dejé en Brac —mintió Rendic.

—Hágalo cuanto antes. Si algo hay en esta tierra, es futuro. Si uno ahorra y cose ventanas, todo anda bien.

—¿Ventanas? —preguntó Rendic.

—¡No lo sabe! —exclamó Franulic al tiempo que mostraba los parches que cubrían sus pantalones—. Una ventana, una casa. Claro que por ahora solo tengo los parches.

El relato de Franulic se ajustaba a los deseos de muchos de sus paisanos. Pero él no estaba hecho para los rigores de la pobreza ni para trabajar de cara al viento o hundido hasta las rodillas en el lodo, como lo hacían los croatas que empedraban las calles, construían los puentes que cruzaban el río de Las Minas o laboraban en los astilleros ubicados al sur de la ciudad. Punta Arenas era un destino accidental y Martina, lo inesperado. Ninguna esposa lo aguardaba en Brac ni existía una mujer a la cual comprar pasajes como hacían otros, incluso, con la sola referencia de una foto o una mala descripción.

—Dormirá con los niños —escuchó decir a la mujer—. He puesto un colchón y algunas frazadas. No es cómodo, pero está limpio.

—Confío que la semana se hará corta.

—Queremos ayudarlo —dijo Franulic.

Reconoció la sinceridad en las palabras del dueño de casa y un asomo de inquietud en el rostro de la mujer que se volvió a mirarlo y luego inició el lavado de los platos en una palangana rebosante de lavazas.

—¿Una copita de rakia y algunas persuratas? —preguntó Franulic, amistoso.

—Las persuratas se acabaron en la mañana —intervino la mujer—. Y para emborracharte puedes esperar una mejor ocasión.

Franulic movió sus hombros, resignado.

Más tarde, acostado junto a la cama de los niños, Rendic escuchó el murmullo que llegaba desde el dormitorio de los dueños de casa. La mujer hablaba en lengua croata y aunque procuraba hacerlo en voz baja, el enojo la traicionaba y él podía oír los reproches que hacía a Franulic. Miró a su alrededor y tuvo la impresión de que los niños también lo observaban. Una sensación pasajera que se borró al comprobar la tranquila respiración de los pequeños que dormían apretujados en una sola cama.

Creó escuchar ruidos sobre el techo o el ladrido de los perros que correteaban en el patio de la casa, pero al ver los rostros serenos de los niños, pensó que el sobresalto solo era producto de su imaginación. Recordó un sueño antiguo. Estaba atado en algún sitio impreciso y unas palomas se posaban en su pecho y le picoteaban los ojos. Su cuerpo se cubría de plumas hediondas y apolilladas. Trataba de espantar las aves, pero sus movimientos resultaban inútiles y el olor desagradable de las plumas aumentaba a cada instante. Quiso interpretar las imágenes de las palomas. Se acordó de su madre, que orientaba gran parte de sus actos en función de las pesadillas propias o ajenas. Decía que los sueños anticipaban el futuro y que por eso en la antigüedad los reyes consultaban al oráculo antes de emprender batallas o adoptar decisiones importantes. Soñar con palomas era un anuncio de muerte, pensó que habría dicho su madre que tenía una aversión singular hacia las aves, incluso aquellas inofensivas que criaba en la casa, y a las que nunca alimentaba por temor a los espíritus que anidaban entre sus plumas. Con una sonrisa recordó otra de las aversiones de su madre. Nunca se dejó retratar. Ni siquiera el día de su matrimonio ni cuando, en cierta ocasión, llegó un fotógrafo al pueblo y el alcalde pagó de su bolsillo el retrato de los vecinos que deseaban posar para el artista.

Por la mañana despertó aguijoneado por la luz que entraba a través de la ventana. Recordó el sueño de las palomas y deseó volver a su infancia, a esas noches en que ahuyentaba los temores ocultándose bajo las frazadas de su cama o corriendo por la playa. Recordó la charla nocturna sostenida por Franulic y su mujer, y pensó que no podía quedarse mucho tiempo en la casa. Con Serafino la suerte lo había acompañado, pero nada le aseguraba seguir contando con ella. Era lógico que a la mujer no le agradara la presencia de un extraño en su casa o tal vez ella intuía que no era real la historia inventada por Arteaga. ¿Y Franulic? ¿Qué pensaba Franulic? El inmigrante trabajaba de sol a sol, y aunque su presencia le podía dar la oportunidad de beber unas copas, era evidente que no quería complicaciones con su mujer. Seguramente, en algún momento del día, le contaría sus penurias y luego le diría que

una semana en su casa era mucho tiempo. Recordó que Dyck lo había enviado a la pensión de Bonacic, pero desconfiaba del posadero y de sus tratos con los alemanes.

Se estiró dentro de la cama y pensó que había olvidado la regla que le enseñara Müller durante su instrucción: preparar los detalles para un escape imprevisto. Eso, según el alemán, significaba contar con casas de emergencias, medios de transportes y un conocimiento adecuado de los caminos. Pero también había olvidado una segunda regla: no involucrarse sentimentalmente con nadie. En un espía no cabe un corazón tierno, había dicho Müller mientras bebían cerveza en una taberna, bajo los árboles frondosos de la avenida Under der Linder, en Berlín. Eran las primeras semanas de la guerra y desde Inglaterra llegaban noticias que daban cuenta del descalabro del espionaje alemán en ese país. Müller le habló de Karl Lody, un agente que operaba en Londres a comienzos del año 1910, desde una barbería instalada en un barrio obrero. Al año siguiente, Lody empezó a recibir las visitas de un agregado militar alemán. Un hecho aparentemente insignificante que llamó la atención del contraespionaje inglés. No era normal que un funcionario diplomático cortara sus cabellos en una barbería de segunda categoría. Los ingleses vigilaron al barbero y terminaron por descubrir el funcionamiento de una oficina de correo y coordinación de agentes. Dejaron que Lody hiciera su trabajo, y al inicio de la guerra intervinieron la red que orquestaba el descuidado espía alemán.

Escuchó el ruido que hacía Franulic al levantarse y salir al patio de la casa. Aguardó unos minutos y fue al encuentro de su anfitrión que se aseaba con la ayuda de una palangana y un trozo de toalla que frotaba enérgicamente sobre su torso desnudo. Lo saludó con una sonrisa. Rendic esperó a que el inmigrante terminara su aseo y luego lo siguió hasta la cocina. Franulic preparó café y sirvió en una fuente algunos trozos de pan y carne hervida. Los dos hombres se sentaron a la mesa y Rendic notó que el dueño de casa evitaba mirarlo a los ojos, mientras conversaba de asuntos sin importancia, como la cantidad de nubes en el cielo o el tamaño de las papas en la última cosecha.

—Las mujeres son complicadas —dijo finalmente Franulic.

—No necesita explicar nada —dijo Rendic—. Buscaré otro hospedaje.

Acompañó a Franulic hasta la curtiembre donde éste trabajaba clasificando cueros de ovejas. Una vez que se despidieron, Rendic siguió caminando por los alrededores hasta llegar a las orillas del río de Las Minas, donde algunos hombres persistían en hallar los últimos residuos de ese oro que, pocos años atrás, había despertado la ambición de muchos aventureros. Un equívoco originado en los primeros hallazgos que había realizado un francés de apellido Levinière, quien luego de encontrar un par de bolsas con oro puro, viajó a Buenos Aires, donde diseminó la noticia entre las oleadas de emigrantes que llegaban hasta las márgenes del Río de la Plata. Solo que el oro magallánico fue tan fugaz como el sol que calentaba la pampa patagónica y no pasó mucho tiempo hasta que los exploradores descubrieron la verdad del efímero hallazgo del francés.

Cansado de vagar por los alrededores, y luego de pensar en una solución a su problema, Rendic se dirigió a la Casa Rosada. Era arriesgado, pero necesitaba ver a Martina y contactarse con Changa para iniciar un plan diferente al indicado por Arteaga. Si ella estaba de acuerdo, llegarían hasta los alrededores del Fuerte Bulnes y en ese punto abordarían alguna de las goletas de cabotaje que viajaban a Puerto Montt y se detenían a proveerse de las últimas barricas de agua fresca.

Llegó al prostíbulo cuando éste aún no vivía su agitación de cada noche. Estuvo un momento vigilando la entrada principal de la casona y enseguida buscó un acceso por el patio, desde donde le fue fácil llegar a la habitación de Martina. Nadie lo vio entrar ni subir la escalera. Las pupilas estaban encerradas en sus habitaciones y Vicente, el portero, dormitaba en uno de los mullidos sillones del salón.

Sorprendió a Martina mirando hacia la calle, como si hubiera estado aguardando la llegada de alguien.

—¿Quién? —preguntó, sin reconocerlo.

Rendic la abrazó. Ella sonrió y lo besó en los labios. En sus ojos había temor e incredulidad por su inesperada presencia. Sin decirse nada comenzaron a acariciarse y solo cuando estuvieron desnudos y agotados, se atrevieron a expresar aquellas palabras que cada cual reservaba para el otro. Rendic pensó que la cercanía de Martina lo transportaba a un espacio donde ella dejaba de ser la seductora implacable y se convertía en la muchacha frágil que vibraba hasta con la más leve de sus caricias.

—Necesitaba verte —dijo Rendic y enseguida narró lo sucedido durante los últimos días—. No tengo dónde ir. Las puertas se cierran y esta ciudad es muy pequeña para ocultarse por mucho tiempo. He pensado en huir a Puerto Montt y quiero que tú viajes conmigo.

Martina se apartó de su lado y lo miró distante.

—¿Qué sucede? —preguntó Rendic.

—Hemos conversado sobre eso en otras ocasiones. No quiero abandonar esta casa y empezar todo de nuevo.

—Sería por un tiempo, hasta que acabe la guerra.

—El problema es Camargo, no la guerra.

—Seremos más astutos que él.

—Tengo miedo de enojar a Camargo y que después me abandones.

—¿Por qué crees que estoy aquí?

Cuando más tarde dejó a Martina, estaban de acuerdo en reunirse en dos días más para viajar hasta Fuerte Bulnes. Ella y Changa ordenarían las cosas que necesitaban para el viaje y Rendic buscaría a Strecker para que lo ayudara a encontrar un escondite provisorio.

A solas, y mientras sacaba de una cómoda la ropa que usaría esa noche, Martina volvió a sentir miedo de abandonar la casa y confiar ciegamente en Rendic. Pensó que las dudas acabarían apenas volviera a estar de nuevo con él, y luego de vestirse bajó al salón dispuesta a conversar con Mansilla acerca de su partida. Sin embargo,

antes de ubicar al dueño del prostíbulo, encontró al policía Arteaga, quien, sin darle ninguna explicación, la condujo hasta un rincón apartado del salón, lejos de la curiosidad de las otras mujeres.

—¿Rendic vino a verla? —preguntó el policía.

Martina negó con la cabeza y trató de alejarse de Arteaga.

—Lo vi salir y quiero conocer sus planes. Quiero saber si está dispuesto a ser razonable. Dejó la casa donde estaba escondido. Dígale que regrese, o de lo contrario no podrá seguir contando con mi ayuda.

—Dígaselo usted. Yo no volveré a verlo.

26

Las primeras sombras de la noche caían sobre el muelle. Un viento suave agitaba los velámenes y barría las cubiertas de las embarcaciones. Por la tarde habían arribado varios vapores y los estibadores se apuraban en realizar las faenas de carga y descarga de las embarcaciones. A la salida del muelle se confundían las carretas que portaban las mercaderías provenientes de Europa y otros puntos aún más remotos. Los conductores de los carros gritaban a las bestias de tiro, incitándolas a desplegar todas sus fuerzas en el acarreo de sacos, toneles y cajones. Los látigos saltaban de un lomo a otro y a ratos se oían los relinchos de los caballos que se entorpecían al avanzar. Junto a cada conductor viajaba un peón provisto de una antorcha que se agitaba con el viento y los saltos de las carretas.

Un lanchón de cuatro remos hacía esfuerzos por acercarse al muelle. En su interior, una docena de pasajeros trataba de equilibrarse sin perder de vista sus bultos y maletas. Cuando el lanchón estuvo cerca, uno de los marineros ató un cabo al molo de atraque y ayudado por un gancho estabilizó la nave para que sus maltratados ocupantes descendieran.

Rendic avanzó por el muelle y logró pasar inadvertido frente a la pareja de guardias que vigilaban las faenas, atentos al movimiento de los rateros que entraban a robar en las bodegas de las embarcaciones. Junto a un remolcador de formas chatas y redondas, reconoció el cúter de Strecker y saltó sobre su cubierta. Guardó silencio esperando descubrir algún movimiento al interior de la nave y luego de unos segundos dio tres pasos y quedó frente a una puerta que tenía una cerradura mohosa. Empujó la puerta y ésta se abrió con un penoso crujir de bisagras. Nadie en el muelle se percató de lo ocurrido, y una vez dentro de la bodega del cúter, y sin deseos de

seguir batallando por ese día, dejó caer su cuerpo agotado sobre el camastro que había ocupado en el viaje realizado con Strecker para socorrer al Bremen. Mientras encendía una pequeña lámpara a parafina, pensó en la conversación con Martina y en su conformidad con el plan que él le había propuesto. Después hojeó la Biblia de Strecker y se quedó dormido, acompañado por el ruido de las olas que golpeaban con suavidad los costados de la embarcación. Un sueño breve que fue interrumpido por el ruido de unos pasos a la entrada de la bodega. Trató de reaccionar, pero antes de intentar el primer movimiento vio el revólver y la mirada agresiva de alguien que trataba de identificarlo. Reconoció a Strecker y lo llamó por su nombre.

—¿Qué carajo hace en mi cúter? —preguntó el marino, sorprendido—. ¡Pude dispararle!

—Necesitaba un lugar donde dormir.

—Todo el mundo lo busca. Camargo, Dyck, Arteaga. Hasta el chilote que vive con usted anda haciendo preguntas por los bares.

—Disculpe, no quiero complicarlo con mi presencia.

—Pierda cuidado —contestó Strecker, mientras ocupaba un pequeño taburete junto al camastro—. Vine al cúter para revisar sus amarras y porque acordé reunirme con Schindling.

—Schindling estaba en el Bremen. ¿Qué pasó con el crucero?

—Fue hundido frente a la Isla de Más a Tierra. Ocurrió de manera imprevista. El capitán Lüdecke decidió llenar las bodegas de leña y partir hacia el norte. El crucero llevaba sus máquinas en mal estado y se detuvo en Chiloé para reparar las averías.

—Su relato va muy rápido —interrumpió Rendic.

—¿Qué más da? Es el fin de un trabajo inútil —dijo Strecker, al tiempo que sacaba de su chaquetón una petaca que se llevó a los labios de inmediato—. En su ruta al norte el Bremen tropezó con un velero inglés y lo tomó por asalto. Consiguieron alimentos y agua fresca. Después la mar embraveció, cayó neblina y una hora más tarde, al despejar, se encontró frente a frente con el crucero inglés Kent. Lüdecke estaba dispuesto a combatir, pero sucedió algo extraño. Los ingleses creyeron que era un buque chileno y lo dejaron seguir de largo. Sin embargo, el equívoco duró solo unas horas y cuando el Kent se dio cuenta del error inició la persecución del Bremen que ya había alcanzado la bahía Cumberland frente a la Isla Más a Tierra. Lüdecke envió a tierra a un oficial con la misión de obtener permiso para recalar en la bahía, y la gobernación marítima dio una autorización de quince horas.

Strecker hizo una pausa en el relato y bebió otro trago de la petaca.

—Schindling abandonó el crucero junto al oficial —agregó Strecker—. Tenía la orden de regresar a Punta Arenas y antes de hacerlo fue testigo de la última batalla del Bremen, el cual, de amanecida, fue rodeado por dos cruceros enemigos. Hubo un intercambio de proyectiles y nuestra nave sacó la peor parte. Los ingleses solicitaron la rendición del Bremen o su salida a mar abierta. Lüdecke trató de obtener la

protección de las autoridades chilenas y fue inútil. Envió a dos oficiales a parlamentar con los ingleses y aprovechó ese tiempo para colocar explosivos en la bodega. El Bremen se hundió antes de ser abordado por los ingleses.

—Lo siento —comentó Rendic—. Supongo que usted esperaba que llegara hasta Alemania.

—Faltó un poco de fortuna. Pero al menos, la mayoría de los marinos se salvaron. Lüdecke ordenó abandonar el crucero, y lo último que supo Schindling fue que los sobrevivientes estaban alojados en casas de unos colonos alemanes.

—¿Y para qué se va a reunir con Schindling?

—La guerra acabó para nosotros. Haremos un viaje hasta Puerto Edén para comprar pieles de lobos marinos y enseguida volveremos a la rutina de los cabotajes.

—Por fortuna usted cuenta con una salida.

—¿Quién sabe? —se preguntó a sí mismo Strecker y luego agregó—: Hablé de su situación con Dyck y no estoy de acuerdo en que usted huya a la Argentina.

—Tengo mi propio plan —dijo Rendic.

—Si quiere lo llevo a los canales. Puede permanecer un tiempo en alguna isla y después regresar. No sería el primer loco que se refugia en la soledad de esos parajes.

—No estoy solo.

—¿Piensa viajar con esa mujer? —preguntó Strecker, al tiempo que movía la cabeza con evidente desaliento.

27

Martina se mira en el espejo ovalado y no termina de aceptar lo que sucede. Piensa que está dentro del juego fugaz de una pesadilla y que pronto, cuando el sol asome por la ventana, entrará a su habitación la muchacha que cada mañana le trae su desayuno. Afuera cae la nieve, dulce y plácida, cubriendo las miserias del barrio y las huellas de los carromatos que han pasado por la calle durante el día. Pero siempre nieva en Punta Arenas y lo que en verdad la conmueve es el rayo de luz que rebota en el espejo y parece detenerse en el mechón de cabello que se desliza sobre su rostro, como si con eso lo inevitable se borrara y por un momento volviera a ser la muchacha de sonrisa fácil que compartía las horas de ocio con las otras mujeres, al calor de las anécdotas que se turnaban en contar y que invariablemente les hacía imaginar la llegada de un apuesto príncipe encantado. Se mira al espejo y no lo comprende. Como en otra época, colorea sus dedos con pintura roja e intenta dibujar en sus labios

una forma de sonrisa. Luego pasa una y otra vez el peine por sus cabellos hasta que los siente lisos, leves, como las alas del colibrí enjaulado que un amante de su madre le trajo. Tiene los ojos llorosos y con un pañuelo borra la humedad alojada bajo sus párpados. Recuerda haber llorado pero no sabe el motivo ni cuando. Piensa en su madre y la ve alejarse hasta que su imagen desaparece y solo su rostro permanece fiel en el espejo.

Changa la mira desde un rincón del cuarto. Acaricia la huella grisácea de la sombra que la rodea y sigue sus movimientos dispuesto a cumplir con los encargos que a ella se le antojen. A Martina no le importa ni le incomoda. Está acostumbrada a su presencia silenciosa, al brillo de sus ojos que al comienzo la inquietaba y finalmente se le hizo necesario para no sentirse tan triste frente al espejo de cada mañana, apenas la luz entra al cuarto y escucha los primeros movimientos de la casona. Mira al chilote y en su rostro moreno descubre algo que los iguala. Esa huella que él resiste y que a ella le ha hecho concebir un futuro de penurias. Han pasado algunas horas y en el aire se respira la llegada del nuevo invierno. El chilote le ha contado de la nieve anticipada que desborda el río Las Minas y quema los sembradíos. Y ella ha mostrado interés, moviendo su cabeza lentamente para que los cabellos que ocultan su rostro no se deslicen, inoportunos y desgarradores.

Changa la mira y contiene el deseo de cubrirla con sus brazos, de acariciarla de un modo que ignora, pero que durante años ha intuido, recreando la gracia de ese cuerpo que ha visto muchas noches bailar en el salón, ágil, liviano, deseado por otros hombres más afortunados que él. Recuerda el instante en que la encontró recogida sobre la cama, con sus ojos cerrados, negándose a recomponer los objetos de la pieza, a escuchar sus palabras o de acercarse a los espejos que más tarde, a gritos, ordenó sacar de la pieza. Todos los espejos, menos el ovalado del peinador que parece tener una luz propia, interior, que le permite ver con mayor tranquilidad cada espacio de su piel. Recuerda que solo ha salido de la pieza para cumplir los encargos de Martina y que incluso cuando ella duerme, permanece a su lado, atento a los ruidos que llegan del salón o a los pasos que se detienen frente a la puerta. Al igual que ella, espera que esos pasos sean de Rendic y en su memoria reconstruye el andar pesado del croata.

Martina se mira y el dolor le nace de algún lugar de sus huesos o de la sangre, si es posible. Un dolor que ya no es físico. Un sentimiento adherido a su rostro; imborrable.

Revive el instante de la furia y la navaja. Esa sonrisa cruel de Camargo que ya una noche contemplara sin atreverse a resistir su boca hedionda a tabaco y alcohol. A muertes, como se dijo la primera vez que lo vio salir de su pieza con la promesa de volver a cobrar la deuda que ella, sujeta al pasado, no podía revertir. Lo ve entrar una y otra vez, gordo, desmesurado, con su barba que hiere su piel y sus manos incapaces de construir una caricia. Está sola, a pesar de la presencia de Changa, que vierte agua en una tetera y le sirve el té que la noche anterior le regaló una de las mujeres, antes de marcharse para siempre de la casona. Un té dulzón, claro, como esas mañanas que

ya no la verán atravesar la Plaza de Armas para rezar en un rincón de la Iglesia Matriz, oculta del reproche de las beatas que la observan desde lejos para reconocer en ella la marca que la distingue y les roba el deseo de sus maridos. Nunca más esa caminata distraída hacia el encuentro del Padre Simón que la espera una vez a la semana y que después de escucharla en silencio le aconseja el Ave María de rigor junto a la imagen de una virgen rodeada de cirios y flores de papel. Recuerda una pieza en Santiago que tenía las paredes tapizadas con figuras de parejas desnudas, abrazadas de unas formas extrañas que solo más tarde asoció al placer que los primeros hombres buscaron en su piel transparente. Dibujos con los que se durmió aquellas primeras noches lejos de su madre, arrullada por las risillas de Aurelia, la prostituta que la adoptó cuando quedó sola. Al igual que entonces, no tiene a quién recurrir. Ha cerrado la puerta de su habitación luego de advertir a Changa que no permita entrar a las otras pupilas. No quiere verse reflejada en sus ojos ni dar motivos para que ellas las nombren a sus clientes, con pena al comienzo, y luego burlonas y amargas. Rememora el nombre de Luisa, una muchacha que conoció en una de sus primeras casas en Santiago. Tenía un ojo güero y sus compañeras se reían en su cara, cuando se unía a los parroquianos más ebrios o a las caricias burdas de un sacristán jorobado que llegaba a verla con el dinero que robaba de la limosna dominical. Martina desliza dos dedos suaves por su rostro, esperando que un poder mágico restituya la suavidad de sus mejillas. Piensa que nada es verdad. Que se aleja del dolor y vuelve a ser la desconocida que desciende del vapor que la trae hasta Punta Arenas, al sur del olvido. Como entonces, ve volar su sombrilla por los aires y corre hasta tropezar con un guardia del puerto que la mira y sale tras el objeto desusado que cae en un remolino de aguas sucias. Piensa que alguna vez recuperó ese recuerdo junto a Rendic y que ambos rieron al reconocer que sus primeros pasos en la ciudad habían estado unidos por un mismo destino de pérdida y protesta.

Y de pronto vuelve a la realidad del cuarto. A las sombras que se apropian de los adornos y del espejo que refleja sus heridas. Siente la mirada de Changa y le pide que se acerque. Que la cubra en un abrazo que el chilote acomete con torpeza. Por un segundo piensa en Rendic y une los labios de Changa con los suyos. Un gesto breve que hace apartar al chilote de su lado y la devuelve a la mirada de Camargo, al odio que brotó del policía después de sus reiterados silencios. El tiempo se detiene. Lo ve empuñar la navaja y agita sus brazos buscando protección. La hoja se hunde rápida en sus mejillas y algo espeso que se aproxima a sus labios le impide retener las palabras del policía que la llama puta sarnosa, antes de salir de la pieza y azotar la puerta con un adiós definitivo.

Changa recorre con dedos tiernos las heridas sin cicatrizar. Todo vuelve al comienzo, al instante en que el chilote irrumpió en la pieza y la encontró tendida sobre la cama, sangrando, oscurecida para siempre entre las cuatro paredes de esa casa que deseaba abandonar junto al hombre que extraña y no está a su lado.

Conversaron hasta el amanecer y luego el marino abandonó el cúter con la intención de buscar comida. El trajín del muelle había disminuido y a través de la claraboya se veían las primeras embarcaciones que regresaban de la pesca nocturna. Rendic se hizo el propósito de actuar como Strecker y no inquietarse por su nuevo destino. Las cosas hay que vivirlas como vienen, sin drama, había dicho el alemán después de contarle el fin del Bremen; y si todo resultaba bien, en una semana estaría en Puerto Montt, lejos de las preocupaciones de las últimas semanas.

El acompasado vaivén del cúter lo adormeció hasta el regreso de Strecker. En una cambucha de papel traía carne asada, dos chocosos y una botella de vino tinto. Mientras el marino contaba otros antecedentes del hundimiento del crucero, Rendic comió hasta sentirse satisfecho. Schindling, el amigo de Strecker, había sido testigo del silencio que embargó a los tripulantes del Bremen cuando desde la costa vieron desaparecer al crucero en las aguas tranquilas de la bahía. Después, se hizo el recuento de las bajas y dos oficiales heridos fueron embarcados en un vapor para su traslado al Hospital de Valparaíso.

La noticia del hundimiento fue recibida con alegría por los británicos residentes en Punta Arenas. En las cantinas, los marinos brindaban a la salud del rey y sus cánticos festivos apartaban de los mesones a quienes no compartían el mismo entusiasmo. El destino del Bremen se asociaba al fin de una guerra que al menos para los magallánicos, volvía a estar lejana, apenas percibida a través de las noticias que publicaban los diarios o en el repiquetear incesante del telégrafo.

—No hay una cantina donde se pueda beber en paz —agregó Strecker con desconsuelo—. En todas brindan por los ingleses y nuestra derrota.

—La suerte nos dio vuelta la espalda —dijo Rendic, intentando una sonrisa que apenas se esbozó en sus labios.

—Para el dolor no hay nada que iguale al mar. Suave, acogedor, comprensivo. Duro, chúcaro, indomable.

—Eso más parece la descripción de una mujer.

—¡Piénselo, Rendic! Aún es tiempo de levar anclas e irnos a recorrer los canales.

—Olvídelo, Strecker. Mi destino está en Punta Arenas.

—Hombre porfiado. ¿Qué va a ganar con eso?

—Vivir de acuerdo a mis deseos.

Strecker abandonó el cúter poco antes del mediodía. Solo una vez más, Rendic dudó de la conveniencia de sus próximos pasos. Huir con Martina o enfrentar a Camargo y a los ingleses que desearían conocer los detalles de su trabajo. Las dos caras de una decisión en nada diferente a la que tomó el día que escapara de su pueblo o de la que le había hecho aceptar el trabajo de Müller. Al igual que el cúter de Strecker, era capaz de ir a un lado u otro, según la voluntad del mar o de quien estuviera en su timón. Y en esa indecisión, esperaba que algo o alguien le confirmara

el próximo paso a seguir, dudando de todo, incluso de las palabras que había empleado para convencer a Martina.

Cogió la botella de vino y bebió un trago. Afuera crecían los gritos de los peones y el ruido de las carretas. Por unos minutos observó el trabajo y vio a una cuadrilla de estibadores que, simulando un accidente, lanzaban al suelo el tonel que transportaban en una de las carretas. El vino rojo comenzó a caer y los peones empezaron a beber usando sus manos a modo de improvisados cuencos. El chorro púrpura rodeó al carro y de inmediato apareció un capataz que ordenó levantar el tonel. Los peones obedecieron de mala gana y pronto el muelle retomó la normalidad de sus faenas.

Después se recostó en el camastro y no tuvo conciencia del sueño hasta que volvió a despertar con el ruido de unos pasos sobre la cubierta. Alguien que no era Strecker parecía avanzar a tientas, inseguro del espacio que recorría. Se puso de pie en el momento que Changa entraba a la cabina, sin portar las cosas que debía haber reunido para el viaje.

Sin decir nada, Changa sacó de su abrigo una botella de aguardiente.

—Es muy temprano para beber.

—Pensé que la necesitaría, patrón.

—¿Cómo está Martina? —preguntó Rendic.

—Es mejor que usted la vaya a ver —balbuceó Changa—. Camargo estuvo con ella.

La mención del policía descompuso a Rendic. Tomó a Changa de los brazos y le exigió a gritos una explicación a la que el chilote se negó, intuyendo que en ese instante el silencio era más preciso que las palabras.

Rendic salió a los tropezones de la embarcación y cuando estuvo en el muelle, tuvo la impresión de que el silbido del viento marino era el eco de una orden que lo impulsaba a correr hasta el prostíbulo, sin preocuparse de la gente que a su paso lo miraba con asombro.

Corrió de espaldas a su temor y entró a la Casa Rosada sin detenerse a considerar que ella podía estar vigilada por los hombres de Camargo. Mansilla estaba en el salón acompañado por tres de las pupilas, y al verlo llegar, se acercó al croata y lo condujo hasta una esquina del salón ensombrecido.

—No suba —le dijo—. El doctor la está atendiendo.

—¿Doctor? ¿Qué doctor? —gritó Rendic.

—El que la cuida desde ayer.

Subió la escalera que conducía al segundo piso y entró en la pieza de Martina en el momento que la muchacha que hacía el aseo salía con un lavatorio. Martina estaba recostada en su cama y un hombre examinaba su rostro.

—¡Quien sea, váyase! —ordenó el médico.

Cogió al doctor de los hombros y lo apartó del lado de Martina. Ella abrió los ojos y demoró en reconocer a Rendic. El doctor quiso protestar por la intromisión, pero a sus espaldas, la voz de Mansilla lo contuvo.

—Déjelo, doctor. Tal vez sea la medicina que necesita.

Se arrodilló junto a Martina y observó que ella tenía parte de su rostro cubierto con una mantilla y en el reflejo opaco de sus ojos mostraba un dolor imposible de ocultar. Buscó las manos de la mujer y las acomodó entre las suyas, suavemente, como solía hacer aquellas tardes en que Martina estaba triste.

—¿Camargo? —preguntó Rendic en voz baja.

Martina asintió con un leve movimiento de sus labios.

—¿Por qué?

—Me preguntó si te había visto. Dijo tu nombre tres veces y yo no te negué.

Rendic puso uno de sus dedos sobre los labios de Martina y trató de atraerla hacia su pecho. Ella se resistió y en su mirada Rendic vio reflejado el rencor.

—No debí hacerte caso. No debí tratar de cambiar mi destino.

Rendic escuchó ruidos de pasos a sus espaldas y al volverse vio a Changa. La respiración del chilote era agitada y su rostro, colorado, reflejaba el esfuerzo que había hecho por alcanzarlo.

—Yo la encontré, patrón —dijo Changa—. Quería ayudarla a preparar el equipaje para nuestro viaje. Escuché sus gritos. Vi salir a Camargo y subí.

Rendic tomó entre sus manos la cabellera de Martina y la recorrió con una caricia que detuvo en los labios amoratados de la mujer.

—Le dije que te amaba —murmuró Martina—. Pero eso ya no importa. Puedes olvidar esta casa y todo lo que hay en ella.

—Buscaré a Camargo.

—A él ya no le intereso.

—Voy a buscarlo —insistió Rendic.

—¿Harías eso por mí? —preguntó la mujer.

El peso de la pistola le hizo revivir el mal recuerdo de una mañana en Marsella, cuando después de permanecer cuatro noches escondido en un hotel restableció contacto con Müller. Durante las últimas noches había evitado a los policías que hacían sus redadas en los barrios del puerto, buscándolo a él y a otros cuatro agentes. Encontró a Müller acompañado de un hombre moreno y de aspecto insignificante, al que tenía amordazado y con las manos atadas al respaldo de una silla. Se llamaba Renard y era dueño de un bar ubicado en la zona del puerto que el alemán usaba de correo entre él y los espías a su cargo. Por miedo o dinero, Renard había colaborado con la policía y en un par de semanas se encontraban presos un marino de nombre Guichet y un muchacho al que Rendic había conocido la vez que Müller le hizo llegar los códigos a emplear en los comunicados telegráficos.

Müller le había pasado una pistola mientras Renard observaba la escena con ojos atemorizados. Recordaba haber apoyado el arma en la sien derecha de Renard y esperado a que la pistola percutara sin el más mínimo movimiento de sus dedos. Permaneció inmóvil e irresoluto, hasta que Müller, arrebatándole el arma, disparó contra el rostro del traidor.

Salió de la cocina con el arma en sus manos y siguió en su fuga por las calles del barrio. Se detuvo en una esquina a observar las luces que brotaban de unos pobres barracones y maldijo al viento que enredaba sus cabellos y lo obligaba a caminar cabizbajo. Pensó que todo sería distinto a lo ocurrido en Marsella, porque detrás de Camargo estaba el rostro de Martina, sus palabras, la promesa que no podía dejar de cumplir. A sus espaldas escuchó un ruido, pero no se detuvo ni se dio vuelta a mirar. Intuyó que lo seguían y al tiempo que apuraba sus pasos, tocó la pistola apegada a su vientre.

Esperó frente a la casa hasta que vio aparecer a Camargo por un costado de la calle, tambaleante y cansado de copas. Una mujer abrió la puerta y el policía desapareció al interior de la casa. Minutos más tarde, cuando la misma mujer salió con una bolsa colgada de uno de sus hombros, cruzó la calle y se detuvo junto a la puerta que estaba entreabierta. Un olor intenso a humedad y mugre lo paralizó brevemente. Sacó la pistola y entró a la habitación en la que estaba Camargo. Colocó el arma a la altura de los ojos del policía y pensó que sólo restaba jalar el gatillo.

—Rendic —dijo el policía sin intención de protegerse.

Creyó escuchar un disparo y que Camargo intentaba en vano asirse al respaldo de la cama, como si con ello pudiera escapar del dolor. Miró la pistola que mantenía empuñada. Camargo avanzó unos pasos tambaleándose. Rendic comprendió la inutilidad de su gesto, y siempre con el arma entre sus manos, abandonó la habitación seguido por la carcajada burlona del policía.

Al reconocer el fondo azul del mar que se recortaba más allá de las casas de la ciudad, pensó en el puerto y huyó a refugiarse en la nave de Strecker. El muelle

estaba desierto y tuvo la seguridad de que nadie lo había visto subir al cúter. Pero al tenderse sobre el camastro, creyó ver a Camargo, borracho, aguardando aquel gesto del que antes no había sido capaz. Supo que no tenía escapatoria y solo le quedaba esperar la llegada de Strecker para rogarle que lo llevara a uno de esos canales en los que desaparecería, anónimo y olvidado.

Despertó cuando aún no amanecía y a través de la claraboya entraba la sombra de una masa oscura. En el suelo, junto a una de las patas del camastro, había un cuchillo de cazador. Lo cogió y luego de apreciar su filo, abandonó la embarcación.

30

Esperó a que la mujer saliera al patio y cuando ella se agachó para dar de comer a unas gallinas, tomó una piedra y la atacó. Un golpe le bastó para aturdira. Después ahuyentó a las aves, entró a la casa y procurando no hacer ruido, avanzó por un pasillo que olía a col hervida. Detuvo su andar cuando quedó frente a dos puertas que se encontraban cerradas. Una de ellas daba a la calle; y la otra, al dormitorio de Camargo. Se mantuvo en silencio, apegado a una de las paredes del pasillo. Recordó el juego que practicaba con otros niños durante las noches de verano. Se trataba de entrar a los patios de los vecinos y observar hacia el interior de las casas sin que los sorprendieran. Un juego simple que se complicaba cuando el objetivo era la mediagua que habitaba el Loco Pedro, un viejo andrajoso y solitario que solía recurrir a un garrote para espantar a los que merodeaban en su propiedad. Y como entonces, sintió el temor de lo prohibido y se preguntó si sería capaz de actuar con la misma decisión que impulsaba sus correrías de antaño.

Un gato pasó entre sus piernas y se deslizó por el pasillo. Escuchó los ronquidos que provenían del interior del dormitorio y empujó suavemente la puerta. Camargo dormía de cara al cielo, vestido, con las botas puestas y cubierto con una frazada. La pieza era pobre. Sus paredes estaban cubiertas con un papel manchado por la humedad y de su única ventana colgaba una cortina llena de rasgones por los que entraba la luz de la luna. Se detuvo junto a la cama. Pensó que odiaba los cuchillos desde que en su infancia había visto carnear corderos. Un leve movimiento del policía lo sacó de sus recuerdos. Temió que despertara y lo mirara a los ojos. Sacó el cuchillo del cinto, descorrió la frazada que cubría a Camargo y con fuerza clavó la hoja en el vientre del policía, removiéndola en una suerte de semicírculo, como le había enseñado a hacer un soldado. Un grito llenó la pieza. Camargo despertó de la

pesadilla y buscó inútilmente la pistola oculta bajo la almohada. Sus manos presionaron el cuello de Camargo hasta que dejó de escuchar su agitada respiración. Entonces ya no sintió miedo. Sacó el cuchillo del cuerpo, lo limpió con un borde de la frazada y miró al muerto; sus ojos asombrados, el hilillo de saliva que escurría por su barba, el rostro súbitamente rígido y ausente. Envolvió el cuchillo con un pañuelo y como si se tratara de un objeto quebradizo, lo guardó cuidadosamente en el abrigo. Desde una esquina de la pieza escuchó los maullidos del gato. Se retiraba cuando al llegar a la puerta, una cómoda llamó su atención. Revisó todos sus cajones, menos uno que estaba con llave. Encontró papeles, prendas de vestir y un uniforme militar envuelto en una bolsa de género. Intentó forzar el cajón cerrado pero no tuvo éxito. Recurrió al pantalón de Camargo, buscó en sus bolsillos y encontró un manojo de llaves. Probó con las más pequeñas en la cerradura del cajón y al cuarto intento consiguió descubrir su contenido. Dentro de un gran sobre café encontró veinte fajos de billetes. Calculó que era más dinero que todo el que alguna vez había soñado tener y mirando a sus espaldas, como si Camargo lo hubiese podido estar observando, reacomodó los billetes en el sobre y salió de la habitación.

La mujer seguía inconsciente en el patio. Aseguró el sobre en el bolsillo interior de su abrigo. Había sido fácil matar a Camargo. Al día siguiente, cuando la noticia estuviera en boca de todos, podría mirar de frente a la gente sin que nada revelara su secreto, la marca de esa muerte que adeudaba desde esa noche y para siempre. No tenía prisa ni deseo de huir. Dio unos pasos por el patio y al ver unas piedras, recordó algo que hasta ese momento no había considerado. Como sorprendido en una falta, recogió una piedra grande que a duras penas cargó hasta el interior de la casa y dejó caer sobre el pecho de Camargo. Luego le sacó las botas y las arrojó a un costado de la cama.

El gato entró a la pieza, se encaramó sobre el pecho del policía y lengüeteó la sangre que escurría por entre su barba. Más tarde, soltó al gato en un rincón del puerto y lo vio correr hacia donde se encontraban varios sacos de papas que esperaban embarque. Un marino al que no había visto antes, se acercó a su lado y le pidió fuego para encender un cigarrillo. Sacó una cajetilla de fósforos de su abrigo y se la entregó al extraño que la manipuló con destreza. El hombre soltó una bocanada y enseguida estiró los brazos para liberarse de la modorra del sueño. Tuvo ganas de contarle que acababa de matar y sonrió al imaginar la sorpresa del desconocido. El marino le devolvió la cajetilla de fósforos y comentó algo acerca del viento. Lo escuchó sin interés y se puso a caminar hacia la salida del muelle. Algo que decía el marino le hizo mirar a sus espaldas y al hacerlo, vio al gato que lo seguía a corta distancia. Trató de ahuyentarlo y solo consiguió que el animal se detuviera un instante.

—Tal vez sea conveniente tener cerca al testigo de mi crimen —pensó.

Se dejó caer junto a la cerca de madera. Había salido del muelle y caminado hasta la casa de Camargo dispuesto a silenciar su carcajada burlona. Esperó reconocer algún movimiento en las habitaciones de la casa y más tarde, sin una noción del tiempo transcurrido, se sorprendió al ver que Arteaga, acompañado de unos hombres, sacaba un bulto que, sin una razón que lo justificara, supo era el cadáver de Camargo. Trató de recordar lo sucedido desde que había salido del cúter y solo pudo recobrar una sensación de asco y fracaso. Observó el trajín dentro de la casa y tuvo miedo de presentarse junto a Arteaga y confesar aquella interrogante que no lograba responder. Atado a un poste, frente a una casa vecina, había un caballo que pastaba con desgano. Acarició al animal y luego de comprobar que nadie lo observaba, liberó sus amarras y cogiéndolo de las riendas comenzó a alejarse, sin prisa, como si en su interior deseara que lo sorprendieran en su último error. Cuando estuvo seguro de que nadie lo veía, montó al caballo y azotándolo con violencia, lo condujo hacia las afueras de la ciudad.

Dos semanas después Arteaga encontró a Rendic en Río Seco. Estaba alojado en una posada, primera detención de los viajeros que se proponían llegar a la Argentina o a alguna de las estancias de la zona. Río Seco era un poblado miserable, con tres o cuatro casas que albergaban a igual cantidad de ovejeros y al dueño de la posada y su familia. Por las tardes, sus habitantes se instalaban a la orilla de la huella y hasta el anochecer no hacían otra cosa que esperar el paso de los viajeros. En verano, cuando los días se alargaban más allá de lo habitual, compartían un asado de cordero o una partida de Truco, acompañada con vino o caña quemada. El poblado no ofrecía nada más y eran pocos los hombres que aceptaban quedarse en él más de una noche, salvo que tropezaran con las prostitutas que recorrían las estancias en unos carromatos destartalados que alguien, en un arranque de imaginación afiebrada, había bautizado con el nombre de góndolas.

Arteaga supo de Rendic por un ovejero que lo vio salir de la ciudad. El caballo que montaba atravesó sin miramientos su piño de ovejas y cuando uno de los hombres de Arteaga lo interrogó en el camino, no dudó en mencionarlo como a alguien que cargaba una culpa o iba perseguido por el diablo. El policía se hizo acompañar por dos de sus subordinados y llegó a Río Seco a la hora en que sus habitantes dormían la siesta.

—No tiene que seguir corriendo —le dijo apenas entró al cuarto, y sin preocuparse de lo que pudiera hacer el croata, se sentó en una silla que estaba junto a la cama.

—¿Cómo dio conmigo?

—En pueblo chico, la curiosidad es grande. Un vecino de Camargo lo vio frente a su casa y después, alguien lo reconoció en el camino. La descripción que dieron se ajustaba a su aspecto. El resto ha sido fácil. Total, usted no sabe a dónde ir.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Usted no es de los que toman decisiones. Mató a Camargo, robó un caballo y ahí se le agotaron las ideas. Supuse que estaría en el primer sitio con gente que encontrara en su camino. Luego, hice algunas preguntas y aquí me tiene.

—Yo no maté a Camargo —dijo Rendic.

El policía lo miró detenidamente, como si en el rostro del croata hubieran quedado grabadas sus últimas palabras.

—Hasta ahora no hay nada que me haga pensar lo contrario. Solo tengo una duda. La hora en que lo vio el vecino del teniente no coincide con la que dice la empleada de Camargo que fue atacada. ¿Cómo lo explica?

—No lo sé —contestó Rendic y durante todo el camino de regreso a Punta Arenas estuvo pensando en una respuesta a la interrogante.

Llegaron al anochecer y contrariamente a lo que pensaba, Arteaga no lo condujo a la cárcel. Encargó el cuidado de los caballos a uno de sus subordinados y con un gesto indicó a Rendic que se encaminara hacia la Casa Rosada.

—He llegado a tenerle simpatía —dijo cuando estuvieron frente al prostíbulo—. Y en cuanto a su historia, con algunas condiciones, he decidido creerla.

—¿Condiciones?

—Hablaré con los alemanes y les diré que su asunto está arreglado. Usted debe prometerme que no saldrá de la Casa Rosada hasta que yo no le diga que puede hacerlo.

—¿Qué significa eso?

—No existe otro lugar para usted —contestó Arteaga, y mientras abría la puerta de la casona, agregó—: No me defraude otra vez. Detesto a los cobardes.

El salón de la casona estaba animado. Al entrar, advirtió que las mujeres y los parroquianos lo miraban recelosos. Deseó volver a la calle y al mirar hacia la puerta vio que Arteaga lo observaba sin perder detalle de sus movimientos.

Changa estaba a la entrada de la pieza de Martina. Parecía custodiar la puerta y al verlo llegar, el chilote no pudo reprimir un gesto de asombro. Rendic trató de abrir la puerta, pero Changa se lo impidió reteniéndolo de un hombro.

—No creo que deba entrar, patrón —dijo—. Ella lo sabe todo y dudo que desee recibirlo.

—¿Todo?

—¡Todo, patrón!

Rendic retrocedió unos pasos y miró a su alrededor con la misma extrañeza que durante su primera noche en la casa. La exclamación del chilote lo desconcertó y creyó entrever en ella la respuesta que venía buscando. Vio a Changa distante, refugiado en esa aparente estupidez que elegía cuando deseaba apartarse de las personas. No sacaba nada con tratar de obtener una explicación. Volvió a acercarse a la puerta y se aferró a la manilla de la cerradura.

—Necesito que me lo diga —agregó, apartando al chilote de su camino.

Al igual que en su última visita, el cuarto de Martina estaba a oscuras. Dio unos pasos en su interior y la descubrió de pie junto a la ventana que daba a la calle. La llamó por su nombre y cuando quiso abrazarla, ella lo rechazó suavemente e hizo sonar una campanilla que tenía a su alcance.

—Cada día se preocupan menos de mí —dijo Martina.

—Vine a decirte que Camargo está muerto —comenzó a decir Rendic.

—Y aun así, nada va a cambiar.

—Quería hablarte de mi promesa.

—¿Promesa?

Martina miró a su alrededor y, siempre distante de lo que ocurría en la pieza, quedó un rato escuchando la música que llegaba desde el salón.

—Cierra las cortinas y tiéndete a mi lado —dijo en voz baja, como rescatando una conversación de otros tiempos.

Rendic obedeció y ella lo atrajo hacia su pecho.

—Dime —le preguntó después de un rato—. Allá abajo, ¿viste a una muchacha nueva que se hace llamar Martina?

—No —respondió Rendic—. No hay nadie que use ese nombre.

32

Rendic volvió a salir de la casona cinco años después de la muerte de Camargo. Era un día lunes y estaba por expulsar a dos clientes borrachos que insistían en prolongar la juerga, cuando un hombre desconocido le entregó un sobre con la invitación de Arteaga para cenar en el Hotel Kosmos. Releyó el mensaje varias veces y recordó que había visto por última vez a Arteaga después de su ascenso a jefe de la policía regional. Un motivo importante como para que apareciera en el prostíbulo solicitando servicio exclusivo para él y la decena de subalternos que lo acompañaban dispuestos a compartir la natural alegría que embargaba a su superior.

La cena parecía cerrar el círculo abierto el día de su llegada a Punta Arenas, en aquellas primeras conversaciones con el uruguayo Alvar Rodríguez y Weymann, el espía alemán del que ya hacía mucho tiempo nadie se acordaba, luego de que fuera sepultado en el cementerio junto a dos cipreses frondosos que apuntaban con sus ramas hacia el pórtico recientemente inaugurado. Conversaciones que a la distancia las veía como el comienzo de un tiempo que lo había marcado con la misma crueldad que el cuchillo de Camargo lo hiciera en el rostro de Martina.

Poco antes de la muerte de Mansilla, ocurrida en una noche de año nuevo iluminada por las luces de los barcos anclados en el puerto, y mediante un trato del cual Rendic nunca tuvo antecedentes, Martina adquirió la casona con el dinero que Changa le entregó dentro de un arrugado sobre café. Desde entonces el chilote controlaba los ingresos del prostíbulo y Rendic, dos o tres veces por noche, bajaba al salón a vigilar que todo estuviera en orden. Martina preguntaba por lo que sucedía en la casona, pero nunca más se presentó en el salón ni compartió con los parroquianos que al comienzo exigían verla, y luego, cuando su nombre pasó a ser una referencia fantasmal para quienes entraban en la casa, se conformaron con escuchar las historias que sobre ella contaban las pupilas o los clientes más antiguos.

Vio a Strecker en varias oportunidades, rodeado de otros marinos que le pedían recrear las peripecias del Bremen y sus tripulantes. Como era su costumbre, Strecker distorsionaba los hechos según la credulidad o la borrachera de quienes lo escuchaban. Rendic, a quien la clientela trataba de croata loco, prefería evitar la compañía del marino y a lo más, lo saludaba a la distancia con ese modo parco y distante que había asumido para estar siempre a solas con sus recuerdos.

Por las mañanas, antes que las pupilas desayunaran, enviaba al chilote a comprar los diarios. Había seguido los detalles de la batalla de Verdún; el fracaso del ejército ruso que, mal aperado y hambriento, era avasallado por los alemanes, mientras entre sus filas los bolcheviques encendían los primeros fuegos de la Revolución de Octubre; y la derrota de los italianos en Caporetto que los había obligado a retroceder hasta las proximidades de Venecia. Como en el pasado, mantenía sus anotaciones en un cuaderno y cuando estaba de buen ánimo conversaba de ellas con Martina.

Alguna vez, Changa y él hablaron de la muerte del policía. Recordaba los interrogatorios a los que Arteaga los sometió en los días siguientes al crimen y en ocasiones, para liberar a la memoria del duro esfuerzo de recordar, recurrían a un sobre donde guardaban los recortes de lo que la prensa local había escrito sobre la muerte de Camargo. Sin embargo, y a pesar de esos recuerdos, hasta la noche del encuentro con Arteaga seguía imaginando respuestas para un crimen sin solución. A veces, en la mirada del chilote intuía la verdad, pero apenas le hacía una pregunta, éste se refugiaba en un silencio que lo irritaba, al punto que en ocasiones se abstenía de hablarle durante varias semanas.

Martina pasaba las horas frente al espejo, mirando sus postales o escuchando a las pupilas a las que llamaba para que le contaran de sus clientes, de las caricias que éstos les exigían o las características de sus cuerpos. Pedía detalles de sus gestos y de las palabras que murmuraban en medio del goce. Detalles que a veces la hacían esbozar una sonrisa que ninguna de sus confidentes lograba advertir, porque tomaba la precaución de ubicarse en una esquina de la pieza, rodeada de sombras que impedían reconocer su rostro o el movimiento de sus labios. Solo oían sus preguntas y después regresaban al salón, aliviadas de la compañía de esa mujer a la que creían desquiciada. Era habitual que Rendic estuviera en la pieza cuando Martina

conversaba con las mujeres. Cuando éstas se iban, ella le pedía que se acercara a su lado y le hablaba de sus antiguos amantes, como si sus encuentros con ellos hubieran sido recientes, algunas horas atrás. El croata la tomaba entre sus brazos y permitía que ella apoyara la cabeza en su pecho sin atreverse a insinuar una caricia. Desde su regreso, y de la vez que hicieran el amor con más dolor que deseo, nunca más existió entre ellos la intención de unir sus cuerpos. Tomados de las manos, se quedaban quietos, mirando hacia la calle o escuchando las risas alegres que provenían del salón. Y la única vez que él se lo reprochó, Martina se limitó a mostrar su rostro y recordarle su cobardía.

Por eso, o porque temía que lo obligara a irse de la casa, nunca insistió ni buscó el cuerpo de Martina. Su fracaso frente a Camargo lo pagaba permaneciendo junto a ella y su remordimiento, persiguiendo los fantasmas de un amor que no volvería a recuperar. Por las noches recordaba la piel de Martina, el tamaño de sus pechos, su carne tibia cubriéndole cada vez que entraba en ella, esas ansias inagotables de poseerla una y otra vez, como si en ello estuviera el único sentido de la vida.

Aquel lunes no hizo más que pensar en la invitación de Arteaga. Inquieto, no podía concentrarse en sus ocupaciones habituales. Trató de adivinar las intenciones del policía y hasta que llegó la hora de salir no logró encontrar una respuesta que aquietara su íntimo e inútil deseo de contrariar a Arteaga.

Nevaba cuando salió de la casona y por su lado pasaron unos obreros que no prestaron atención a sus pasos torpes. Miró la casa y la encontró envejecida. Los postigos de las ventanas necesitaban una nueva capa de pintura y el farol de la entrada una limpieza que devolviera brillo a sus piezas de bronce. Caminó lentamente, adaptándose al terreno resbaladizo y a la nieve que se adhería a sus hombros. El barrio había cambiado poco desde su última salida. Le llamó la atención el letrero de una sala de billares y las puertas de madera de un bar hasta entonces desconocido. Lo demás tenía el aspecto que recordaba y solo algunas casas habían cambiado el color de sus muros.

Los árboles de la Plaza de Armas ya no eran aquellas ramas frágiles que había conocido al llegar a la ciudad, y en su entorno se apreciaban nuevas construcciones. El letrero de la tienda Braun y Blanchard era más grande de lo que recordaba y junto a la tienda se alzaba un palacete de grandes ventanales. Le sorprendió la cantidad de automóviles que pasaba por las calles y entre la gente que vio recorrer la plaza creyó reconocer algunos de los rostros que solía ver en el prostíbulo. Llegó a la calle Errázuriz y se detuvo frente a la vitrina de una tienda. Era la misma donde, cuatro años atrás, había comprado camisas y corbatas con el dinero proporcionado por Alvar Rodríguez. Se reconoció en un espejo, notó que su ropa estaba descolorida y pensó que no eran las apropiadas para visitar el Kosmos, como tampoco lo eran sus mejillas sin afeitar ni el aspecto sucio de sus cabellos.

Arteaga esperaba sentado a una mesa, con una copa entre sus manos, y a su lado, un maletín de cuero. Se saludaron y Arteaga le indicó una silla. El policía había

ganado en corpulencia. Vestía una chaqueta de *tweed*, nueva y ajustada a su cuerpo, una camisa almidonada y una corbata de lazo que hacía juego con el pañuelo que sobresalía del bolsillo superior de la chaqueta. Rendic pensó que en muchas ocasiones había leído el nombre de Arteaga en las noticias de los diarios y que ya no era el policía anónimo de sus primeros encuentros.

—¿Cómo está? —le preguntó—. Su aspecto no le favorece.

—Supongo que los años no pasan en vano.

—Nunca entendí su decisión de quedarse en Punta Arenas.

—¿Qué quiere? —preguntó Rendic, molesto por el comentario.

—Confieso que tenía mis dudas en cuanto a que aceptara mi invitación.

—Recordé que debía esperar sus instrucciones para salir de la casa, y aun así lo pensé mucho antes de hacerlo. ¿De qué se trata?

—No apure las bestias más de lo debido, Rendic. Mal que mal lo he invitado a mi despedida. En una semana más debo abordar el vapor que me llevará a Valparaíso. Los plazos se cumplen y al parecer mis superiores en Santiago han pensado que merezco un destino mejor.

Rendic recordó una noticia que había leído en *El Magallanes* respecto al traslado de Arteaga, pero cuando quiso hacer un comentario, se distrajo con el ruido de la campanilla que alguien tocaba en el salón principal del hotel. Vio a un grupo de personas reunidas alrededor de una larga mesa y a un hombre pequeño que parecía dispuesto a iniciar un discurso.

—Unos llegan y otros se van —comentó Arteaga—. Esa gente da la bienvenida a la nueva directora del Liceo de Niñas de Punta Arenas. Se llama Lucila Godoy. Algunos vecinos no están contentos con la llegada de esa mujer. Dicen que es muy independiente y que escribe poemas.

—¿No me habrá llamado para hablar de la maestra? —preguntó Rendic, indiferente al relato del policía.

—Deseaba despedirme de usted. Después de todo, tal vez sea el único amigo que llegué a tener en esta ciudad.

—¿Amigo?

—La única persona con la que llegué a compartir un secreto. Y por eso, quiero relevarlo de la promesa que le obligué a cumplir. Ya nadie se acuerda de usted y en cuanto a la muerte de Camargo, jamás pensé que fuera de su responsabilidad.

—Entonces, ¿por qué me obligó a ocultarme?

—Por maldad o conveniencia. Siempre supe que usted no era el asesino y si callé fue para cobrar mi paga a los alemanes. No lo saqué de la ciudad pero los convencí de que nunca saldría una palabra de su boca sobre las personas que estaban detrás del espionaje alemán en Punta Arenas.

—¿Y si hablara ahora? —preguntó Rendic con un tono de amenaza.

—Hoy la guerra no es más que un recuerdo. Sus amigos alemanes hace tiempo que dejaron de preocuparse de ella y sus avatares. Nadie se acuerda de lo sucedido.

Hasta podría decir que usted no existe y que su trabajo nunca se hizo.

—No olvido lo que viví en esa época —balbuceó el croata, al tiempo que sentía arder sus mejillas.

—Usted es un fantasma. Lo que haga o diga ya no interesa. Es uno más de los tantos emigrantes que llegaron a la región.

—Sigo en la ciudad, Arteaga.

—Su vida en la casona fue una huida.

Buscó en vano un espejo o algo en qué reflejarse. Necesitaba reconocer sus rasgos y tener la seguridad de que seguía siendo el mismo de siempre. En otra oportunidad habría intentado golpear al policía o se hubiese retirado del lugar sin agregar nada más. Sin embargo se limitó a llenar una copa con vino, mientras desde el salón principal llegaba el ruido de unos aplausos y una mujer alta, de rostro severo, comenzaba a responder el discurso de bienvenida.

—¿Quién mató a Camargo? —preguntó, confuso.

—¿No lo sabe? Pregúntele a Changa por la piedra colocada sobre el cadáver de Camargo y por qué su asesino se preocupó de sacarle las botas —dijo Arteaga—. Usted no lo habría hecho. Solo un chilote o alguien que no estaba en su sano juicio. Si a un muerto se le quitan las botas no puede volver del más allá. Y si a su corazón lo aplasta una piedra, no puede vengarse. No sé de dónde provengan esas creencias, pero algunos las respetan.

—¿Por qué no lo detuvo?

—Carecía de pruebas. Solo suposiciones que no pude corroborar. Fue más fácil decir que Camargo era odiado por muchas personas. A nadie le interesó conocer al asesino y con su muerte, se sellaron grandes secretos.

—Me cuesta creer que sea cierto lo que dice.

—Usted es libre. No me debe nada ni nadie va a preocuparse por lo que haga o deje de hacer. Boté los antecedentes del asesinato y en ninguna parte se encontrará algo que lo involucre.

—¿Libre?

—La investigación del asesinato de Camargo terminó hace varios años. Tome sus pertenencias y regrese a Croacia. Si requiere ayuda, esta misma noche puedo darle algo de dinero.

—¿Y ella? —preguntó Rendic a sí mismo.

El policía ignoró la pregunta. Concentró su interés en la copa de vino y en mirar a través del cristal el rostro descompuesto de Rendic. Cuando más tarde lo vio salir del comedor, tuvo la intención de seguirlo, pero no lo hizo. Rendic pasó a ser un recuerdo entre los muchos que llevaría consigo a Santiago. Lo imaginó camino al prostíbulo, balanceándose como una sombra en medio de la nieve que caía.

Muchos años después la casona cambió de nombre. Changa lo supo en uno de sus paseos por el muelle y en boca de un muchacho que instruía a otro en los secretos de los barrios oscuros de la ciudad. De regreso a la casona comentó el cambio a Rendic y ambos estuvieron de acuerdo en que el colorido de sus muros ya no justificaba el nombre original. La casa no poseía el encanto de otras épocas. Su prestigio decaía a la par con la aparición de otras casas que acogían con nuevos brillos a los tripulantes de las naves que recalaban en el puerto. La casa era llamada con el nombre de la mujer a la que ningún extraño tenía acceso. Sus asiladas, procedentes de Santiago o del sur de la Argentina, se habían renovado de año en año, hasta que el aspecto del quilombo dejó de atraer a los hombres y muchas de ellas prefirieron emigrar a otros lugares, cansadas de atender a peones ebrios o milicos que hedían a sudor y bosta de caballo.

El interior de la casa había adquirido un tono lúgubre y desolado. Las prostitutas se reían de Martina y sus dos acompañantes. Y cuando éstos no estaban a la vista, aprovechaban de vaciar las botellas de licor que Rendic guardaba en una improvisada bodega bajo la barra del bar. Los niños del vecindario inventaban historias acerca de las cosas que ocurrían en la casa y también sobre Changa, que los correteaba con una correa cuando los veía tirar piedras contra la ventana desde la que Martina atisbaba el trajín cotidiano de las vecinas. Martina apreciaba las transformaciones del barrio, aunque nunca tuvo noción de los cambios que ocurrían dentro de la casa. Llamaban su atención los vestidos de las mujeres que pasaban por la calle o que aparecían retratadas en las fotonovelas que Changa compraba en un boliche de intercambio y venta de revistas usadas. Pero, salvo algún comentario ocasional, el tiempo para ella se había detenido el día de su último encuentro con Camargo. Rendic le contaba las novedades de la casa o alguna anécdota de sus clientes y ella escuchaba indiferente, como si al provenir de él, los hechos fueran indignos de fe. De ese modo supo de la construcción del primer cine de la ciudad y de la compra de una radio que reproducía con estridencia esos ritmos nuevos que pocos clientes seguían en medio de contorsiones que causaban la risa de Changa y los gestos malhumorados de Rendic.

A veces preguntaba por gente de otros tiempos y Rendic inventaba destinos que después olvidaba y luego lo hacían caer en contradicciones. Un marino que en una oportunidad regresaba a Hamburgo, en otra, naufragaba en Isla Lennox; o el almacenero que perdía su fortuna en un incendio, pasaba a convertirse en millonario sin otra razón que el azar del olvido. Preguntas y respuestas que iban de un personaje a otro, sin más orden que el dictado por los desvaríos de Martina o la mala memoria de Rendic.

Changa mantuvo la costumbre de sentarse en un rincón del salón y observar a los clientes hasta que solo quedaban a su alrededor los borrachos que insistían en regatear las tarifas de las mujeres. Rendic prefería estar con Martina, atento a los

recuerdos o los silencios de la mujer, mientras ella jugaba solitarios, distribuyendo sobre la cama los naipes adornados con figuras de brujas y arlequines que le había obsequiado un marino brasileño. El deseo que en otra época los impulsaba a buscar sus cuerpos trastrocó en simple necesidad de compañía. Pero pocas veces reconocían, con una palabra o una sonrisa, la tranquilidad que sentían al estar juntos. Ella fingía no dar importancia a la presencia del croata, pero si por alguna razón él no aparecía a la hora acostumbrada, hacía sonar su campanilla o lo llamaba a gritos. Y luego, a su regreso, aparentaba indiferencia y solo lo miraba de reojo, imaginando que él la engañaba con alguna de las otras mujeres.

Pero él rara vez faltó a los horarios. Después de la cena con Arteaga, recordaba haber salido de la casona solo en dos oportunidades más. La primera para adquirir la pintura que usó para remozar las habitaciones de la casa, a comienzo de los años sesenta; y la segunda, el día que sepultaron al marino Alberto Strecker. En esa ocasión, y al igual como lo hacía en el pasado, Changa siguió al croata hasta la Iglesia María Auxiliadora, donde un cura bendijo el ataúd antes que los camaradas sobrevivientes brindaran a la salud del marino que yacía dentro del féretro vestido con su uniforme y la condecoración que le había otorgado el gobierno alemán. Rendic reconoció a Dyck entre los asistentes y cuando a la salida de la iglesia se acercó a saludarlo, el tendero simuló no reconocerlo y se alejó. Después del sepelio, Rendic invitó a Changa a beber una cerveza y ésa fue la última vez que el chilote lo vio fuera de la casa y también, la última que le escuchó hablar del crucero alemán y de la guerra.

Rendic pasaba el resto de su tiempo en la casona, leyendo los periódicos que le permitían recorrer aquel mundo que en su juventud había querido conocer. Rara vez mencionaban a Camargo, y cuando era inevitable referirse a él, lo llamaba «ese» o «el policía». Entonces, mientras Martina acariciaba sus mejillas frente al espejo, Changa y Rendic se miraban en silencio, esperando que la conversación tomara otro rumbo. Rendic, porque sentía el peso de la culpa; y el chilote, para evitar las preguntas sobre la noche del asesinato del policía. Y aunque sabía la verdad, solo después de la muerte de Martina decidieron comentar lo sucedido. Los dos vivían para mantener vigente ese espacio al que Martina no deseaba renunciar. Por amor o remordimiento, limitaron sus sueños a las paredes de esa casa que envejecía con ellos. Algo que para Changa era fácil, ya que siempre había dependido de la vida de otras personas y que el croata aprendió a sobrellevar, atormentado por una fuga que iniciaba a diario y que nunca tenía fin.

Martina controlaba a los dos hombres. Sabía que por sobre la apariencia de su rostro la seguían viendo con la belleza de antaño. Y si alguna rebeldía despertaba en ellos, estaba atenta a decir la palabra justa: la que revivía las culpas y los hacía entrar a su cuarto aspirando a un gesto o una palabra que los absolviera.

Y así, todo se repitió un día y otro, hasta la mañana en que las pupilas hablaron con Martina para decirle que se marchaban porque ya el salón no se iluminaba como

antes, y la casa, sin reparaciones ni arreglos, difícilmente soportaría otro invierno. Martina las escuchó sin comprender lo que decían. Les habló de unas cortinas que el finado Mansilla había comprado poco antes de morir y que para los próximos meses estaba anunciado el arribo de la escuadra inglesa. Las mujeres rieron en su cara y corrieron a preparar sus maletas. Rendic las despidió al día siguiente. Pagó a cada una lo que se les debía y ordenó sacar de la bodega unas botellas de champaña que bebieron en medio de un rotundo silencio. Después, Changa ayudó a subir el equipaje a una góndola que se alejó de la casa en medio de un concierto apesadumbrado de latas y amortiguadores.

Cuatro mujeres, viejas y con exceso de noches en el cuerpo, se quedaron en la casa a esperar el invierno que ese año llegó antes de lo previsto; las heladas se adentraron en las habitaciones y en el ánimo de las prostitutas que se reunían cada noche a esperar la llegada de los clientes, mientras bebían menta o comían los chocolates que Rendic compraba para Martina, simulando que eran regalos de sus viejos amantes.

34

—¿Dónde están las mujeres? —preguntó a Changa, sentado junto a una estufa que a duras penas entibiaba la cocina y sus paredes ennegrecidas por el humo del carbón.

El chilote tenía una radio a transistores pegada a una de sus orejas y parecía ajeno al frío y la penumbra. Vestía una chaqueta de diablo fuerte y un chal sucio que Rendic recordaba haber visto tirar al tacho de la basura a una de las mujeres que meses atrás había abandonado el prostíbulo. Parecía dormir y cuando escuchó la pregunta, abrió los ojos, como sorprendido en una falta inexcusable.

—Duermen —balbuceó, mientras Rendic alimentaba la estufa con dos gruesos trozos de carbón.

Los movimientos del croata eran lentos y esa noche, al igual que en los últimos inviernos, maldijo los achaques que le impedían moverse con soltura.

—Otro día malo, sin clientes —dijo y quedó a la espera de un comentario del chilote.

Changa permaneció callado, como si le hubieran hablado de un asunto ajeno o del que no había mucho que decir. Estaba en una de esas noches en que nada parecía importarle, salvo escuchar el radioteatro, cuyas incidencias comentaba con Rendic, sin que ninguno de los dos supiera a ciencia cierta si se trataba de hechos ficticios o

de los chismes que correteaban las vecinas del barrio.

—No vino nadie —insistió Rendic, al tiempo que apartaba a Changa de la radio—. Nadie, chilote bruto.

Por la mañana, Rendic había observado al chilote mientras éste trabajaba en el patio. Lo había visto dejar de lado los trozos que resistían sus golpes de hacha y después, acarrear fatigosamente una brazada de leña hasta la casa. También le preocupaban las habituales salidas del chilote hacia el centro de la ciudad. Demoraba más de la cuenta en los encargos o regresaba a la casa con cosas que nadie le pedía. Temiendo que un día fuera a dar al asilo donde recluían a los ancianos y locos que vagaban por la vía pública, le prohibió alejarse del barrio o insistir en sus paseos por el muelle.

—¿Martina? —preguntó Changa—. ¿Cómo está Martina?

—Duerme. Cuando le llevé el almuerzo parecía preocupada. Comió poco y varias veces preguntó si esta noche vendrían los artistas de la Compañía Della Guardia. Esa compañía de teatro pasó por Punta Arenas hace cincuenta años. En diciembre de 1914 para ser más exacto.

—¿Cómo se acuerda de esas cosas, patrón?

—Han pasado tan rápido los años desde entonces —dijo Rendic, al tiempo que observaba el patio que alguna vez había tenido una huerta donde crecían las ordenadas melgas de papas.

Rendic dejó a Changa en la cocina y subió al dormitorio. Martina estaba acostada en su cama, vestida con un vestido de fiesta y una apolillada estola de piel. Se sentó a su lado y ella lo acogió con una sonrisa que hacía muchos años no veía en su rostro. Los últimos días había estado muy cansada, sin ganas de sentarse frente al peinador, jugar a las cartas ni conversar. Del ropero que llenaba gran parte de la pieza, sacaba collares, peinetas, frascos de perfumes y baratijas que de inmediato iban a dar a la basura.

—¿Todo bien? —preguntó Martina al croata.

—Tenemos una buena fiesta allá abajo. Las muchachas no dan abasto.

—Mansilla estará contento.

—Mansilla siempre está preocupado. Nunca se conforma con las ganancias.

—Cuando volvamos hablaré con él —agregó Martina, y recién en ese momento, llamó la atención de Rendic la maleta que estaba a los pies de la cama—. Camargo no se dará cuenta de nuestra huida. He estado pensando toda la tarde en nuestro viaje y verás que todo sale bien.

—Seguro. Lo importante es que sigamos juntos.

—Hasta ayer tenía miedo, Yaco.

Las manos de Martina temblaban y apenas conseguía mantener sus ojos abiertos, como si un cansancio profundo la empujara a un sueño que no deseaba.

—Todo saldrá bien —agregó Rendic.

Martina se incorporó sobre la cama y abrazó al croata. Él la retuvo contra su

pecho y como en otras noches, acarició su cabellera y buscó sus labios. Pensó que había pasado mucho tiempo desde la última vez que se habían besado y antes de cerrar los ojos, vio que los brazos sin fuerza de Martina rozaban la cubrecama.

Al amanecer, el grito de Rendic se escuchó en toda la casona. Changa salió de la cocina donde preparaba el café y siempre con la radio entre sus manos, subió la escalera que conducía a la habitación de Martina. De las otras piezas asomaron las cabezas de las prostitutas, somnolientas y a medio vestir, que siguieron los pasos torpes del chilote hasta el dormitorio donde encontraron a Martina cubierta con una sábana azul. La ventana del cuarto estaba abierta y desde la calle entraba el rumor del barrio.

Rendic había pasado la noche con Martina y con el primer asomo de luz la vistió antes de alertar a los demás habitantes de la casa. Las prostitutas rodearon la cama y una a una fueron besando a Martina. Changa esperó a que las mujeres se retiraran a llorar en un rincón de la pieza, y después de observar a Rendic con recelo, tomó las manos de Martina entre las suyas y las besó. Luego arrastró una butaca y se sentó junto al croata.

Durante media hora se escuchó el rezo de las mujeres y la respiración pausada de los dos hombres. Después, desde la calle, el ruido de un vehículo acalló el murmullo, y como si esa hubiese sido una señal de alarma, Rendic se levantó de su asiento y cerró la ventana.

—Vayan a trabajar —ordenó—. Tienen que arreglar el salón, comprar flores y avisar al doctor para que certifique el deceso.

Las prostitutas lo miraron con desgano y una de ellas quiso protestar.

—Tendrán tiempo para rezar. Que una de ustedes divulgue la noticia. Quiero que la casa se llene de gente y que nadie reclame por la falta de alcohol o de tristeza.

Por la tarde llegaron muchos de los antiguos clientes. Se puso el ataúd en el lugar que antiguamente ocupaba el piano y las mujeres la maquillaron de modo tal que nadie pudo reconocer las marcas ni la vejez de su rostro. Rendic se colocó a la entrada del salón y recibió a los hombres que llegaron con el recuerdo del deseo de otros tiempos. Un alcalde que había celebrado en la casona su triunfo electoral de los años treinta, dijo un discurso; y no faltaron los antiguos clientes que aprovecharon la tristeza de las avejentadas pupilas para llevárselas a sus piezas sin pagar. Changa sirvió los licores y cuando todos estaban ebrios, se encaminó a la iglesia del barrio, con la intención de contratar los servicios de un cura.

El párroco hizo callar a los creyentes y espantó a los ateos con tres rezos que solo siguieron las mujeres. Después sacaron a Martina del salón y se inició el cortejo que, a medida que se acercaba al centro de la ciudad, fue reduciéndose por la fuga de los dolientes que no deseaban ser reconocidos por las vecinas que miraban el paso de la carroza. Al cementerio llegó acompañada por las mujeres de la casa y el cura, que no dejó de rezar hasta que el panteonero terminó de arrojar la última paletada.

Por la noche las prostitutas se encerraron en las habitaciones a preparar sus

maletas. Rendic y Changa, sentados junto a la mesa de la cocina, conversaron de los trabajos del día siguiente. Changa sirvió dos copas de vino. Rendic se reconoció en el rostro del chilote. Habían envejecido juntos y a pesar de eso, existían muchas cosas sobre su pasado que nunca se había interesado en averiguar. Tomó su copa y pensó que de ese momento en adelante tendría tiempo para las preguntas. Desde el piso superior llegaba el ruido que hacían las prostitutas al arrastrar sus maletas. Rendic salió al salón y les gritó que hicieran menos bulla.

—¡Mujeres! —exclamó de regreso en la cocina—. Nunca dejan de dar trabajo y preocupaciones.

—Dicen que se van antes que la finada venga a cobrar sus cuentas —comentó Changa.

A la mañana siguiente, desde la ventana de la pieza de Martina, Rendic vio salir a las prostitutas. Iban cargadas de maletas y ninguna miró hacia atrás al alejarse. Revisó las cosas que Martina había acumulado en su habitación y solo salió de ella para detener a Changa que abría las ventanas para airear la casa. El chilote obedeció y después no volvieron a verse hasta que por la noche se reunieron para cenar. Rendic se detuvo en medio del salón y miró a su alrededor con cierto fastidio. El piso lucía sucio y los muebles en desorden, como al término de las juergas que habían dado fama a la casona en el pasado. Changa se acercó al bar y sacó una botella de aguardiente. Sirvió un par de copas y le pasó una a Rendic. Los dos hombres se ubicaron alrededor de una mesa que aún tenía encima un ramo de flores. El chilote las arrojó al suelo y con una de las mangas de su chaqueta limpió la cubierta.

—Nos llevará trabajo limpiar el salón —dijo.

Rendic no comentó nada. Tomó la copa y bebió en silencio.

—¿Piensa en Martina, patrón? —preguntó luego de un rato.

—Siempre.

—Usted y yo la quisimos bien.

Rendic miró el salón y en el brillo de sus ojos se reflejaron las festivas noches de antaño.

—Le quedé debiendo una vida, Changa.

—Y yo maté por ella, patrón.

—Lo sé.

—No me arrepiento.

—Era lo que había que hacer.

—¿Y ahora?

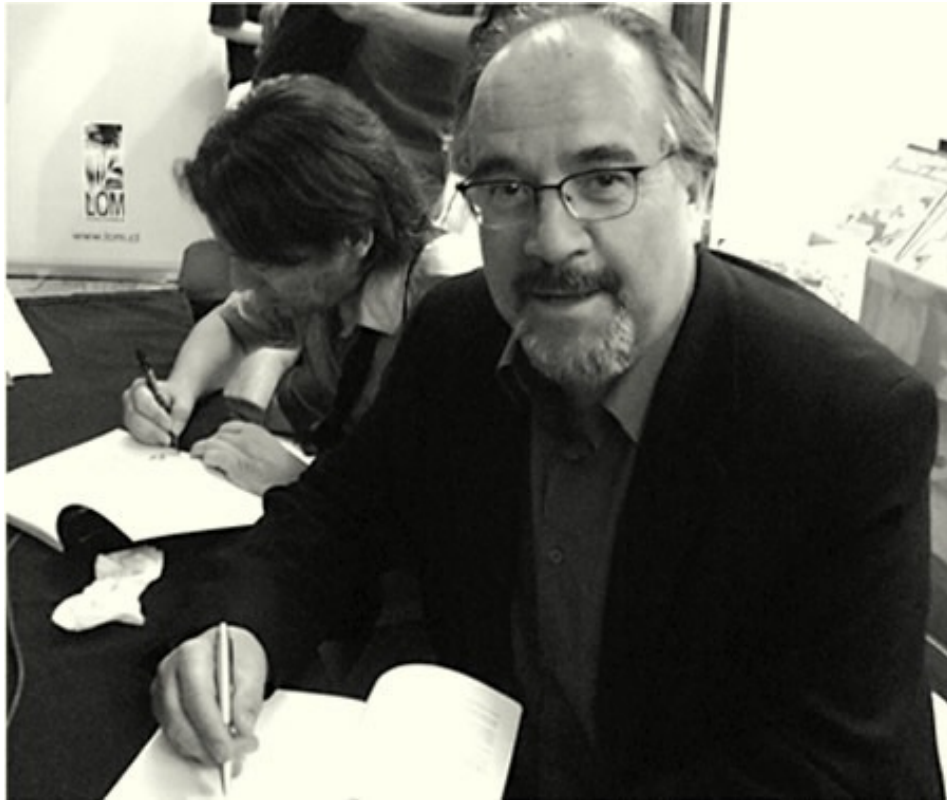
—¿Cerraste la puerta y los postigos?

—Me refiero a mañana, patrón. ¿Qué haremos mañana?

—Esperar. Solo esperar.

* * * * *

Isla Tranqui, enero de 1995.



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos*. También es coautor de las antologías *Contando el cuento*; *Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo*, *Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.